

LA BIBLIOTECA



AÑO II. — TOMO III

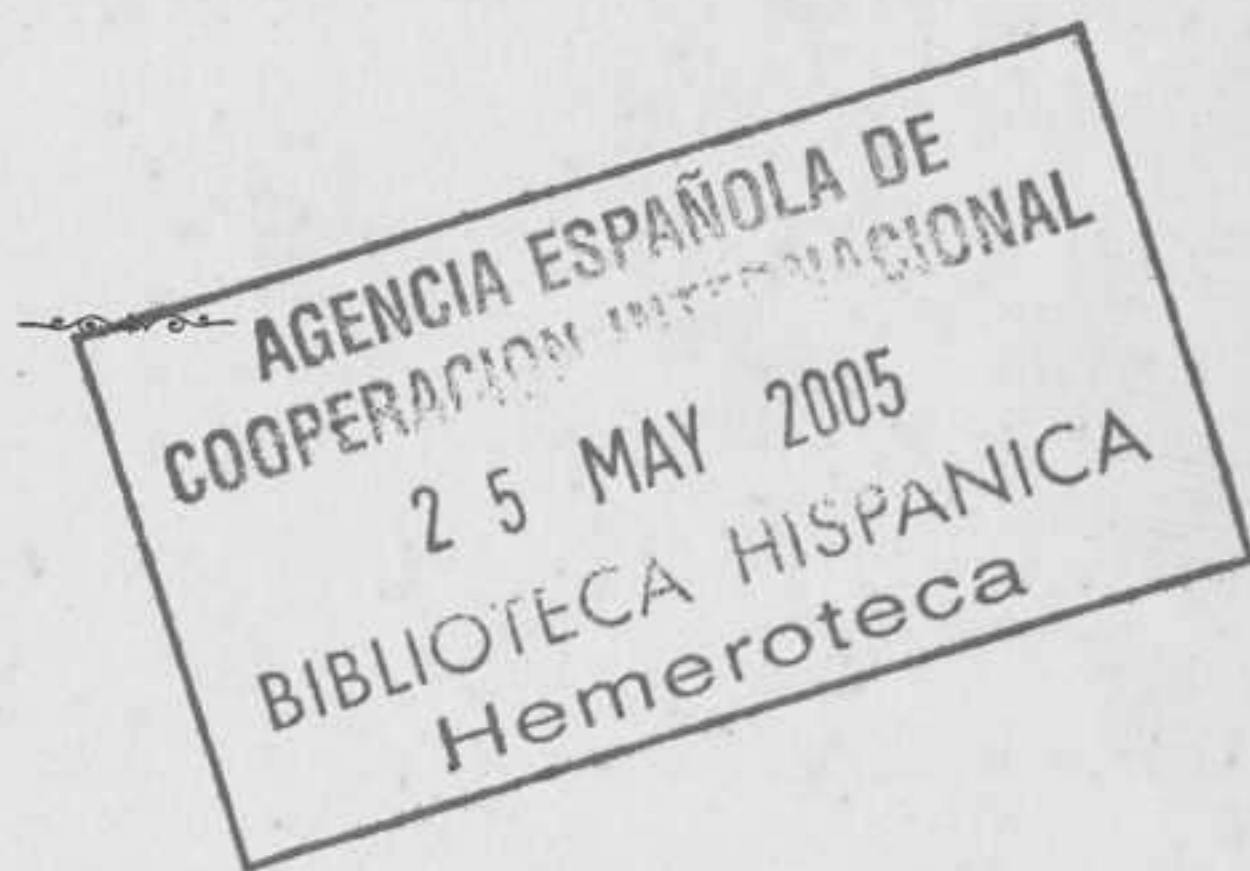
HISTORIA, CIENCIAS, LETRAS

LA

BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DIRIGIDA POR P. GROUSSAC

AÑO II. — TOMO III



BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE FÉLIX LAJOUANE, EDITOR

85 — CALLE DEL PERÚ — 85

1897

Imprenta de Pablo E. Coni é hijos, calle Perú 68o. — Buenos-Aires

RICARDO GUTIÉRREZ

IMPRESIONES

Entre las pocas cosas inéditas del Dr. Ricardo Gutiérrez, figura un *Lázaro*, en cinco actos de prosa, que no he podido conseguir, y del cual apareció un pequeño fragmento en *La Nación*, si mal no recuerdo. Su obra se encuentra en la edición de *Poesías escogidas*, publicadas por Biedma, en 1878, que abarcan *La Fibra salvaje* y *Lázaro*, *El Libro de las lágrimas* y *El Libro de los cantos*; en el folleto que contiene el poema en prosa *Cristián*; por fin, en una abundante colaboración en diarios y revistas, que pueden considerarse inéditas para el público: *Raquel*, *Carlota*, *Perdón*, varios *Nocturnos* y *Paisajes*. Se conserva en un libro, que he tenido en mis manos, arreglado por el poeta, parte de esa producción; y no dudo de que se hará pronto, cuidadosa é inteligentemente, la completa edición de las obras, base de toda crítica.

En el Hospital de Niños, cuya fundación sugirió Gutiérrez desde Europa, y cuya obra realizó, dedicándole lo mejor de su vida, sin que le hayan sido perdonadas del todo algunas genialidades, pues es duradero el rencor femenino; en la sala que lleva su nombre hay un cuadro que simboliza intensamente la vida de este noble patrio; cuadro que Gutiérrez había encargado á Europa y llegó á

Buenos Aires el día mismo de su muerte. Es el Cristo de Max, acaso el de la hermosa leyenda de Eça de Queiros. . . « Jesús está lejos. Nuestro dolor está con nosotros. Sin duda, el Rabbí que lee en las sinagogas nuevas, no escucha las quejas de una madre de Samaria, que sólo sabe ir á orar como antaño, á la cima del monte Gerezim ». El niño, con los ojos cerrados, pálido y moribundo, murmuró el nombre de Jesús. Y la madre decía llorando : « ¿ De qué me serviría, hijo, partir y buscarlo ? Largos son los caminos; corta la piedad de los hombres. Viéndome tan pobre y tan sola, los perros saldrían á ladrarme á las puertas de las casas. Seguramente, Jesús ha muerto y con él ha muerto, una vez más, toda esperanza de los tristes ». Pálido y desfallecido, el niño murmuró : « Madre, quiero ver á Jesús de Galilea ! » Entonces, abriendo suavemente la puerta y sonriendo, Jesús dijo al niño : « Aquí estoy ». — Tal es el cuadro, con leves variantes. Erguido y fuerte, lleno de divinas irradiaciones, pone Cristo la mano en la frente del hijo del pueblo. En la mirada de la madre, donde se confunden el desencanto y la esperanza y la congoja arraigada, hay un inmenso poema. Nadie ha conocido como Gutiérrez toda la profundidad de esa expresión y toda su verdad ; — feliz hallazgo del artista que, en aquella sala, á médicos y á profanos, recordará siempre los altos títulos del fundador del asilo. Médico genial, dueño de un prestigio único en nuestro país, su dedicación á los niños desvióle del arte. En esa lucha de adivinación con las enfermedades de las criaturas, — que debían nacer sólo á la felicidad, siendo siempre un misterio espantoso la muerte de un niño, que no sabe explicar lo que sufre, — cayó del todo « la sombra del pesar sobre su frente ».

En el único trabajo publicado, digno de tal nombre y de tal hombre, en ocasión de su muerte, encuentro palabras que deben recogerse para el biógrafo y crítico futuro : « Exquisito compuesto de sensibilidad y pasión, ha dicho el señor Manuel Láinez, mezcla de energías y desfallecimientos, de altiveces y ternuras, de tristezas y alegrías, adusto y familiar, grande á la distancia, y extraño y confuso de

cerca; con todo los lineamientos y todas las luces y las sombras que caracterizan á los hombres de excepción, cuyos contornos conserva la biografía, apuntando sus alternativas, como se estudia el proceso de las grandes almas humanas, casi siempre en rebelión con el medio ambiente en que desarrollan su vida! Su aspecto físico era tan sorprendente y extraño como su espíritu... Nadie pasaba por su lado sin notarlo; atraía y confundía el amalgama de rigidez y ternura de su fisonomía: el conjunto de sus facciones guardaba una inmutable compostura, la completa despreocupación de lo que le rodeaba; pero sus ojos, de incierta y cambiante luz, de mirada buena y afable, denunciaban que el habitante valía más que la fachada de aquella morada humana. »

Pasó sembrando consuelos y recogiendo bendiciones. Murió pobre, como consecuencia de la idea grandiosa y abnegada que tenía de su carrera. ¡ Lástima que no haya escrito el poema de la enfermedad, de la agonía ó de la salvación del niño, dejándonos el más punzante y el más hermoso de los cantos! Nunca alcanzó á tener la impasibilidad que muchos ponderan como dón esencial en el médico; y, seguramente, en su imaginación desmedida, sufrió esos dolores inexplicables que exasperaron muchas veces su sensibilidad. Consideráronse simples extravagancias las retiradas imprevistas al campo, con abandono completo de la clientela: ¡ Era la fuga del vencido! « Nada podemos contra las fuerzas que rigen la vida y la muerte », decía. Acaso al resistirse á toda medicación, en sus últimos momentos, envolvía, una vez más, á la profesión amada y absorbente, en el concepto de « la infinita vanidad del todo » del verso de Giacomo Leopardi.

I

El D^r Gutiérrez en el medio convulsivo que siguió á la caída de Rosas y precedió á la batalla de Pavón, hizo sus primeros ensayos

literarios, completando después, fragmentariamente, su obra grande y pura. Fué el poeta de la tristeza y de la piedad; y nunca se dirá del juicio pronunciado por los contemporáneos: *ad pœnitendum pro perat, cito qui judicat*. En són de reproche, si Gutiérrez no hubiese dedicado su vida á luchar contra las enfermedades ¿ se le podría decir con el maestro: « no es lícito sacar la nave á la orilla y exclamar *inveni portum* después del primer viaje » ? Pienso que no: aunque, repito, la más alta producción de Gutiérrez pertenece á la primera juventud. Es la obra de un lírico excelso, y en la monotonía que algunos le achacan, hay admirable unidad de inspiración. Para ese primer viaje, llevaba ya la carga pesada de la pena. El tiempo era azaroso. Trajo de él un libro lírico que, como el libro sagrado de las suertes, llevado al través del Anio por la sacerdotisa de Tibur, nunca será mojado por las aguas del rio!

En su producción es necesario distinguir entre los poemas que el autor, por primera inspiración, llamó cantos,—según se desprende de la carta que el Dr Miguel Cané padre le dirigió en 1860, la cual figura al frente de su libro,— y las poesías líricas, imponiéndose el estudio separado de *La Fibra salvaje* y *Lázaro* que, no obstante las creencias generales, carecen en mi concepto de toda vitalidad como obras de conjunto. No por ello ha de perder nada la fama del poeta. Nunca se salva toda la obra de un hombre; y no es una excepción el caso de Publio Syrus, autor cómico de quien, en el naufragio de su teatro, sólo se salvaron unos centenares de sentencias profundas, y surgió para nosotros una especie de suave y optimista La Rochefoucauld romano!

Carecía Gutiérrez del dón « objetivo » de la vida, de la facultad soberana de plasmar seres humanos; y aunque *La Fibra salvaje* y *Lázaro* se muevan en el mundo indeciso de la leyenda, no satisfacen la trama y el mecanismo de las acciones que constituyen su fundamento. Faltan cohesión y ductilidad. Es forzado hasta el movimiento mismo de las personas en el drama. En *La Fibra salvaje*, Ezequiel ama á Lucía:

Él la soñó para el hogar sereno,
 Donde el ideal de la ilusión se anida,
 Y la encontró, para su hogar perdida,
 En el sagrado del hogar ajeno !

Huye en seguida, dejándola presa de fatales presentimientos. En el canto tercero, Ezequiel aparece convertido en monje:

Monje de los altares,
 Muy larga es tu oración. La noche avanza.
 ¿Velas en ella, tú, cuando descansa
 De recuerdos el alma y de pesares?
 Muy larga es tu oración ! — Pasó la hora
 Del rezo y la plegaria ;
 La campana sonora
 Apagó ya su lamentable acento,
 Y en la tranquila celda del convento
 Reina la triste noche solitaria !

Extraña es tu plegaria ; —
 Y el claustro helado y lóbrego y desnudo
 No es tampoco un altar : tú no te humillas,
 No ruegas de rodillas,
 Y estás de pie reconcentrado y mudo !

 Nadie á afrontar su intimidad se atreve,
 Su gesto es como el bote de una lanza,
 Y hay algo en él que revelar parece
 Que aquella tempestad le arrulla el alma !

Allí se encuentra una noche con el marido de Lucía, vendida por aquél después de una orgía (en el canto segundo, « La fuerza del destino », Lucía hizo esa confidencia á Ezequiel, en un encuentro sumamente casual). Julio se confiesa y gime, y Ezequiel le dice :

La sombra del pesar está en mi frente !
 ¿Por qué entonces tu alma envilecida
 Crée que no alcanzo la pasión demente
 Que agita aún las horas de tu vida ?

Ezequiel mata á Julio (el cuadro todo tiene sombría majestad) y fuga; y en el canto cuarto, convencido de que Lucía ha muerto, se incorpora á las fuerzas de San Martín, y cae combatiendo en nombre de la patria y muriendo por la eterna libertad!

No basta decir, con el bondadoso Cané, padre, que este poema evoca « las endechas de Gulnara y los acentos del Corsario » para que la crítica admita su excelencia, desde que el conjunto es inferior. Es la tendencia romántica pura, la inverosimilitud más acabada; cuadros desasidos sobre fondo opaco y donde las figuras, exceptuando la de Ezequiel, ni contorneadas aparecen: argumento á saltos, cuyos recursos son de trivialidad desesperante en espíritu tan grande. — Pero, hechas estas salvedades, que al mismo Gutiérrez muchas veces presenté, tomemos *El Alma errante*, la desolada *Carta á Lucia*, *La Venganza*, y en el llanto, en el grito, en el rugido, en el cuadro admirable hallaremos la revelación de un gran poeta, que, por medios sencillos, con una forma personalísima, sin necesidad de la rima de los modernos diccionarios de botánica y mineralogía, sin recurrir á la mayúscula para todo sustantivo, como lo hace el « arte moderno », que es una rehabilitación pretenciosa de la charada, ha escrito páginas que vivirán cuanto viva nuestro idioma:

Te amé! La lengua humana
 Á definir no acierta
 Este vago deliquio de ternura;
 Este secreto arrullo
 De insólito murmullo
 Que con tu nombre al corazón despierta;
 Este insondable afán que el alma loca
 Me lleva sin reflejo de esperanza,
 Donde la fibra de tu carne toca,
 Donde tu luz de pensamiento alcanza!...

Lázaro sugiere idénticas consideraciones, y no creo que se puedan estimar como irrespetuosas para con uno de los hombres á quien más he querido y admirado en la vida. — La dedicatoria,

hondamente desolada, revela que en el poema hay un cierto simbolismo ; que nació en medio de desvelos y penas de amor, llenándose para unos ojos pensativos las páginas sombrías de esa historia en la que « la desgracia de la vida entera, cruza el corazón como una espada ».

Yo vivo en el hogar de mi destierro,
Sin misión, sobre el mundo, en mi caída!
Solo, con la desgracia de la vida,
Entre mi propio corazón me encierro!
.
Canto para que sepas que en mi frente
No se rebulle el alma de un idiota,
Aunque vencida y agobiada y rota
Se abisme en su ansiedad tan hondamente!

En el castillo de Roca, noble español, suena el estruendo magnífico del festín, — alzándose el castillo sobre campos que riega el Paraná! Hombres de aristocrático linaje y mujeres de fantástica hermosura asisten al banquete, y cruzan por los salones pajes y servidores. Esplendorosa es la descripción ; pero no nos equivoquemos : estamos en una Arcadia cualquiera, en un mundo cualquiera del ensueño inseguro. — « Contra el pilar del ángulo sombrío », alguien se destaca, sin tomar parte en el festín; y es un gaucho americano, cuya traje se describe estupendamente y cuya alma aparece, de entrada, indecisa, huraña, contradictoria con la premisa que el poeta estableció, desde que, en resumen, sólo encontramos sublevaciones de esclavo ! Lázaro está enamorado de la hija de Roca y oscila entre la fe y la duda, llegando, en un monólogo retórico, á divagaciones imposibles y decisiones estrafalarias, que deshace, alcanzando á Lázaro en plena fuga, un paje, á quien todo le será perdonado por haberlo traído á cantar la trova más bella y más sincera que hayamos oído :

El hondo pesar que siento
Y ya el alma me desgarrá,

Solloza en esta guitarra
 Y está llorando en mi acento.
 Como es mi propio tormento
 Fuente de mi inspiración,
 Cada pie de la canción
 Lleva del alma un pedazo ;
 Y, en cada nota que enlace,
 Se me arranca el corazón !

Concluída la trova divina, vibrante en el salón, Dolores Roca coloca una flor en el pecho de Lázaro, que parte como una sombra, llevado al desierto por el capricho del corcel. Empieza la muchacha á experimentar filantrópicos y humanitarios sentimientos por el esclavo, cuando de pronto reaparece Lázaro, el payador, naciendo en ella, al fin, el amor, — dulces coloquios que el castellano clausura con una paliza. El payador es expedido al Virrey, en un crucero español, á recibir pasaporte para el viaje más largo. Los presos se sublevan ; matan á la tripulación entera y, después de una serie de peripecias, la primera de las cuales es el ataque al palacio de Roca á quien asesinan, vemos á Dolores enloquecida en un cuadro atado por hilos invisibles. Muerta Dolores, su Lázaro desaparece; perdiéndose en campo abierto, sobre un potro salvaje, perseguido por salvajes pesares. La conclusión es un desarrollo del « motivo » inicial, encerrado en la « Dedicatoria » de que antes hablé.

Á nadie más que á los grandes se debe toda la verdad, aunque sea áspera. No sé si es porque estamos tan distantes de la época en que las páginas se escribieron; ó si será que la más prosaica de las profesiones estreche mi horizonte, limitándome el campo de la visión; pero ese poema, con bellísimos fragmentos líricos, parece hoy de estructura artificial; y su ficticia decoración no puede apasionarnos, ni deleitarnos siquiera. Byron mismo ve día á día declinar su gloria ante la gloria de Shelley. Aquel ciclo romántico tuvo lamentables resonancias en América; el carácter de la leyenda, arraigada en la verdad y en la lógica, que son también leyes de lo sobrenatural en el arte, fué reemplazada por la invención sin trabas ni proporción.—Tan sen-

cilla distinción explica el abismo que existe entre la mayor parte de las *Orientales* de Hugo y *La Leyenda de los siglos*, donde hasta los mismos decadentes beben todavía. Puede que de aquí á largos años, cuando hayamos perdido la noción de lo que era nuestro Paraná en la época de los virreyes, y la noción de la vida campestre argentina en esos tiempos, desaparezca la impresión que nos produce el fondo en que se desenvuelve el poema. Pero siempre se mantendrá firme la impresión contraria al argumento, á los débiles recursos dramáticos y, lo que es más serio, á la idealización del gaucho, que no fué esclavo y que, en la realidad histórica, fué solamente un tipo retardado en el progreso argentino. Escasos medios intelectuales y la falta de costumbre de ocuparme de estas cosas, me impedirán decir cuanto opino, con relieve é intensidad. Gutiérrez fracasó en su tentativa de introducir en el arte argentino,—aunque sea muy apreciable en tal sentido su empeño,—el tipo del gaucho, en quien muchos han creído ver un compendio ó simbolismo del alma nacional. No, pues! Del inmigrado español nació á veces progenie mestizada, en que se confundieron los instintos de dos razas; pero en la mayor parte de los casos, el gaucho fué solo, por todos lados, el descendiente de europeo, sin freno en la vida montaraz y en la batalla con la naturaleza virgen; elemento arreado é inapreciable en las luchas de la independencia; elemento terrible en la formación de la nacionalidad, igualmente dispuesto á no tener voluntad ó á perder la cabeza detrás del rojo trapo del caudillo, al extremo de que casi toda nuestra historia ha sido una batalla de la ciudad contra el llano y contra el monte. No comparto tantos y tantos lugares comunes que circulan, como, por ejemplo, «la noche del año 20», cuando aquella llamada «disolución» era la plena formación de una nacionalidad en embrión; pero me parece que la poetización de los instintos rebeldes del gaucho, es la apoteosis de la barbarie, siendo injusto decir que el porvenir argentino se cifrara nunca en el fatalista y holgazán tomador de mate y tocador de guitarra! Es contrario á la civilización ensalzar á quien no supo labrar la tierra, aunque se diga que no lo hizo por—

que no lo necesitaba; y es crimen la apoteosis del gaucho malo, alzado contra la autoridad, aunque á veces se destaque con relieves de salvaje poesía.

Rafael Obligado, que en la lucha de Santos Vega y Juan Sin Ropa, en la *Muerte del payador*, ha desempeñado á un tiempo funciones de sepulturero y de creador, protestará, con muchos otros, contra estas palabras mías; pero lo presento de testigo y argumento con él. Fuera del partido que los artistas puedan sacar de la vida de tal ó cual gaucho bravío, sólo merece recogerse de lo que se llama genéricamente el « gaucho », la esencia misma de su poesía triste, sin entrar en el terreno de las mistificaciones, desde que, de 1810 á 1850, siempre fué más argentino el hombre del pueblo que el habitante del campo, en cuya afirmación ó regla son admisibles todas las excepciones que se produzcan. De esa poesía embrionaria tenemos una tradición que es y será riqueza de nuestro arte, y una vez más digo que Rafael Obligado, desechando las tentaciones malsanas que pudieron arrastrarlo por pésimos caminos, es el único que ha sabido recogerla, creando un Santos Vega agigantado hasta el mito, admirable y simpático en su carácter legendario, como representante simbólico de la poesía de las llanuras argentinas. La lucha de razas y castas en que Gutiérrez cimentó el *Lázaro*, no es verdadera;—y es de deplorar que, en vez de acertar con el tipo y la fuente honda de inspiración, alma tan grande de poeta nos hiciera un cuento de *out-law*, de castillos, trovadores, pajes y piratas, con desenlace melodramático; cuento de extrañas tierras y extrañas aguas, cuyos detalles soberanos, —la descripción del desierto, la trova genial empapada en profunda melancolía, — el canto tercero, el ¡adiós! de Dolores, no pueden suplir lo que falta en él : la intuición del drama, lisa y llanamente.

II

Hechas todas estas salvedades, que nadie, que yo sepa, ha presentado al público, podemos decir que hemos perdido un poeta lírico muy personal y muy grande. — Fué, por excelencia, el poeta de la tristeza, de la angustia y de la piedad, — no de la caridad vocinglera, tan desmonetizada. « ¿Por qué siempre tu canto es un gemido de la angustia? » — Así, y quito al verso sus alas, pregunta Magdalena, á las puertas del pecado, en el trémulo poema de Gutiérrez. — El artista nos contestaría como el amado, en el poema inmortal: « Porque todo lo vemos al través del llanto, cuando se pierde la esperanza ». — La poesía de Gutiérrez es una visión empapada en lágrimas de la vida pasajera; — que deleita con sus tristezas, que envuelve en dulces y amplias vibraciones, que despierta nobles y profundas simpatías por las penas y sufrimientos humanos. Al través de una lágrima se dibuja en sus versos la existencia; en íntimo consorcio destácanse de sus estrofas el hastío y la piedad, y nadie, como él, con recursos tan sencillos de expresión, ha sabido encontrar notas tan limpias, convertidas en seguro asilo de almas perturbadas, remontando el vuelo en ocasiones hasta la sublimidad misma, de lo que es ejemplo *La Oración*, sincera, llena de claridades crepusculares, de gemebunda y deliciosa inspiración:

Alza la frente que la angustia vana
Abisma en el imperio de tu suelo,
— ¡Oh criatura humana! —
Y oye ese canto que te llama al cielo!

Los que ignoran que el « arte nuevo » tuvo entre nosotros un precursor, con un poco de menos gramática, en el señor Mendizábal; los que el día menos pensado imprimirán con colores distintos las palabras de un verso, como avisos de farmacia, para mayor sugestión;

los que hacen ondear el símbolo como un estandarte de gloria y la decadencia como un signo de fuerza, han formado el vacío al rededor de la muerte de Gutiérrez y han dejado á los filisteos amantes de su país, la tarea del elogio justiciero. La ingenua belleza, la nota clara y sincera, la inspiración no son para ellos condiciones apreciables, sino infecundas manifestaciones de un arte pasado de moda. En nombre de la inocencia literaria más grande, que comparte el que pasa como introductor del verbo ignorado por la humanidad, desde Homero (incluyendo el Cantar de los cantares), hasta Hugo; — agigantándose las condiciones literarias simpáticas, como prosista, de un escritor muy apreciable que nunca alcanzará á donde llegó Miguel Cané, — zumban las avispas, se exhibe una clase de mandarines, cuyo grave pecado es ignorar que ayer, hoy y mañana el hombre será siempre el mismo; que el arte, sublime y vana y dolorosa función, vive de claridad, de obras duraderas y no de manifiestos de ocasión. El mismo señor Darío debía explicar netamente que no nos trae nada de nuevo. Es de la escuela del inglés Oscar Wilde, discípulo del esteta, cultivador de plantas de jardín japonés, que ha llegado á decir que Dickens se deja leer apenas *en las traducciones* de sus obras!

Semper ego auditor tantum? como decía Juvenal. No es prudente monopolizar el elogio; mediten, pues, antes de fastidiarse. Además, si no estoy equivocado, Shakespeare, lo ha dicho en *Antonio y Cleopatra*: «Oh! el hombre vegeta y languidece, sin producir nada, cuando el soplo violento de la censura no lo agita con sus sacudimientos. El relato de lo malo que de nosotros se dice, hace en el alma lo que el arado en la tierra: la destroza y la fecunda». Para conquistar las cumbres, no basta sonar extrañas teorías; — ni para ser Byron basta salir rengueando como Byron! El vocabulario de algunos colaboradores del *Mercure de France*, no da solo una originalidad. — No es anhelo legítimo la formación de una nueva Bohemia; ni se dice nada con recordar que Villón fué un vagabundo; ni se nos da ejemplo con afirmar que Verlaine tenía el alma como Job

tenía el cuerpo, — brotando algunos rosales al borde de su estercolero! Embriagados con la idea de una nueva poética, consistente no en expresar sino en sugerir sensaciones, no olviden que France ha dicho: «Es desgracia para ellos que todo el mundo no pueda leer dormido». — «¡No me hables por medio de enigmas!» — decían, en són de reprimenda, los personajes de una tragedia de Sófocles. Para producir páginas de una melodía ó de un colorido infinitos que vencen, por ejemplo, á las más intensas de Bourget, no es necesario revolver con el dedo todo los colorinches de la paleta, y pasar, en seguida, el dedo sobre el papel. Acaso, sin salvar nuestras fronteras, podríamos encontrar desde Sarmiento acá algunas páginas comparables con cualesquiera de las más acabadas, y puede que, en día no lejano, tenga ocasión propicia de entrar más hondamente en ésto que, hoy por hoy, me limito á insinuar.

Esperando la obra poderosa y noble de la nueva escuela, que justifique todas estas vanas disputas de palabras, volvamos á nuestro asunto. — Filósofo sin doctrina precisa, en el sentido de que la filosofía sea la ciencia de la unificación del pensamiento; paradojal y audaz, dueño de una desmesurada imaginación; apartado de todos los cenáculos, — Gutiérrez solía desparramar en sus charlas, el lirismo que era la substancia de su sér. Como si el retraimiento absoluto, que se impuso desde la muerte de su madre, diese mayores bríos á la fantasía; como si ese cerebro no pudiese retener todo lo que en él se acumulaba, — á veces salía de su usual parsimonia de palabras y llegaba, en la conversación, á la lucidez misma del genio. En los días de la revolución de Julio, cuando se oía el rumor entre gemido y rugido, de un pueblo derrotado, desenvolvía con su voz profunda el tema de que el niño no conoce la piedad. — Por brusca transición, salió de los labios del poeta, un eco colosal de los sucesos: «*Ah! no levantes canto de victoria, — en el día sin sol de la batalla*»!... La guerra secular, más pavorosa que la bestia hirsuta que vió san Juan, aparecía cual espectro enorme y monstruoso; y, en la penumbra, el poeta con sus voces grandiosas y graves, dejaba, como un

iluminado, estallar aquella fulminación, aquella elegía, aquel canto, el más soberano de los que produjo en la vida. El ensueño había hecho de él un solitario, lleno de savias fecundas. ¿Y, por qué, si tenemos el derecho de dar los reflejos de la impresión que en nosotros producen las obras escritas, se nos ha de negar el derecho de traer la nota de la impresión directa y complementaria?—Lo mejor de la vida mental no pasa á los libros!— Por ello, Pailleron decía que la obra de arte es miserable, vista desde la altura inmensa del ensueño!

Impresionista que anota sensaciones; profesor que no ha encontrado hasta ahora una teoría de conjunto del arte de escribir, sino dogmas ó generalizaciones empíricas, contra los cuales bregó diez años en la cátedra, reconociendo con Herbert Spencer la necesidad de reducir á cuerpo de doctrina los preceptos esparcidos en las retóricas: entrego al público estas observaciones ya largas, abandonando á espíritus doctos la tarea de la clasificación y de la crítica, con determinación del sitio que á mi poeta corresponde en la literatura nacional, donde, durante largos años, tuvo influencia tan considerable.

El lenguaje de Gutiérrez suele ser deficiente en ocasiones. — Indudablemente, el lenguaje es un obstáculo para el pensamiento, siendo al propio tiempo su instrumento indispensable. — Si estas palabras aparecen como paradoja, digo que son de un maestro, que ha sentado la verdad de que « considerado el lenguaje como combinación de signos para transmitir el pensamiento, podemos decir que en él, cual una combinación mecánica, cuanto más sencillas y bien ligadas sean las partes, mayor será el resultado ». El vocabulario de Gutiérrez no suele ser muy abundante; repite palabras y repite imágenes, no sólo en una misma composición, lo que podría pasar como procedimiento ó manera, sino en diferentes poesías, y esto fué en él defecto imperdonable — desliz evidente, que pudo borrar en un cuarto de hora de recogimiento sobre sus obras. Pero, en general, el lenguaje encierra con soltura su melancólica inspi-

ración. — Haced un volumen selecto de sus poesías y tendréis el realce de un poeta eminente, — original en la entonación y en la forma. — Acaso Guido, no sin peros en cuanto á la perfección de la forma externa que se le atribuye en la adoración de su ancianidad, haya sabido encontrar mayores exquisiteces de dicción; seguramente Andrade, gran descuidado, tiene una imaginación plástica de que carece Gutiérrez: el dominio evocador de los razas muertas y de los grandes lineamientos físicos, el dón imaginativo que se impone con la soberanía pintoresca de sus obras; seguramente, Rafael Obligado, cuyo estilo castigado es modelo de corrección — ¡ y ojalá fuese un poco más incisivo y crudo! — ha sabido, como ningún otro, recoger el detalle, la línea recta y grave, el colorido y la poesía de la Pampa. — Pero hay algo en que ninguno de ellos ha podido rivalizar con Gutiérrez: la dulce unción del canto quejumbroso; el vago pensamiento y la profunda congoja, de todo lo cual se suele desprender una nota musical pura y sin mácula. Como las voces que vienen á nuestra alma en los crepúsculos serenos, esas notas detienen, por un momento, el curso de nuestras ideas, en el gran éxtasis de las cosas hermosas:

Soledad, soledad! sobre tu mundo
 Cruza veloz la brisa pasajera,
 Leve como el aliento estremecido
 Que arranca el estertor al moribundo.
 Parece que dijera
 « Silencio! » á la creación con su gemido.
 Entonces, en la bóveda azulada
 Abre como las flores el lucero,
 Y allá, sobre su límpida morada,
 En el cénit del orbe,
 Vaga armonía suena
 Que el espíritu absorbe
 Y con sublime adoración le llena!

Nada más remoto del concepto impecable del arte lírico parnasiano, donde el sonetista famoso quiso, por medio de combinaciones

de la vocal *i*, según explica Lemaître, dar la impresión del trabajo del cincel con que Benvenuto inmortalizaba su genio; — nada tan distante de ese concepto del arte, como la sentida y melodiosa poesía de Gutiérrez, — condensada en la *Carta á Lucía*: algo que se siente muy hondo; algo que no sé explicar; algo que quizás sea tan sólo la verdad en el sentimiento y la sinceridad en la expresión. Creo que tuvo escasos estudios de los llamados clásicos. En el vocabulario de sus obras sólo una vez he encontrado una palabra que sugiera imágenes de las letras antiguas: la palabra *Marte*; y no sé si esto es defecto ó cualidad del lirismo puro. Largos años ha, en mis estudios y traducciones de Carducci, me detuvo en *Las Primaveras helénicas*, un *fedriade*, que no me fué explicado satisfactoriamente ni por maestros, ni por diccionarios. Acudí á la fuente y el poeta italiano me encamina á Diodoro Sículo, á tal página, de tal edición. Ventajas de la poesía docta, que se cierra para el alma popular, — como si de ella no recibiera el arte todo su vitalidad! — Dada la manera de pensar de Gutiérrez, los problemas que le preocuparon, el giro idealista de su pensamiento y de su carácter, su anhelo de encerrarse en el mundo que cada cual lleva en sí: su forma respondió á esas necesidades. Retrovertió el artista la visión al interior del alma, cosa curiosa en hombre de ciencia tan docto y perspicaz, para ver en ella únicamente el juego de las pasiones propias, y cantar lo que en el santuario se escondía, condensado en la lágrima, símbolo supremo del dolor y la piedad.

Prescindiendo de la tendencia filosófica de algunos de sus cantos, como ser *Cristo*, *El Misionero*, *La Hermana de caridad*, que no escapan á la regla general, — sus poesías todo revelan menos á un alegre, á uno de esos seres que reciben los contratiempos de la vida con ácidas bufonadas. Fué un triste. Alguna tarde bebió en el misterio vespertino y en medio de una esperanza transitoria, la majestad que levanta al cielo, llenándosele de adoración el espíritu absorto; pero ese mismo canto es un paréntesis, y en sus líneas armoniosas y de celeste serenidad de un momento, hallamos el dejo de la sempit-

terna nostalgia de esa dicha que sólo conoció el niño en el arrullo de la madre cariñosa. Contra este mágico cantor que supo de armonías y dolores, se adujo que había dado formas reflejas á las tendencias de un romanticismo trasnochado, — todo porque á menudo lloró y dijo que había llorado. *Sunt lacrimæ rerum*. La inspiración es en unos sonriente, como en La Fontaine; en otros crispada, como en Juvenal; en otros severa, como en Vigny; en otros tierna, como en Lamartine, etc. Pidamos al poeta que sea únicamente lo que es, y ¿con qué derecho hemos de discutir á Gutiérrez su idiosincrasia y su temperamento? — Si la lágrima se convierte en lugar común; si no pasa de un recurso de retórica, es fastidiosa é indigna; pero cuando, en un espíritu alto, se reconcentran todos los sufrimientos humanos y de esos sufrimientos resulta una honda simpatía; cuando codiciando recuperar el bien perdido ó alcanzar el imposible bien soñado, y muerta la esperanza, no sube al labio la blasfemia; cuando todo ello arranca una lágrima al hombre viril; bendito sea el llanto que es consuelo, y bendito el poeta que, con él triunfa y hace llorar! Algunos discípulos suyos, es cierto, soltaron el llanto á voluntad, á ríos, con el desenfado de quien se desprende generosamente de lo que no tiene! ¡Pero, no confundais! Poeta de los muertos y del amor, alma que marchó con perpetua aspiración á la luz, nadie que se asome á su libro podrá decir: «Llamé á la puerta de tu hogar en vano». Sus defectos han sido defectos de lo más externo de la obra de arte, repeticiones, caídas de forma, que son la negación misma de todo rebuscamiento. — Sin embargo, distó mucho de ser un artista completo. No es un elogio recordar, hablando de él, que el artista mayor es aquel que con honda raíz en la naturaleza humana, se muestra capaz de todos los estilos; nos hace ver en cada jornada nuevos misterios de almas y mundos, y nos deja en seguida, como el Mantuano al Gibelino, sin otro pesar que el encuentro con nosotros solos en las encrucijadas de la existencia.

.
 He procurado ser imparcial é ignoro si lo habré conseguido. —

Amé mucho á ese hombre «de una fineza de alma excepcional». — Sin pompas oficiales llegó al cementerio, el médico que, en la campaña del Paraguay, ganó todas las medallas y condecoraciones constituidas por los tres gobiernos aliados, quizá porque había desdeñado un puesto de académico de letras! — Ni una sola voz elocuente y representativa sonó junto al sepulcro del poeta. — Pero, desmintiendo la creencia de que la provisión de aplausos fuese escasa para los vivos, la reacción no tardó en producirse, y pronto se alzaría, sencillo como Gutiérrez lo había deseado, el monumento conmemorativo, allí donde tenemos nuestros muertos; donde el tributo del contemporáneo, que lo acompañará con flores de amistad y cariño, nunca usurpa derechos de la posteridad. — Aun cuando nuestros juicios llegaran á ser rectificadas, los que pasen por delante del monumento recibirán siempre lecciones de esa tumba. En ella brillarían sin menoscabo las palabras del Latino: *Multorum calamitate vir morietur bonus*: la muerte del hombre de bien es una calamidad pública!

JUAN ANTONIO ARGERICH.

LA BATALLA DE ANGACO

EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL DE 1841

La entrevista de Catamarca, en julio de 1841, es el punto culminante de la guerra civil: Lavalle resolvió dirigirse al norte, y ponerse al frente de la coalición; encargándose Lamadrid de invadir á Cuyo, para destruir allí la situación federal. El general Aldao, al aperebirse de que Lamadrid invadía la Rioja, comprendió que había llegado el momento del esfuerzo supremo, pues el caudillo unitario venía al frente de un ejército cuidadosamente organizado durante su larga estadía en Tucumán: escribe, pues, á Oribe solicitando con apremio que lo auxilie. Estamos, por lo tanto, en los comienzos de la última campaña de Cuyo, donde se midieron Lamadrid y Pacheco, decidiéndose la suerte de la república en la batalla del Rodeo del Medio, septiembre 24 de 1841. Uno de los episodios más interesantes de aquella campaña es, sin duda, el de la batalla de Angaco y su dramático epílogo, la toma de San Juan. Ese es el contenido de las páginas que siguen, que constituyen un fragmento de la *Historia de la guerra civil, 1840-1841*, en preparación.

. . . El « presidente » Oribe — que mandaba en jefe el ejército de la Confederación, por razones de etiqueta internacional (1), — al recibo de las apremiantes comunicaciones de Aldao, no tuvo más

(1) Rosas á Pacheco. *Santos Lugares, octubre 18 de 1840* (Ms. inédito: Cf. Ernesto Quesada, *El general Lamadrid y la campaña de 1841*, publicado en los folletines de *El Tiempo*, junio á julio 1896).

remedio que valerse de Pacheco. No quería dejar á otros la gloria de vencer á Lavalle, al que veía casi fugitivo, traqueado por las lanzas de su vanguardia; tampoco podía comprometer el éxito de la guerra, dejando que Lamadrid triunfara en Cuyo: sólo el general Pacheco podía contener aquel formidable empuje unitario.

En agosto se resuelve Oribe á dividir en dos su ejército, y ordena á Pacheco marche contra Lamadrid, al frente de una división veterana (1). « No necesito ni debo hacer á V. E. — decía Oribe á Pacheco (2) — más recomendación sino manifestarle la esperanza fundada de que, bajo su dirección, aumentará esa tropa los días de

(1) Los documentos oficiales inéditos que detallan los efectivos de esa división, se encuentran en el *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*, á foja 45. Están autorizados por el general Eugenio Garzon, jefe del Estado Mayor General del « ejército unido de vanguardia de la Confederación Argentina », y llevan el V° B° del presidente Oribe.

He aquí la composición del ejército confiado á Pacheco:

a) *Plana mayor*: general Pacheco; coronel Francisco Lasala, jefe del E. M., y sus ayudantes.

b) *Artillería*: jefes 0, oficiales 6, tropa 108.

c) *Infantería*: 1° « batallón Independencia », jefes 2, oficiales 16, tropa 400; 2° « batallón Defensores », jefe 1, oficiales 21, tropa 356; 3° « batallón Patricios », jefes 2, oficiales 25, tropa 302; 4° batallón « Libres de Buenos Aires », jefes 2, oficiales 14, tropa 446.

d) *Caballería*: 1° « división del Sud », jefes 4, oficiales 43, tropa 700; 2° « escuadrón Quiroga », jefes 0, oficiales 7, tropa 80; 3° « división Flores », jefes 4, oficiales 32, tropa 452.

Es decir: 15 jefes, 164 oficiales y 2844 soldados.

La artillería se componía de 2 baterías: una de 3 piezas, calibre de á 8; la otra de 4 piezas, calibre de á 4; provistas ambas de su atalaje y juego de armas. Como la munición para los cañones, se llevaban: del calibre de 8, 300 balas y 60 metrallas; del de á 4, 298 balas y 60 metrallas; agréguese á eso 1440 estopines, 200 lanza-fuegos y 150 varas cuerda-mecha.

El parque mismo sólo llevaba 25 fusiles de repuesto, y, para el servicio de la infantería: 2500 piedras de chispa y 80.000 tiros; para las tercerolas de la caballería: 2000 piedras y 24.000 tiros. Es cierto que llevaba unos 400 pares completos de herraduras y otros objetos y útiles de guerra. El sargento armero, Benigno Fernández, era mecánico hábil y llevaba á su disposición todas las herramientas necesarias y los juegos de armas y piezas de repuesto: abrazaderas, baquetas, tornillos, pasadores, etc.

Tales fueron los elementos con que Pacheco se separó de Oribe, el 6 de agosto, en la Cruz del Eje.

(2) Oribe á Pacheco. *Cruz del Eje, agosto 5 de 1841* (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*, foja 44).

gloria de la patria y V. E. su nombre militar. » Y al general Aldao le decía (1) que Pacheco marchaba « con órdenes terminantes para perseguir y destrozar á Lamadrid, donde quiera que le encuentre ».

Pacheco se dió perfecta cuenta de la importancia de su misión. « El general en jefe, — le escribía á Rosas, — me ha autorizado para obrar con absoluta libertad, atendiendo á la distancia que debe separarnos, y á los peligros que corren las comunicaciones : por primera vez me encuentro en esta campaña en aptitud de responder á la confianza con que me honró V. E. » (2).

Llevaba á sus órdenes jefes buenos : bastará citar, entre ellos, á Costa, Flores, Lasala, Granada, Rincón, Sosa y otros. En la división predominaba un pronunciado espíritu marcial, y las mismas canciones que se oían en el campamento, así lo demuestran (3).

La marcha del ejército fué verdaderamente heroica. Estaban en tan mal estado las 'caballadas que diariamente había que abandonar

(1) Oribe á Aldao. *Cruz del Eje, agosto de 1841* (Ms. inédito. *Archivo cit.*, vol. : *Notas y documentos, 1841, foja 43*).

(2) Pacheco á Rosas. *Ulape, agosto 30 de 1841* (Ms. inédito. *Archivo cit.*, vol. : *Correspondencia 1841, foja 235*).

(3) Son muchas las que existen publicadas en hoja suelta ; otras hay inéditas. Entre éstas hay una (*Archivo Pacheco, vol. XIV*) cuyos versos son bien malos, pero que parece fué la más en boga en el ejército.

El coro comienza :

*Federales : la patria ó la tumba
Es el grito que suena en la lid :
Pues que muera mil veces Lavalle,
Que perezca mil veces Madrid.*

Se comprende fácilmente cuál es el temple de las estrofas. Hay una que tiene su interés, porque muestra cuáles eran los jefes más aclamados del ejército :

*Con Pacheco, con Costa, con Flores
Con Lasala, Granada, Rincón
Y con Ramos, Domínguez, García
Quitaremos la vil opresión.
Estos bravos guerreros, con Sosa,
Y otros muchos de la división,
Á triunfar del salvaje nos llevan
Y á dar lauro á la federación.*

una cantidad de animales (1); las mulas eran insuficientes; la boyada tenía tal flacura que constantemente quedaba rezagado el parque (2); faltaba el ganado para la manutención del ejército (3); los baqueanos no servían, y sus cálculos eran tales que no podía contarse de antemano con aguadas (4); era imposible reconocer el terreno, y se marchaba á tientas (5); siendo así que se suponía que las fuerzas de Lamadrid dominaban en los llanos riojanos, y se temía un choque de un momento á otro.

El camino de la provincia de Córdoba á la de la Rioja lo obligaba á atravesar serranías y esos característicos eriales, llamados «travesías». Era el desierto y los mil peligros de un país montañoso. Si hoy día son allí mismo desconocidas las carreteras, fácil es imaginarse lo que sería entonces, cuando no había caminos, sino senderos casi impracticables, que requerían «rastreadores» para no extraviarse y perecer por la falta absoluta de agua. «La celeridad de mis marchas — dice Pacheco á Rosas — está en razón de 6 cuabras por hora, por las dificultades de los desfiladeros montuosos y escabrosos de este país, que es preciso allanar y abrir á hacha con trabajadores, para facilitar el paso á las carretas y artillería.» Y agrega: «Mi caballería, en su mayor parte, va tirando sus caballos, habiéndose dado otra dirección por el general Oribe á los 800 caballos gordos con que contaba, de las remesas de Buenos Aires».

Pacheco no se arredró ante tantos inconvenientes: la intuición

(1) Pacheco á Oribe. *Soto, agosto 8.* «En la primera jornada han quedado más de 60 caballos cansados.» (*Archivo cit., vol.: Borradores, 1841*).

(2) Pacheco á Oribe. *En marcha, agosto 9.* «El parque, por la flacura de los bueyes y embarazos del camino, ahora que anochece, aún no ha llegado á Soto.» (*Archivo cit., vol. cit.*).

(3) Pacheco á Echegaray. *En marcha, agosto 9* (*Archivo cit., vol. Borradores*).

(4) Pacheco á Flores. *En marcha, agosto 9.* «Necesito me diga con precisión la distancia que hay de la Tacanita á los Valdes del Milagro, porque unos me aseguran que no baja de 24 leguas, otros de 20». Mientras tanto, la verdadera distancia resulta ser de 8 á 9 leguas. Cf.: Flores á Pacheco, *Olta, agosto 11.* *Archivo cit., vol. id.*

(5) Flores á Pacheco. *Olta, agosto 9* (*Archivo cit., vol. Borradores, 1841*).

de que Oribe deseaba íntimamente su fracaso, le estimuló aún más. Los medios de conducción eran inadecuados; malos é insuficientes los de movilidad; los caminos eran desconocidos y resultaban impracticables por lo fragosos. Los « impedimentos » del ejército eran grandes. En una palabra, la marcha era lentísima, y, para un oficial como Pacheco, aquello era cometer una falta militar grave. Se decide entonces á sacrificar todo á la rapidez de su marcha, pues en acelerar ésta estribaba él la condición fundamental de la victoria.

« La morosidad de mi marcha — escribe á Oribe (1) — es debida : 1° á los inconvenientes que han ofrecido los caminos á las carretas ; 2° á la falta de mulas, para llevar á lomo la carga... pero, á favor de haber distribuído parte de las municiones ; dado dos raciones á la tropa ; de cargar á lomo los armones, y en carreta el resto de los artículos de entretenimiento — que tendré probablemente que abandonar — y devolviendo algo de lo pesado, he logrado aligerarme, y poner la división en aptitud de poder marchar, aunque con medios mezquinos, sin tantos embarazos ». Esa actitud de Pacheco era diametralmente opuesta á la de Lamadrid en esos mismos días, y, contra su costumbre, Pacheco aligeraba su marcha, abandonando sin trepidar lo pesado, y llevaba sólo lo indispensable ; Lamadrid marchaba con una lentitud increíble, arreando á toda la población por delante, y sin querer abandonar las carretas, los bagajes y mil cosas inútiles. El error de Lamadrid era evidente.

Sin perder un momento, Pacheco trazó su plan de campaña, y se dirigió á Aldao — que mandaba en jefe el ejército de Cuyo — diciéndole (2) : « Si pudiese V. E. cerrarle (á Lamadrid) la entrada de las provincias de Cuyo, yo, con mi columna, la de la provincia de Córdoba y las fuerzas que operan por la parte del norte, que le obstruirán la salida para Tucumán y Catamarca, la po-

(1) Pacheco á Oribe. *Pichana*, agosto 13 (*Archivo cit.*, vol. *Borradores*).

(2) Pacheco á Aldao. *En marcha*, Soto, agosto 10 (*Archivo. citado*, vol. *id.*).

sición de Lamadrid sería muy desastrosa, encerrado en un país estrecho y sin recursos de ningún género, ni la esperanza de obtenerlos; mientras, llegada la buena estación, nos pondríamos en una activa movilidad». Como se ve, Pacheco quería circunscribir la campaña á la provincia de la Rioja, acorralar allí á Lamadrid, y deshacerlo en un combate final.

Las medidas adoptadas por Pacheco principiaron á dar sus frutos: pronto supo con precisión cuáles eran los movimientos y las fuerzas del enemigo (1), y las diversas fuerzas federales tomaron las posiciones señaladas, á saber: Aldao y Benavídez, cerrando el paso de San Juan y Mendoza, al frente del « ejército combinado de Cuyo»; Lagos y Maza, con una división, impedían el regreso por Catamarca, y, por lo tanto, la salida al norte; Pacheco avanzaba á su encuentro en plena Rioja (2).

¿Qué hacía entretanto Lamadrid? Había emprendido su marcha, llevando á Pacheco 25 días de ventaja, pues salió de Catamarca el 13 de julio. Su primer medida fué destacar con la vanguardia al coronel Acha, conocedor ya del terreno y que ardía en deseos de vengar la derrota que allí mismo le había infligido poco tiempo antes « el fraile » Aldao. Con ese objeto, valiéndose de sus relaciones anteriores, Acha inundó á la Rioja de cartas, estimulando á los jefes influyentes de las pequeñas localidades á que se sublevaran é incorporaran á la invasión unitaria: esas cartas caían en poder de las partidas de Aldao, que seguían invisibles el avance de Acha y

(1) J. Patricio Llanos á Lucas Llanos. *Ambil*, agosto 11. « La fuerza de Madrid se halla en Ñoquebe, y Acha se ha marchado para San Juan con 1000 hombres y 2 cañones, siendo el día de hoy el plazo en que iba á entrar en San Juan; Peñaloza se encuentra en el potrero de Malansan ». Cf.: L. Llanos á Flores. *Estancia*, agosto 12; Flores á Pacheco, *Olta*, agosto 12; Llanos á Flores, *Saladillo*, agosto 13; etc. (*Archivo cit.*, vol.: *Correspondencia*, 1841, foja 65 adelante; día á día se registran los partes de las avanzadas, con noticias traídas por los bomberos, y de la comparación entre las diversas versiones, podía deducirse lo exacto).

(2) Pacheco á Oribe. *Soto*, agosto 11 (*Archivo cit.*, vol.: *Borradores*, 1841).

capturaban sus chasques; Aldao se apresuraba á remitirlas al gobierno de la Confederación (1).

Aldao, á pesar de la decadencia que le producía su desgraciada embriaguez consuetudinaria, tenía sus momentos lúcidos y en ellos recuperaba la famosa claridad de percepción y el buen sentido que lo caracterizaron en la guerra de la independencia, durante la campaña de la Sierra, en el Perú. Solo, frente á frente de un guerrillero audaz como Lamadrid, resolvió obrar con prudencia: hostigarlo sin cesar, retirarle los recursos así que avanzaba, para hacerlo alejar de su base de operaciones; cortar sus comunicaciones con la coalición del norte; y atraerlo al corazón de la Rioja, para encerrarlo en un callejón sin salida. Lamadrid se enardecía persiguiendo á un enemigo que siempre se retiraba, y marchó de tal suerte que, á la semana de haber salido de Catamarca, entraba en la ciudad de la Rioja, evacuada por el siempre prudente Aldao.

Á medida que avanzaba el ejército unitario, el pánico de las poblaciones aumentaba, al extremo de hacerle un completo vacío. « El ejército — ha dicho el general Paz — carecía de organización y disciplina: el desorden que hacía pesar sobre la provincia podía al fin enajenarle voluntades y producir mayor explosión en sentido contrario al que debía desear. Algo de esto hubo, porque vimos pueblos en el interior que se habian declarado con unanimidad contra Rosas, vacilar después y hasta hostilizar á sus libertadores. »

Aldao había comprendido muy bien cuál era el lado débil de la cruzada unitaria, cuya impopularidad en las masas era evidente. Durante la primer campaña de la Rioja, llevada por Oribe de un lado y Aldao del otro, y que terminó por la fuga de Lavalle y la derrota y muerte de Brizuela, la deserción unitaria había sido más que excesiva, escandalosa. Desde que se movió Lamadrid de

(1) Aldao á Rosas. *Los Sauces*, julio 27. La cartas á que alude son: Acha á Juan Ramón Roldán, *Rioja*, julio 11; Simeón Dávila al mismo, lugar y fecha idem (*Archivo Pacheco*, vol.: *Correspondencia*, 1841, legajo suplementario).

Catamarca, el mismo fenómeno se reprodujo: la mejor táctica era, pues, evitar un encuentro formal y que las huestes unitarias se deshicieran solas. La masa de los cuerpos de Lamadrid se componía del paisanaje — y los gauchos siempre fueron federales.

La deserción unitaria volvió á asumir proporciones estupendas (1).

Sin embargo, Lamadrid no se desanima: envía al coronel Acha — que era su brazo derecho — hasta la estancia del finado Brizuela, en Ampira, con el batallón « Libertad », los coraceros de Álvarez, y los escuadrones de Salta y el « Paz », junto con 2 piezas de artillería. Su ejército quedaba así reducido á 1900 hombres, y con ellos se dedicó á rehacer y componer el material de transporte y el armamento.

Lamadrid se desesperaba. « Llegué el 22 á la Rioja — dice (2) — habiendo sufrido la deserción de 30 cívicos de Tucumán. El batallón « Libertad », desde su llegada á Catamarca y en el camino á la Rioja, había sufrido ya una numerosa deserción, y los escuadrones de Salta, al mando del coronel Puch, habían experimentado alguna. Había ordenado al coronel Acha que desmontara dichos escuadrones y los destinara al « Libertad », á consecuencia de haberse ido en una sola noche una partida crecida de salteños, y porque sería el único medio de evitar la deserción de aquellos, pues de 300 hombres que salieron de Tucumán no quedaban más que 140 ». La división jujeña se había disuelto de hecho.

La situación, pues, se tornaba intolerable. La inacción en la ciudad de la Rioja aumentaba las pérdidas del ejército, y ni un solo hombre se le reunía. Los jefes subalternos principiaron á murmurar, y concluyeron por exigir á Lamadrid que regresase á Catamarca. Era, más que el fiasco, el ridículo. Duro trabajo costó al general unitario convencerlos de que debían continuar la campaña emprendida.

(1) LAMADRID. *Memorias* (Buenos Aires, 1895), tomo II, página 243.

(2) LAMADRID. *Memorias*, ed. cit., tomo II, página 244.

dida (1). « Retrocediendo — les dijo — somos perdidos, porque Aldao, que está á nuestra retaguardia con dobles fuerzas, conociendo nuestra debilidad, saldrá á estorbarnos el paso; dará aviso á Lagos y Maza, y saldrán á esperarnos en la cumbre del Paclín. Oribe, que está á nuestra izquierda, se correrá también hacia Tucumán, y no escapará ninguno de nosotros, porque no tenemos cómo, ni adónde; esto, contando con que nuestros soldados, después de conocer nuestra impotencia, quieran acompañarnos á retroceder, cuando no lo han hecho para ir adelante. » El argumento era exacto: sólo una victoria podía salvar la imprudente cruzada unitaria.

Lamadrid decidió entonces jugar el todo por el todo. Ordenó resueltamente el avance sobre San Juan, fiando á su buena estrella el salir triunfante de un encuentro con el formidable ejército que mandaban Aldao y Benavídez. En la terrible partida de ajedrez que jugaba, arriesgaba la reina — la flor y nata de su ejército, confiada á Acha — amagando con ella un jaque audaz, al atacar de improviso el corazón mismo del contrario, á fin de desconcertarlo. Verdad es que no tenía elección: su juego era forzado.

La posición de Lamadrid era, en efecto, insostenible. Tenía cortadas sus comunicaciones con el norte; á un costado, venían las fuerzas de Pacheco; al otro costado y á su frente, las de Aldao y Benavídez. Se resuelve, pues, á invadir á Cuyo como un recurso desesperado, para salir de aquella aventura á que se había lanzado con su habitual ligereza. Todavía no se convencía de que las ilusiones generosas, la sempiterna tergiversación de los hechos, y las proclamas ampulosas, de poco servían ante la fría realidad. « La Rioja en esos momentos — ha confesado el mismo Lamadrid (2) — nada podía prometer: era un cadáver; la lucha desastrosa que

(1) LAMADRID. *Memorias*, ed. cit., tomo II, página 245.

(2) Circular dirigida por Lamadrid, como « director de la coalición argentina del norte, general en jefe del 2º ejército libertador », y refrendada por su secretario general Benjamín Villafañe, desde el *cuartel general, Pocito, agosto 28 de 1841*. Es una nota oficial á todos los gobernadores de provincia, dándoles cuenta de su campaña hasta

acababa de sostener, y las depredaciones de un enemigo irritado, habían convertido su suelo en un desierto, y este desierto mismo no era todavía libre. Su parte occidental estaba toda ella sometida á la influencia de un ejército enemigo, el del general Aldao, que permanecía inmóvil en « los Sauces ». En los llanos, teníamos la amistad, los esfuerzos de los jefes veteranos Peñaloza y Baltar; pero ese departamento aún se hallaba oprimido por fuerzas enemigas. No hacía muchos días que el ejército de Pacheco lo había ocupado, y aún se veía amenazado por el retroceso de otra fuerte división. En la Rioja, en fin, todo se había disuelto, y hasta la fuerza moral estaba adormecida. La invasión á Cuyo, sobre este cuadro de circunstancias, parecía un pensamiento quimérico; pero si se entreveían peligros de tanta gravedad, no eran menos serias las consideraciones que retrocediendo teníamos que arrostrar. »

Lamadrid había comprendido, aunque tarde, que se había aturdidamente metido en una ratonera. Con la soberbia audacia que lo caracterizaba, esperó salvar, sin darse cuenta clara de cómo: ideó atropellar las fuerzas que consideró más débiles, ocupar las ricas ciudades de San Juan y Mendoza, proveerse allí de todos los elementos de que carecía, sublevar las indiadas del sur — para lo cual contaba con el famoso cacique Baigorria—y, ó batir al ejército de Pacheco y volver triunfante sobre Córdoba, amenazando la retaguardia de Oribe, ó correrse por el sur, para reaparecer en Buenos Aires y sorprender, por un audaz golpe de mano, al mismo Rosas en el centro de sus recursos.

Y debe decirse que si Lamadrid hubiera sido el mismo de la famosa lucha con Quiroga, el plan habría tenido grandes probabilidades de éxito. *Audaces fortuna juvat*, dice el proverbio antiguo, y en este caso se cumplió de tal manera, que el éxito más inesperado coronó los primeros pasos del intrépido guerrillero unitario.

entonces; aprovechando de una imprenta tomada en San Juan, la circular fué impresa y acompañada sólo de una nota manuscrita de remisión. *Hoja suelta* de mi biblioteca: ejemplar rarísimo.

En efecto, ordena Lamadrid al coronel Acha que, al mando de su división, se destaque rápidamente sobre la ciudad de San Juan, acelerando su marcha, tome aquella plaza, y aproveche del desconcierto del enemigo — al que tenía orden de flanquear, rehuyendo cualquier encuentro — para remitir al grueso del ejército los elementos de movilidad, equipo y subsistencia, de que tanto carecía. La división Acha fué montada requiriendo los mejores caballos del ejército entero, y éste quedó inmovilizado á la expectativa de aquella embestida audaz. Lamadrid quedó con 1500 hombres, y Acha llevó 900.

Pero Aldao vigilaba. Adivinó el movimiento unitario, y comprendió que el éxito de la campaña dependía únicamente de cortar á Acha del resto del ejército, y destruirlo. Por medio de un hábil movimiento de flanco, opera su incorporación con Benavídez, y marchan ambos sobre Acha.

Éste, entretanto, obedeciendo sus instrucciones y evitado el temido encuentro con Aldao, había volado: el 13 de agosto penetraba con felicidad en la ciudad de San Juan, cambia el gobierno, nombra al coronel Burgoa, reúne febrilmente caballos y haciendas, levanta contribuciones, acopia víveres, y se prepara á efectuar su reincorporación con Lamadrid. Hasta aquí el éxito más feliz había coronado aquella atrevida operación.

El ejército de Aldao y Benavídez se acercaba, sin embargo, á marchas forzadas sobre la ciudad. Acha pudo haber escapado, convergiendo hacia el norte. La facilidad de su primer éxito lo envaneció: despreció al adversario; ávido de gloria, deseoso de borrar su vergonzosa derrota de Machingasta, tiene la soberbia de avanzar al encuentro del enemigo. Tanta era la seguridad que tenía en el triunfo que descuida dar aviso á su jefe, no toma precaución alguna para salvar los preciosos elementos acopiados, y trata de alcanzar solo los laureles de la victoria, porque la rivalidad entre Acha y Lamadrid era conocida de todo el ejército (1).

(1) PAZ. *Memorias póstumas* (La Plata, 1892), tomo II, página 455.

Lamadrid, al dar cuenta oficial de estos sucesos á los gobiernos amigos de las provincias, es muy parco en sus apreciaciones. Dice al respecto, que la vanguardia, al mando de Acha, había ocupado la capital de San Juan el día 13 y se había montado perfectamente: acababa de reunir lo necesario para auxiliar al ejército, cuando apareció en las inmediaciones de la « Punta del Monte » la división del general Benavídez. « La legión Brizuela, al mando del comandante Crisóstomo Álvarez, había salido en persecución del coronel Oyuela — el gobernador depuesto — que huía en ese rumbo. Al llegar á aquel punto se encontró con una y otra fuerza reunidas: ordenó la suya inmediatamente, las atacó y arrolló en todas direcciones. Un momento después se descubrieron los polvos del ejército de Aldao, que en masa se acerca á protegerlos. El general Acha, entonces, que con su columna seguía los pasos de Álvarez, formó su línea y esperó » (1).

Generoso se ha mostrado Lamadrid en esa exposición. Acha sabía por sus bomberos los movimientos enemigos, y es obvio que, si hubiera estado resuelto á evitar el encuentro, no sólo no habría destacado la columna de Álvarez — cuyo aturdido valor era proverbial — sino la habría seguido á corta distancia. Sin duda creyó que le sería fácil derrotar primero solamente á Benavídez, y confiaba en el pánico que ese hecho produciría en las fuerzas de Aldao, para no tener más tarea que sablearlas.

Pero se equivocó. La batalla á que se le provocaba y que aceptaba con tanta ligereza, era un encuentro serio. Aldao, como general en jefe del « ejército combinado », había destacado á Benavídez con la vanguardia para atraer á Acha é impedir su escape. Venía á la cabeza de 2000 hombres: Acha, imprudentemente, sólo había sacado de la ciudad 500, estando los otros esparcidos recogiendo ganado y otros recursos.

No podía ya retroceder Acha. Viéndose tan comprometido, se

(1) Circular citada. *Pocito*, agosto 28 (Hoja suelta de mi colección).

decidió á aguardar á pie firme al enemigo, suponiéndole desmoralizado por la derrota de su vanguardia (1).

La división de Acha se situó dejando á su espalda una ancha acequia (2); colocó la infantería y artillería en el centro, los dos cuerpos de caballería á ambos costados.

El ejército de Aldao hizo idéntica operación, pero, mucho más numeroso (3), destacó 600 ginetes para envolver y flanquear al enemigo.

Apenas estuvieron las lanzas federales cerca de la línea unitaria, las dos alas de ésta se precipitaron sobre los que cargaban, los rechazaron, y regresaron á su puesto. Volvió Aldao á efectuar una carga de caballería, esta vez por ambos costados; pero, careciendo de artillería, no podía apagar los fuegos de los cañones unitarios, que causaban estragos en sus filas. La caballería federal fué recibida á pie firme por las lanzas unitarias y se produjo un entrevero horrible, que duró pocos momentos, volviendo grupas los ginetes de Aldao.

Éste, con bastante ojo táctico, aprovechó el momento decisivo del entrevero y la consiguiente confusión que aquello producía en el campo de batalla : ordena al coronel Díaz que adelante al paso

(1) *Diccionario biográfico nacional* (Buenos Aires, 1877), tomo I, página 6 : « Acha contaba con 400 y tantos soldados, poco aguerridos... ». Esa versión es inexacta. En realidad la división al mando de Acha, se componía (Cf. : Villafañe, *Reminiscencias*, en *Revista Nacional*) :

- a) « Batallón Libertad », 250 infantes, coronel Lorenzo Álvarez ;
- b) « Legión Brizuela », 200 ginetes, coronel Crisóstomo Álvarez ;
- c) « Escuadrón Paz », 140 ginetes, coronel J. Francisco Álvarez ;
- d) « Artillería », 2 piezas, 30 soldados ; jefes : Quirno y Achondo.

(2) N. LARRAIN. *Compendio de historia argentina* (Buenos Aires, 1883), página 214. « El lugar del combate, conocido con el nombre de Punta del Monte, departamento de Angaco Norte, está situado á 8 leguas de San Juan, y toma su nombre de la entrada ó punta que forman las alamedas ó montes de árboles que se internan en la región inculta de la travesía. »

(3) El « ejército combinado » tenía cerca de 2300 hombres : 700 de infantería y 1400 de caballería : ésta venía mal montada, con los animales cansados. Carecía de artillería. La división de Acha, con ser la cuarta parte de la de Aldao, tenía la triple ventaja de estar descansada, bien montada, y de su artillería, sin contar con los accidentes del terreno, que la favorecieron en extremo.

de trote con la infantería (1) contra el centro unitario, á fin de desbaratarlo y arrebatarle los cañones, reducidos por el instante á silencio, para no herir indistintamente á amigos y adversarios.

Acha, que demostró ser un general experto y de una serenidad admirable, preparó al choque á su famoso batallón « Libertad ». En esos momentos « tenía en la mano una varilla, con la que aparentaba jugar con el abandono de un niño; y, con su sonrisa habitual en los labios, les señalaba el enemigo, arengando á sus soldados con estas palabras que tienen algo de sublime: « ¡Pícaros, ahora váis á ver! » (2).

Volvió á tronar la artillería. Sin embargo, los batallones federales avanzaron bizarramente, sufriendo la metralla á quema-ropa. Recién cuando tocaban casi los cañones, se trabó el combate, pero furioso y encarnizado, al arma blanca, atropellándose recíprocamente ambas fuerzas á la bayoneta. Acha en persona cargó al frente de sus infantes: fué increíble el heroísmo desplegado por ambos lados; pero era una lucha desigual: 200 contra 500.

Acha habría sucumbido seguramente, si en el interín el entrevero de las caballerías no se resuelve en favor de los unitarios, y vuelven los escuadrones de Álvarez, abandonando la persecución de los contrarios, para apoyar el centro de su línea, acuchillando por la espalda á los soldados federales.

La derrota de la infantería de Aldao era inevitable: su jefe ordena formar cuadro y comienza la retirada. Acha la respetó: todos estaban estenuados; y el campo, sembrado de cadáveres.

Eran las 2 de la tarde, y se peleaba sin descanso desde temprano. Hasta entonces, Acha había aprovechado admirablemente de las ventajas que le ofrecían los accidentes del terreno, á saber: una acequia profunda y una tupida alameda. Resuelve trasponer la

(1) La infantería de Aldao se componía:

a) « Batallón mendocino », 350 hombres, mayor Barrera;

b) « Batallón sanjuanino », 350 hombres, coronel Francisco D. Díaz.

(2) *Diccionario biográfico nacional*, ed. cit., tomo I, página 6.

acequia y parapetar su infantería tras uno de sus bordes, haciéndola tenderse en tierra y apoyar los fusiles en el mismo borde de la acequia.

Aldao estaba furioso : principiaba á perder su sangre fría. No se resignaba á que se le escapara la presa; rehace precipitadamente sus batallones y los arroja á una nueva carga, sin esperar á reunir su caballería, que se había desbandado.

Ese fué su error capital. Es indudable que si reorganiza tranquilamente sus fuerzas, Acha no estaba en estado de impedirselo, y habría podido entonces ultimarle con ventaja.

Los ginetes federales, á pesar de estar algo desmoralizados y de la confusión producida por la mezcla de los diversos cuerpos, embistieron denodadamente. De nuevo se produjo un reñido entrevero, que el valor insensato de Crisóstomo Álvarez — á pesar de haber recibido una grave herida — decidió á favor de los unitarios. Esta vez la persecución se inició, pero Aldao protegía sus ginetes con los batallones de fusileros de la reserva, y las descargas de estos hicieron replegarse á las legiones de Álvarez.

El campo de batalla presentaba, en esos momentos, un aspecto de confusión indescriptible: ambas caballerías, montadas á la usanza criolla, — vale decir, en potros chúcaros, cuyos corcovos y cuyos sustos al oír la fusilería impedían á los jinetes manejarlos con seguridad, — se veían disparando en todas direcciones, con los caballos desbocados y enloquecidos con el estampido del cañón. ¿Quién triunfaba? En vez de una batalla de la época contemporánea, parecía aquel un encuentro medioeval: las lanzas mismas resultaron ser un estorbo, y aquellos gauchos, improvisados de soldados, preferían arrojarlas y pelear con el machete, que se asemejaba al « facón » tradicional. Silbaban centenares de boleadoras destinadas á derribar los ginetes contrarios, y el lazo más de una vez arrastraba á los oficiales poco prevenidos. Al cargar, los soldados atropellaban como si no se dieran cuenta del peligro, fiando el triunfo más en el empuje de la « pechada », que en lo afilado de sus chuzas. Las « fanta-

sías » árabes eran pálidas al lado de las proezas de aquellos centauros argentinos. Uno de los sobrevivientes de Angaco acostumbraba decir que en su vida había presenciado espectáculo más imponente y más arrebatador que aquellas cargas salvajes de caballería y aquellos entreveros sin ejemplo, en que había que herir á diestra y siniestra, sin saber si se trataba de amigos ó contrarios.

Aldao perdió entonces la cabeza : ordena al comandante Rodríguez que cargara por la retaguardia enemiga, pero Acha, rápido como el rayo, presiente el movimiento, hace girar súbitamente á sus infantes, y estos fusilan á quema-ropa á los ginetes enemigos.

La confusión era, en aquellos momentos, general. Ambos ejércitos se rehacen, sin embargo, y se aprestan al esfuerzo supremo.

Acha ya no podía resistir : toma sus disposiciones para jugar el todo por el todo en una carga desesperada. Ambos ejércitos peleaban con insano furor, porque sabían que no se daba cuartel. El mismo Acha arengó á sus estenuados soldados, diciéndoles : « Ya lo sabéis : nuestros enemigos no dan cuartel al vencido ; el hombre que cae en sus manos es en el acto degollado ; muramos, pues, si fuese menester, pero muramos peleando ; vamos á dar una nueva carga, y que sea la última, caiga quien caiga » (1). Aldao, sin querer dar descanso á sus tropas, ni restablecer su línea, inicia á su vez otra carga endiablada. Á mitad de camino, ambas caballerías, lanzadas á todo galope, chocan terriblemente. Aquél fué el momento crítico.

Era tal la polvareda levantada por los encuentros sucesivos de la caballería, y tan denso el humo de las descargas constantes de la fusilería y de los cañones, que no se veía á pocos pasos de distancia y se confundían los uniformes de los combatientes. Añádase á esto el calor sofocante de un día de fuego y la natural embriaguez producida por la pólvora, la gritería, y la lucha cuerpo á cuerpo, y se

(1) B. VILLAFÑE. *Reminiscencias*, ed. cit., página 203.

comprenderá que los jefes no pudieron darse cuenta clara de la situación respectiva.

Aldao, ya ofuscado, conduce su diezmada infantería contra la de Acha: tropieza entonces con la acequia, pero ordena á los soldados que se arrojen al suelo para no presentar impunemente un blanco fácil, hace que se arrastren por los pastizales hasta el mismo borde de la acequia, é imitando á sus contrarios, que coloquen sus fusiles sobre el borde de su lado. Se produce entonces un combate homérico: sólo se ven por ambos lados de la ancha y profunda acequia, dos hileras de fusiles que vomitan fuego, con una tenacidad pasmosa. Apenas un soldado, para asegurar la puntería, levanta un poco la cabeza, cae acribillado á balazos y rueda su cuerpo al agua, que, al poco rato, comienza á enrojecerse y á llenarse de cadáveres de unos y otros (1).

Pocos ejemplos registra la historia de combate semejante, á pocos metros de distancia una línea de otra.

En tal situación, claro está que el triunfo debía corresponder al que tuviera desembarazada su caballería. ¿Cómo había sido el entrevero de ésta? Los federales habían tenido que ceder al empuje de los unitarios, mandados por aquel endemoniado Álvarez, que, con una vincha sujetándole el cabello, y dando espantosos alaridos, parecía poseído por el diablo mismo, tal era su bravura, su intrepidez, su coraje sin nombre. Aquella táctica india electrizaba á sus huestes, desconcertando siempre á los cuerpos de línea. Arrollan los unitarios á los otros, los corren, los persiguen y, cuando el desbande era ya sin remedio, se para sobre sus estribos Álvarez, y, con voz estentórea, ordena media vuelta. Entonces, lanza en ristre, se arrojan esos ginetes, cubiertos de sangre y polvo, sobre la infantería federal, imposibilitada de moverse, pues si evoluciona para hacer frente al ataque, tiene que levantarse y caer víctima segura de los fusiles que los abrasan á pocos pasos de distancia.

(1) LARRAIN. *Compendio cit.*, página 215 : « Los cadáveres cegaron pronto la acequia, sirviendo de fagina para pasar de un lado á otro. »

No había más remedio. Hubo que rendirse. Aldao había dado la señal de la derrota, huyendo á lomo de parejero así que vió pronunciado el desbande de sus ginetes. Todo estaba perdido.

El combate había durado 7 horas; costó la mitad de la tropa á la división de Acha; pero cayó en su poder todo, con los bagajes y poderosos elementos del ejército enemigo.

La batalla de Angaco es la más sangrienta de nuestras guerras civiles: honra tanto á vencidos como á vencedores. Aldao la perdió por su atropello y falta de sangre fría, á pesar de su enorme superioridad numérica. Sus pérdidas fueron terribles: 1000 cadáveres y 157 infantes prisioneros; Acha perdió 250 hombres. La diferencia en las pérdidas respectivas la explica la artillería unitaria, que hizo á mansalva una carnicería espantosa en las filas federales, sobre todo en su caballería, que Aldao se empeñaba en hacer cargar en columnas de á dos en fondo (1).

El desastre federal fué completo: Benavídez se retiró desesperado, porque la acción había sido conducida—sin querer oírle observación alguna—por Aldao, en su calidad de general en jefe del «ejército combinado de Cuyo» (2). Aldao fugó, dándolo todo por perdido, y huyendo en dirección á Córdoba para buscar la incorporación del ejército de Pacheco.

Nunca obtuvieron los ejércitos unitarios un triunfo más grande ni más inesperado, y cuyas consecuencias pudieron ser gravísimas para la causa federal. «La batalla de Angaco, — dice un prócer argentino, — es un oasis de gloria, en que el ánimo puede reposarse en medio de este desierto, sembrado de errores, de desaciertos y derro-

(1) VILLAFANE. *Reminiscencias*, ed. cit., página 200.

(2) El «ejército combinado de Cuyo», se componía:

- a) «División sanjuanina», general Benavídez;
- b) «División mendocina», general Aldao;
- c) «División puntana», coronel Lucero.

En virtud de un convenio interprovincial, el general Aldao mandaba en jefe esas fuerzas.

tas» (1). Y el general Paz califica á Angaco de acción gloriosa, que « hace el más alto honor al valor, al patriotismo y á la abnegación de los que en ella se encontraron. El triunfo, sobre ser en extremo honroso por la desproporción de las fuerzas, fué completo, porque las de Aldao quedaron batidas hasta ser pulverizadas » (2).

La fortuna parecía sonreír á la causa unitaria. La soberbia de Acha, al desobedecer las órdenes perentorias de Lamadrid y buscar una batalla, le había proporcionado un triunfo espléndido, tanto por sus efectos morales como por sus resultados materiales. La prudencia más elemental exigía poner en el acto á salvo lo ganado; incorporarse á Lamadrid á marchas forzadas; remontar el ejército unitario con los pertrechos arrebatados al enemigo, y justificar así la primera incorrección.

Desgraciadamente, Acha se mareó. Ni siquiera comunicó á Lamadrid su triunfo. La fatalidad perseguía á las fuerzas unitarias: Acha era antipático á Lamadrid y por su parte le retribuía cordialmente: las rivalidades de ambos jefes esterilizaron aquella victoria imprevista. Ni Lamadrid recibió noticias de ella, ni los caballos,—sin los cuales el ejército apenas podía moverse—ni ganado para alimentarse (3). Acha se contentó con replegarse á San Juan, á gozar en la embriaguez del triunfo, á celebrarlo y á olvidarse de... las represalias.

Aldao había huido vergonzosamente y, al comunicar á Rosas su derrota, tuvo buen cuidado de atribuirle toda la culpa al general

(1) SARMIENTO. *El general frai Félix Aldao*. Cf. : *Obras completas*, tomo VII, página 268.

(2) PAZ. *Memorias póstumas*; ed. cit., tomo II, página 458.

(3) DÍAZ. *Historia política y militar* (Montevideo, 1878), tomo V, página 265. « Al general Lamadrid debía sucederle con Acha, lo que á Lavalle le había acontecido con el mismo Lamadrid, quien en esta ocasión se encontró á pie y sin ganados, que Acha no quiso proporcionarle. Así se ve que Acha prescinde completamente de Lamadrid, siendo su jefe de vanguardia, sin participarle ninguna de las operaciones que empeñó por su cuenta. La más absoluta anarquía había sentado sus reales entre los enemigos de Rosas, y esto contribuyó á su completo triunfo ».

Benavídez. Éste — dice en su parte oficial (1) — «desconociendo su deber y la obligación que le impuse, apenas descubrió á los salvajes que habían salido en número de 800 de las tres armas, se lanzó sobre ellos, y fué puesto en completa dispersión. En estas circunstancias arribé con el resto del ejército, y fué necesario, antes que entrase el desaliento en los soldados, segundar un nuevo combate. Tuve la desgracia de ser rechazado, y venir á buscar mi reconcentración con el ejército unido». Rosas se contentó con responderle de una manera diplomática, hablándole largamente de otros asuntos (2). Oribe, sin embargo, apenas tuvo conocimiento del descalabro, escribe á Pacheco: «repito que Vd. debe tomar á todos respectos, en esos destinos, las medidas que juzgue convenientes, é impartir sus órdenes para que las ejecuten» (3).

Mientras esas correspondencias iban y venían, y andaba huyendo Aldao, despavorido, por los llanos riojanos, los acontecimientos se sucedían en San Juan con rapidez suma.

Benavídez no era hombre de abandonar así no más la partida: á raíz de la derrota de Angaco, se dirige al gobierno de Mendoza pidiéndole auxilios (4). Estos, por una rara coincidencia, venían preventivamente en camino; Benavídez se pone á su cabeza, vuelve intrépido sobre sus pasos, y se lanza sobre Acha.

Éste confió demasiado en los buenos resultados de su victoria, — dice un escritor unitario (5) — y conocía poco la tenacidad de Bena-

(1) Aldao á Rosas. *Catuna, agosto 24* (Ms. inédito, *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*).

(2) Rosas á Aldao. *Buenos Aires, septiembre 5* (Ms. inédito, loc. cit. Es un extenso é interesante documento).

(3) Oribe á Pacheco. *Capilla de la Guardia, agosto 30* (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, loc. cit.).

(4) Benavídez al gobernador y capitán general de Mendoza. *San Juan, agosto 17*, (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, loc. cit.). El gobernador León Correas expidió una proclama al pueblo al despachar el auxilio pedido: Cf.: *Hoja suelta* en mi colección (proviene del *Archivo Calderón*, ex-gobernador de San Luis).

(5) LARRAÍN. *Compendio* cit. Cuido de citar esta fuente por ser sanjuanino el autor.

vídez, que por primera vez era vencido y debía buscar los medios de lavar la mancha que el 16 había caído sobre su reputación militar.

Las fuerzas que había logrado reunir Benavídez eran 500 hombres, inclusive 100 infantes y 4 piezas de artillería. Acha «reposaba en esa fatal confianza que nunca debiera dar la victoria» (1). El momento que eligió Benavídez fué decisivo: la caballería unitaria se encontraba dispersa en la ciudad; la mayor parte de la infantería, con el general Acha, estaba en el potrero de «la Chacarita», á 13 cuadras de la plaza, entregada al placer de carnear una hacienda gorda recién traída. Sólo el comandante Lorenzo Álvarez, con 30 infantes, montaba la guardia en la ciudad. No había avanzadas, ni se había tomado la más elemental precaución de guerra.

Así fué que al aproximarse Benavídez, en la tarde del día 18, la sorpresa fué absoluta. Un impetuoso viento zonda, que levantaba nubes de tierra, impidió á los unitarios darse cuenta del ataque de los federales, que cayeron sobre ellos á mansalva, produciendo un pánico y una confusión irresistibles. La lucha fué, sin embargo, atroz: se peleó cuerpo á cuerpo, pero sin organización, en grupos aislados. La matanza fué terrible, pereciendo los jefes más distinguidos, y, á las 8 de la noche, desbandada totalmente la caballería unitaria, perdida la esperanza de rehacerse la infantería, Acha, herido, con la cabeza vendada y su barba llena de sangre coagulada, se abrió paso sobre la ciudad con 100 hombres, única fuerza organizada que le quedaba de su brillante división (2).

El epílogo de Angaco tomaba tintes trágicos. La defensa era punto menos que imposible: sin embargo, aún trepidó Acha en mandar aviso á Lamadrid, cuyo avance conocía y cuya proximidad era evidente. La sorpresa de Benavídez había sido completa: experto conocedor del terreno, con inteligencias seguras en la plaza,

(1) Circular de Lamadrid. *Pocito*, agosto 28. (*Hoja suelta cit.*).

(2) LARRAÍN. *Compendio cit.*, pág. 216.

—pues siempre fué popular en San Juan—esperó el instante en que Acha tenía franca la tropa y que se encontraba carneando en las inmediaciones. Cayó de improviso, impidiendo que se organizaran las fuerzas unitarias: las acuchilló desbandadas, les cortó la retirada á la ciudad, y puso deliberadamente sitio á ésta.

No había perdido tiempo Benavídez: formado exclusivamente en las guerras civiles, sabía que las bandas adventicias no se reponen de una sorpresa militar. Los mendocinos que, al mando del coronel Ramírez, encontró en camino, le habían servido de núcleo para organizar los dispersos del ejército derrotado. Comprendió el error fatal de Acha, quien, en vez de haberse dirigido apresuradamente al encuentro de Lamadrid, estaba en la ciudad, entregado á fiestas y comilonas, so color de dar descanso á la tropa. Para Acha, la presencia de Benavídez fué como un rayo en día sereno: lo tomó sin la menor precaución, infatuado en su triunfo y creyendo amilanados á sus contrarios.

Dos días había perdido ya desde que triunfara en Angaco, y antes de las 48 horas era sorprendido y deshecho totalmente por el enemigo, que suponía huyendo despavorido.

La presa estaba segura esta vez. Benavídez era hombre sereno, y no podía contar Acha con las ventajas que la furia ciega de Aldao le había proporcionado. El cerco de la ciudad fué metódicamente organizado, pasando el día 19 en escaramuzas y guerrillas.

En el interín, seguían incorporándose á Benavídez las partidas dispersas de los derrotados de Angaco: el coronel Lucero, con la división puntana, llegó esa noche, y se dispuso un ataque general para el siguiente día. Las fuerzas unitarias resultaron triunfantes, gracias á su artillería, colocada en la plaza y que enfilaba las calles, causando estragos en la caballería federal. Benavídez no quería hacer uso de la suya, para evitar la ruina de la ciudad, cuyos edificios habrían sufrido con semejante cañoneo.

Acha había organizado vigorosamente la defensa. Además del cuadro de infantería que con él se retiró de «la Chacarita», contaba

con los restos del «Libertad», una de cuyas compañías, al mando de Lorenzo Álvarez, había quedado organizada para patrullar la ciudad, cuidar la artillería y guardar los numerosos prisioneros de Angaco. Logró además montar un escuadrón, que puso á las órdenes del ex-gobernador de Córdoba, José F. Álvarez. El heroico Crisóstomo Álvarez estaba en cama, imposibilitado de moverse, pues su herida en el talón, recibida en Angaco, lo ponía fuera de combate: su falta en aquellos momentos equivalía á un regimiento entero.

El combate del 20 costó sensibles pérdidas á Acha. Los dos Álvarez sucumbieron denodadamente: al rechazar una carga, la persecución los hizo doblar una calle por la cual avanzaba un pelotón de infantería federal, llevando un cañón, con la mecha encendida. El ex-gobernador Álvarez dió entonces orden á sus soldados de ocupar ambas aceras y correr, bayoneta calada, sobre el enemigo. En cuanto á él y al comandante Lorenzo Álvarez, que iba á su lado, no quisieron abandonar el centro de la calle y, corriendo espada en mano, iban exhortando á los suyos. « Á punto de llegar sobre la fuerza que les saliera al paso, partió un cañonazo á metralla que derribó á ambos jefes. Lorenzo tuvo tiempo todavía para arrancarse la gorra que llevaba y arrojarla al aire, gritando : ¡ Viva la patria ! ¡ Viva la libertad ! » (1).

Además, durante el entrevero fué imposible mantener la custodia de la infantería de Aldao, prisionera en Angaco. El resultado fué que, viéndose libre, corrió aquella á engrosar las filas de Benavidez.

Ese mismo día 20 se habían incorporado al ejército de Lamadrid los dispersos de la sorpresa de «la Chacarita», de modo que el caudillo unitario sabía perfectamente cuán crítica era la posición de Acha. Se encontraba á dos pasos de San Juan; sus elementos de movilidad eran malos, debido á la incuria misma de Acha, pero

(1) VILLAFÑE. *Reminiscencias*, loc. cit.

es inexplicable la lentitud de las marchas del que en otra época era legendario por la rapidez inconcebible con que caía sobre el enemigo. ¡ Y en este caso se trataba de salvar su vanguardia !

El día 21, Benavídez tuvo noticias de la aproximación de Lamadrid; era, pues, necesario vencer antes ó de lo contrario retirarse nuevamente derrotado. El caudillo sanjuanino sabía que no le quedaban á Acha más que 200 hombres, pero estaban en posiciones casi inexpugnables, reconcentrados en la plaza principal, dominando con sus cañones las calles de acceso, y fortificados en cantones en las azoteas de los edificios más altos, en el cabildo y en la torre de la Iglesia Matriz.

Durante todo ese día los ataques se sucedieron constantemente, y con igual constancia era rechazado Benavídez. Lograba, sin embargo, hacer numerosas bajas á los defensores de la plaza, mientras sus filas aumentaban continuamente con la incorporación de los dispersos de la batalla. La situación habría podido prolongarse más y dar tiempo á Lamadrid para llegar y obligar á levantar el sitio. Pero era visible que disminuían las municiones de los sitiados: las descargas eran más intermitentes; los víveres mismos comenzaban á escasear.

El 22 logró Benavídez dominar el fuego de algunos cantones; poco á poco la fuerza unitaria tuvo que replegarse; los federales pudieron posesionarse de varias azoteas que barrían la plaza. No tuvo Acha más remedio que reconcentrar sus fuerzas en las torres de la Catedral.

Se acercaba el principio del fin. Ya se oía el estampido lejano del cañón de Lamadrid, que anunciaba su llegada é incitaba á los sobrevivientes de esa « semana negra » á perseverar unas horas más.

Benavídez se había apoderado de los cañones unitarios, que Acha no tuvo tiempo de clavar. Le hizo intimar rendición por medio del coronel Ramírez (1), pero ante la contestación soberbia del jefe

(1) Ramírez al gobernador y capitán general de Mendoza. *Suburbios de la ciudad de San Juan, agosto 21* (Ms. inédito. *Archivo Pacheco*, vol. XV).

unitario, hizo enfilear los cañones contra la iglesia y principió á derribar la torre.

Habría sido entonces insensatez el no rendirse. Acha levantó bandera de parlamento, pero al oficial que le pedía su espada, dijo: — « Vuelva usted donde está su superior y dígame de mi parte, que si Mariano Acha ha sido vencido, en la derrota no ha perdido ni su rango ni su dignidad, y que su espada no será entregada sino á su igual » (1). La capitulación fué, pues, hecha con el coronel Ramírez, pero, defiriendo al pedido del vencido, vino Benavidez en persona, recibió su espada, tomó á Acha del brazo y lo condujo á su propia casa. La familia de Benavidez, en efecto, no se había movido de la ciudad durante estos acontecimientos, y había sido respetada por Acha. Este quedó preso en la propia casa del vencedor.

El general Lamadrid, en la circular á los gobernadores de provincia, fechada en «el Pocito» en agosto 28 (2), explica así esos sucesos: « El día 18, á la tarde, aquel pequeño círculo de gigantes fué de repente invadido por una división que llegaba de Mendoza, en protección de Aldao. El general Benavidez la había encontrado en su fuga, y volvió con ella sobre sus incautos vencedores... El 23 arribó el ejército á la «Punta del Monte», estenuado de fatiga, á pie, hambriento, y abrasado de una sed inaguantable. Durante tres días había soportado una marcha precipitada, sin comer, sin beber, pues se habían consumido ya hasta los pocos burros y mulas, destinados á aplacar el hambre de algunos días. El 24 estuvimos á orillas de la capital: se presentaron algunos escuadrones enemigos que desaparecieron al primer amago. Á medio día atravesamos por medio de una ciudad desierta; el enemigo había castigado severamente á los ciudadanos que, en el día del triunfo, no supieron contener su alegría » (3).

(1) LARRAÍN. *Compendio cit.* Cf. : SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina* (Buenos Aires, 1893), tomo III, página 302.

(2) *Hoja impresa cit.*

(3) *Hoja impresa cit.*

Tal fué la acción de San Juan, perdida por Acha, debido á su incalificable falta de disciplina y á los celos personales con Lamadrid. Como jefe subalterno, la conducta de Acha no tiene nombre, y el general Paz (1) no tiene motes bastantes enérgicos para calificarla.

Pero... ¿y Lamadrid? Los hechos lo acusan de una manera tremenda. «Serían las 3 de la tarde del 19 — dice él mismo (2) — cuando se me presentó el comandante Igarzábal, de la vanguardia, con la noticia de haber sido sorprendido Acha el 18.» Luego, pues, resulta que Lamadrid estaba á menos de 24 horas de donde se encontraba Acha. «Ordené — agrega — al coronel Sardina que se adelantara hacia la «Punta del Monte» para observar los movimientos del enemigo... Había disparado un cañonazo con la pieza de á 8, bien atacada, para que sirviese de aviso al general Acha de nuestra aproximación». Eso pasó en la noche del 20, de modo que había perdido ya un día y medio desde que recibió el aviso de la sorpresa. Más todavía: Lamadrid agrega: «Formé en cuadro al pequeño ejército y le hice ver por una proclama el riesgo que había en llegar de noche á la aguada de «Punta del Monte», cuando no distaba más que 7 leguas de San Juan, y podíamos ser sorprendidos como Acha... Después de esto acampé, y á las 9 de la noche (día 21) mandé disparar otro cañonazo bien atacado, con la pieza de á 8, para que supieran los sitiados de nuestra aproximación».

Se ve, pues, que la lentitud de los movimientos de Lamadrid es realmente inexplicable: se le desconoce con tanta prudencia, con tanta proclama y consultas á la tropa, cuando á 7 leguas escasas todavía se defendía heroicamente Acha, con los restos de su vanguar-

(1) *Memorias póstumas*, ed. cit., tomo II, página 469.

(2) LAMADRID. *Memorias*, edic. cit., tomo I, página...

Al contestar el caudillo unitario las acusaciones que le dirigiera Paz, dijo (*Observaciones sobre las memorias póstumas*, Buenos Aires, 1855, página 395): — «Acha tuvo la imprudencia de meterse á la plaza». La «Comisión Argentina en Chile», al contestar los partes de Lamadrid, se contentó con lamentar «la nunca bien sentida pérdida del magnánimo Acha».

dia. Recibe entonces un billete diciendo: «Me sostengo. *Acha*». ¿y qué hace entonces? Oíganosle: «amanecido el 22, nos pusimos en marcha; fuimos á acampar en una hermosa casa que había, como á las 8 de la mañana. La tropa se ocupó de comer zapallos, que había en abundancia, y cuantas gallinas se encontraron en las casas que estaban abandonadas, y como á las 10 se proporcionaron tres animales vacunos y algunas ovejas, que se distribuyeron en proporción, habiendo antes largado á comer á las caballadas » (2). Sorprende esa tranquila narración: á un par de leguas se batía desesperadamente su vanguardia, y era posible con un pequeño esfuerzo caer sobre el enemigo, salvar aquella fuerza y obtener un señalado triunfo — y Lamadrid prefiere instalarse en una hermosa casa, hace desbandar la tropa para que corree gallinas, y larga la caballada.

El heroísmo de *Acha* era, pues, inútil: su pérdida estaba decretada. Con razón la conducta de Lamadrid ha sido juzgada severamente hasta por los partidarios de su causa. «No soy capaz de sospechar que quisiese dejarlo sacrificar — dice el general Paz (2) — porque ni cabe eso en los honrosos sentimientos que le supongo, ni tampoco cabía en los intereses de todos, y particularmente de él mismo... » Decididamente, la fatalidad ponía á Lamadrid en duros trances; en noviembre del año anterior, por no haber esperado unas horas más en Romero al ejército de Lavalle, fué causa de que éste diese y perdiese totalmente la famosa batalla del Quebracho Herrado, que comprometió la revolución; antes de un año, el no haber apurado su marcha algunas horas, obligó á *Acha* á rendirse con las mejores tropas del ejército unitario. Oribe llamaba socarronamente á Lamadrid, «general de *vidalitas* »; era, por lo menos, un «libertador» algo singular, pues, como los *condottiere* de los tiempos medios italianos, parecía preferir se perdiera la causa que representaba, cuando la casualidad no le deparaba el papel prominente.

(1) LAMADRID. *Memorias*, ed. cit.

(2) *Memorias póstumas*, loc. cit.

El vencedor de San Juan era un hombre generoso. Hasta sus mismos enemigos lo han reconocido : su carácter era bondadoso, dúctil. Durante su larga dominación en San Juan : « la provincia — dice un unitario (1) — no fué ensangrentada, y sirvió de refugio en muchos casos : había paz y tranquilidad ». Nada tiene de extraño que concediera á los rendidos la capitulación con garantía de la vida (2), y que mereciera estas palabras en una comunicación oficial del mismo Lamadrid : « El general Acha, el capitán Ciriacco Lamadrid, que fué el último en deponer su espada, y algunos otros oficiales, existen hoy prisioneros en poder del señor Benavidez. Este general los trata hasta hoy con una generosidad no acostumbrada » (3).

Á Rosas esa capitulación inusitada le pareció impolítica, sobre todo, después de la reciente conducta de Lavalle, á raíz de la toma de Santa-Fe, en octubre de 1840, cuando no quiso respetar la capitulación otorgada al general Garzon y otros defensores de la plaza, rendidos por el coronel Rodríguez del Fresno (4). El mismo ge-

(1) TADEO ROJO. *El doctor Rawson ante la tiranía* (Buenos Aires, 1878), página 11.

(2) He publicado por vez primera el verdadero parte de Benavidez : Cf. E. Q. *La decapitación de Acha* (en *Revista Nacional*, t. XVIII). La *Gaceta Mercantil*, de octubre 21 de 1841 publicó un parte anterior : fueron 3 los mandados durante el sitio. Saldias, *Historia de la Confederación*, ed. cit., tomo III, página 303, cae en el mismo error : el parte publicado en la *Gaceta* es de agosto 20, mientras duraba el sitio, y la capitulación tuvo lugar el 22. El texto inédito se encuentra en *Archivo Pacheco*, vol. *Notas y documentos, 1841*, foja 116; en él dice Benavidez : « me ha sido preciso darle garantía de salvarle la vida para conseguir su rendición, la que se ha verificado con toda la plana mayor ». El *Diccionario biográfico nacional* (loc. cit), pretende que Rosas « adulteró osadamente el parte que Benavidez le pasó y en el que constaba la capitulación ». No hay tal : lo único que hubo fué la supresión de una frase, no en el parte de Benavidez, sino en el de Ramírez : éste decía : « todo está en nuestro poder, pero perdonadas y garantidas sus vidas los vencidos » (José Santos Ramírez al gobernador Juan Isidro Maza. *San Juan, agosto 22*. El texto verdadero lo he publicado en *La decapitación de Acha*, loc. cit.).

(3) Circular cit. (*Hoja suelta* de mi colección).

(4) Cf. : RODRIGUEZ DEL FRESNO, *Ataque y toma de la ciudad de Santa-Fe : episodio de la guerra civil de 1840* (*Revista del Paraná*, tomo I, núm. 7). Lo confirma : ELÍA, *Historia de la guerra sostenida por los libres de la República Argentina* (*Revista del Paraná*, tomo I,

neral Paz acostumbraba á fusilar los prisioneros cuando eran « actores cooperadores del enemigo ». Indudablemente, Rosas no podía mirar con ojos simpáticos á Acha, causante inmediato de la tragedia de Navarro, 13 años antes, cuando, siendo oficial del cuerpo que escoltaba á Dorrego, sublevó los soldados, traicionó á sus jefes, y entregó maniatado al ilustre mártir, para que se cometiera el funesto error de sacrificarlo. De ahí habían nacido las guerras civiles que ensangrentaban á la Confederación, y era natural que al gobierno no le pareciera un prisionero común el amotinado de 1828. Por consideraciones á Benavídez, se contentó con no publicar el parte oficial que menciona la capitulación, y sólo se permitió hacer suprimir esa cláusula en el oficio del coronel Ramírez (1).

Ante la aproximación de Lamadrid, resuelve Benavídez replegarse con sus prisioneros sobre Mendoza, comunicando á Oribe que debía « evitar una batalla campal, que por varios motivos sería peligrosa » (2). En carta á Pacheco es más explícito: « El haberme reconcentrado en Mendoza, con la división de mi mando, desamparando á San Juan, ha tenido por objeto evitar una batalla campal, restituir mi tropa á su antigua moral, aglomerar todos los elementos de guerra con que deba contar, y, más que todo, ponerme de acuerdo para obrar á un mismo tiempo y lograr la empresa de no dar escape á Madrid » (3).

El general Lamadrid entró á San Juan el día 24: encontró allí la familia de Benavídez y la tomó prisionera de guerra, en calidad de rehenes, haciendo que la señora escribiera una carta á su marido para que entregara á Acha y el hijo de Lamadrid en cambio de su

núm. 7). Véase mi artículo: *La batalla del Quebracho Herrado* (en *La Quincena*, tomo IV, página 76).

(1) E. Q. *La decapitación de Acha*, loc. cit. (Cf. además: E. Q. *La guerra civil argentina*, en *Revista del club Militar*, t. I).

(2) Benavídez á Oribe. *San Juan, agosto 24* (Ms. inédito, en *Archivo Pacheco*, vol.: *Notas y documentos, 1841*, foja 129).

(3) Benavídez á Pacheco. *Mendoza, agosto 29* (Ms. inédito, en *Archivo Pacheco*, vol. cit.).

familia (1). Sin embargo, Benavídez le había dejado al famoso Crisóstomo Álvarez — el heroico sobrino de Lamadrid — porque su grave herida hacía peligrosa su marcha con los otros prisioneros.

Desde el día 24 al 27 permaneció Lamadrid en la ciudad, remontando su ejército, haciendo requisición de caballos, mulas y bueyes, y reorganizando su fuerza. Hizo que una comisión militar, compuesta del coronel Rojas, mayores Esquiñigo y Quirno, recogieran del vecindario, como contribución de guerra, sendos miles de pesos plata. Porque es curioso observar que amigos y adversarios pesaban desapiadadamente sobre las poblaciones inermes: los gobiernos constituídos tenían su presupuesto y contribuciones, con las cuales mantenían sus ejércitos y sufragaban los gastos de guerra; los revolucionarios no tenían más recursos que las exacciones que imponían á los vecinos, y vivían de la población civil, á la manera de las bandas mercenarias que inundaron la Alemania, durante « la guerra de los treinta años », cuando bastaba que un Wallenstein alzara su pendón, para que se agruparan todos los que tenían espíritu aventurero ó nada ya que perder, fiando su paga ó su adelanto al asalto de cualquier población, más ó menos rica. La situación de las provincias argentinas fué analoga: gubernistas ó « libertadores » constituyeron una plaga sin rival, de cuyo azote apenas se concibe cómo pudo reaccionar el país. Lamadrid no tenía más remedio que seguir el ejemplo del famoso rival de Gustavo Adolfo: de algo tenía que vivir su ejército.

Antes de salir de San Juan, se le incorporó el coronel Peñaloza (a) *el Chacho*, con su división de llaneros riojanos.

Una vez que el ejército estuvo bien montado, bien equipado y bien repuesto, emprendió Lamadrid su marcha á Mendoza, llevando consigo á la desgraciada familia de Benavídez, como botín de guerra, y creyendo tener con ella un arma que paralizara la acción enemiga. Repetía así en 1841 con la familia de Benavídez, lo que había

(1) LAMADRID, *Memorias*, ed. cit., tomo II, página 257.

hecho veinte años antes con la de Quiroga, como si las señoras pudiesen ser consideradas « prisioneras de guerra », y ser equiparadas á soldados, tomados con las armas en la mano y en el campo de batalla...

ERNESTO QUESADA.

San Rodolfo, diciembre de 1896.

INACCIÓN Y EJERCICIO

(Continuación)

III

Si la falta de ejercicio es capaz de disminuir é irregularizar la nutrición del cuerpo, hasta producir deformaciones de los huesos, enfermedades orgánicas y aun la muerte, no habrá que extrañar que á la misma causa sean debidas numerosas perturbaciones cerebrales, muy fáciles de producir aun por la acción de causas menos poderosas. Una de las formas más generales de esas perturbaciones es el aburrimiento, con las variantes propias de la edad, pues el niño, el joven, el adulto y el viejo no se aburren de la misma manera.

En todos ellos el horrible *tedium vitæ* es debido á la misma disminución de la actividad cerebral por la falta de una sangre muy oxigenada, que circule vivamente en los capilares de la membrana nutricia del encéfalo. El aburrimiento, que marchita á los niños, que les quita el gusto por los juegos infantiles, y también la salud, es un martirio para los que pasaron ya la primera edad; es un mal que los postra permitiéndoles sólo los movimientos más precisos para buscar la soledad y el aislamiento, que luego han de hallar

hasta en medio de las muchedumbres ; es un mal que les arranca del espíritu todas las distracciones, del corazón todas las alegrías, y de los labios todas las sonrisas, excepto las irónicas y las amargas. El menor contratiempo lastima como un rudo golpe de la adversidad ; el más pequeño dolor como el síntoma de una enfermedad incurable. ¿Qué es, entonces, de la inteligencia que debiera conocer y apreciar la insignificancia de esas causas y sus alcances, y qué de la voluntad que debiera desterrar esas exageraciones de los dominios del pensamiento ? No hay que contar con ellas ; no funcionan ; ó funcionan tan mal como en la neurastenia, en la melancolía y en la hipocondría.

Con el estado habitual de aburrimiento, y con la tristeza que constituye su forma paroxística, conviene relacionar muchos actos de maldad. El martirio del aburrido, del triste, se convierte en el martirio de los que viven bajo el mismo techo, y en las molestias que han de soportar los que con ellos mantienen relaciones sociales ; la sociedad entera puede llegar á ser su víctima, si su posición les permite dañarla.

Las caricias de las personas queridas son evitadas con señales de disgusto ; las alegrías expansivas y ruidosas de la niñez y la juventud son reprimidas con violencia ; todo lo que se oye decir está mal dicho, y cuanto se vé hacer está mal hecho. ¡ Con qué palabras hirientes suelen ser recibidas las atenciones de las personas de servicio !

En las reuniones, en la calle, estos desgraciados de la mala nutrición fingen no ver á las personas de su amistad, ó las saludan friamente, si no tienen á bien volverles la cara. Hablan mal de sus amigos y con más razón de las personas que les son indiferentes, antipáticas ó enemigas. Su afilada tijera corta siempre y sin lástima, y lo peor es que nadie escapa á su filo temible.

La nutrición defectuosa concluye por agriar el carácter, de tal manera, que al fin los miembros de la larga familia de los aburridos se vuelven malos. Si figuran en las filas del pueblo, el gobierno es

el blanco de sus ataques furibundos : de los progresos de la sociología, de los hermosos capítulos escritos sobre la libertad individual sacarán sus dardos más acerados para herirlo ; serán el alma atravesada de las rebeliones injustificadas que lo derrocarán. Así como, á su tiempo, entresacarán de los capítulos sobre el orden los considerandos de sus decretos opresores del pueblo, ó, sin considerandos ni decretos, encadenarán todas las libertades populares, implantando las más sombrías tiranías, si desgraciadamente llegaran á escalar las alturas del poder.

El universo, á pesar de su grandiosidad, tampoco se libra de sus críticas. Los fenómenos cósmicos no debieran tener esas variaciones que los contrarían, ó sólo permitirse los que no pudieran molestarlos. El mismo Dios debiera modificar un tanto su conducta, interviniendo más ó menos en los asuntos de este mundo, pero siempre del modo que más pudiera convenirles.

No vaya á creerse que hay error, ó exageración, en atribuir tanta desviación de las facultades intelectuales y afectivas á algunos movimientos más, ó menos, ejecutados con los brazos y las piernas. Observando con detención los actos de las personas que nos rodean se vé que es verdad; podrá notarse también que los haraganes son los que suministran mayores contingentes á la criminalidad. Hay que creer que los músculos en reposo fabrican alguna substancia, algún veneno acre, que hace á los hombres malos, crueles con los débiles, implacables con los adversarios. Las personas que no han hecho su ejercicio acostumbrado son más exigentes, más difíciles de contentar; están menos dispuestos á disculpar las faltas de los demás, sucediendo lo contrario en las condiciones opuestas.

Entre los fenómenos psicológicos de la inacción hay algunos que pasan desapercibidos mucho tiempo, porque requieren el concurso de circunstancias especiales para manifestarse. Tal es la debilidad del carácter, que es preciso que sea muy notoria para ser percibida por el que la tiene y los que lo rodean. El éxito de las huelgas no sue-

le ser debido á otra causa, pues es sabido que la mayor parte de los huelguistas lo son por fuerza, con repugnancia, y contra su voluntad incapaz de resistencia; otro tanto puede decirse de muchos afiliados á los partidos políticos, que siguen ciegamente las inspiraciones de los jefes, de los caudillos, ó de los grupitos que los sustituyen aun en los actos que reputan perjudiciales para ellos, para la agrupación política, ó el país. El compañerismo y la disciplina del partido son las palabras con que se encubre, en esos casos, lo que no es más que una debilidad lamentable del carácter y la voluntad.

La disminución del valor personal es otro fenómeno psicológico de la misma naturaleza, y que suele manifestarse en los momentos de peligro. Es una suerte que sea difícil de observar entre nosotros; pero es previsor pensar, aunque no nos parezca posible, que la cobardía puede llegar á enrojecernos el rostro, si continuamos descuidando el funcionamiento de los órganos donde reside la fuerza; si descuidamos alimentar las fuentes de la energía y del vigor, que nuestro orgullo nos hace considerar, erróneamente, como inagotables (1).

Hay premios de más mérito que las coronas de laurel que, en los juegos olímpicos, ciñeron la frente de los vencedores, con todas las solemnidades históricas; de más valor que las medallas de oro y plata, que se cuelgan del pecho de los que triunfan en los concursos modernos de la inteligencia, ó de la destreza y la fuerza: son el vigor, la salud, la alegría y el valor personal que la higiene acuerda generosamente á los que cultivan metódicamente sus fuerzas físicas.

(1) Muchas de estas consideraciones, sugeridas por el estudio de los efectos de la inactividad muscular, tal vez parezcan una digresión impropia, en un artículo sobre inacción y ejercicio, escrito por un médico; pero este trabajo hubiera resultado muy incompleto, si se consignase solamente en él los resultados de la inacción sobre el individuo; si no se mencionasen también sus efectos sobre la familia y la sociedad; sobre los que ocupan un sitio modesto en las filas del pueblo, y hasta sobre aquellos que dirigen sus destinos desde las posiciones oficiales más encumbradas.

Estos premios están al alcance de todas las aptitudes, y pueden obtenerse en todas las edades de la vida. Poco importa que los que aspiran á ellos sean pesados, gordos, que tengan en la cara los colores subidos de la congestión; ó que, por el contrario, sean escuálidos y flacos, sin más colores en las mejillas que los tintes pálidos de la anemia y la debilidad.

El ejercicio que mejora la nutrición aumentando el movimiento de asimilación y acelerando el movimiento inverso de la desasimilación, los va á igualar á todos. La asimilación se acentuará especialmente en aquellos á quienes les falten carnes y colores; la desasimilación sobre los que tengan grasa y colores de sobra. Todos van á adquirir fuerza, agilidad, destreza; ideas sanas en la cabeza, é impulsos generosos en el corazón.

Las irregularidades de la nutrición, con todas sus consecuencias, no resisten á la excelente práctica del ejercicio metódico, que viene á cegar de esa manera una fuente de numerosas enfermedades, de muchas tristezas, y de no pocas debilidades, linderas de la cobardía.

Esta acción reguladora sobre la nutrición, esta acción electiva, casi inteligente del ejercicio sobre uno de los dos movimientos que la constituyen, que aumenta el peso del cuerpo de los flacos, y hace perder á los gordos una parte considerable del peso del suyo, extraña á primera vista, se explica fácilmente si se tiene en cuenta el origen del trabajo muscular, y sus consecuencias inmediatas. El origen de los movimientos musculares es puramente químico, puesto que proceden del calor que se desprende de la combustión de las sustancias hidro-carbonadas del cuerpo. Estas sustancias desaparecen transformándose en vapores de agua y en gases que se exhalan en la atmósfera; se evaporan constituyendo las pérdidas de la desasimilación, que, cuando son muchas, se traducen por una disminución muy sensible del peso del cuerpo.

Las consecuencias inmediatas del trabajo de los músculos explican las ganancias de la asimilación, y, por consiguiente, el aumento del peso del cuerpo cuando éstas son muy considerables. El

primer efecto del ejercicio es un aumento de los movimientos respiratorios; se siente entonces como una sed de aire que hace entrar más oxígeno en las vías de la respiración. La acción estimulante de este gas se hace sentir más intensa por su cantidad, sobre las funciones, sobre la asimilación, no sólo de las nuevas sustancias hidrocarbonadas que se han de transformar en calor y en futuros movimientos, sino también de las sustancias azoadas que se organizarán en la trama de los tejidos.

El aumento y la disminución de peso del cuerpo están, pues, sometidos á la influencia del ejercicio. Se obtiene uno ú otro; lo que más conviene en los gordos y en los flacos, porque la obesidad, como la flacura, constituyen irregularidades de la nutrición que son fácilmente corregidas por la acción del trabajo muscular.

Los cambios del peso del cuerpo son efectos constantes del ejercicio, que pueden conseguirse en cantidades variables, casi separadamente, combinando la duración, la forma, la intensidad y hasta la hora de los ejercicios. Manejando hábilmente la actividad y el reposo se obtendrá preferentemente cualquiera de esos efectos; se podrán exagerar, atenuar, ó equilibrar de la manera perfecta que constituye la salud.

No es esto decir que la nutrición depende únicamente de las funciones del aparato locomotor; sería una exageración. La nutrición es una condición indispensable de la vida tanto durante la actividad como durante el reposo; está subordinado á numerosas circunstancias individuales, y hereditarias, al medio ambiente y á la alimentación. Pero no es menos cierto que el sistema muscular, por su gran masa, es capaz de imprimirle impulsos determinados, y que por el hecho de estar sujeto á las órdenes de la voluntad, como la alimentación, se presta admirablemente, combinado con ésta, para corregir sus irregularidades.

La aceleración de los dos actos fundamentales de la nutrición precipita la renovación de los materiales orgánicos; como la rapidez de esa renovación viene á quedar bajo la dependencia del trabajo

muscular, á éste se deberá que se vayan más pronto por el camino de los emontorios las materias gastadas, envejecidas, inútiles, dotadas de propiedades tóxicas; y que ingresen sin tardanza por el camino inverso, por las vías de la absorción, las substancias que han de reemplazarlas ventajosamente, las materias nuevas y frescas dotadas de propiedades vivificantes y tónicas.

El organismo se reconstruye así por la acción del ejercicio, pues ganan en resistencia, en solidez y en volumen las partes que lo forman. Y si esto es de importancia suma, desde el punto de vista del vigor y la fuerza, más importancia tienen, desde el punto de vista de la salud, los cambios notables que se observan en los órganos centrales de la circulación y la respiración.

Escuchemos un momento los ruidos del corazón, y observemos cómo el acompasado tic-tac de la poderosa bomba impelente que funciona en nuestro pecho arroja la sangre á las arterias, con impulsos suficientes para vencer los obstáculos de la circulación capilar y de la venosa; sin permitir que la sangre se detenga en ninguna parte, formando focos de congestión; ni que deje extravasar su suero, entre las mallas del tejido conjuntivo, en zonas extensas de edemas. El corazón, robustecido por el ejercicio, no se conmueve, no se sobresalta, ni tropieza por los cambios de la tensión arterial que producen los movimientos prolongados, los esfuerzos y las emociones.

Veamos cómo el pulmón, con sus expansiones exageradas, agranda la cavidad del tórax, levantando las costillas superiores y la clavícula; cómo el maravilloso fuelle introduce en el pecho, á cada movimiento de la respiración, una gran cantidad de aire fresco y puro que luego arroja caliente, cargado de vapores de agua, de ácido carbónico y de miasmas respiratorios. La hemátosis se activa fijando en los glóbulos rojos el oxígeno necesario para las combustiones orgánicas, la fuente del calor, de los movimientos y de la vida. El pulmón que aumenta de ese modo su capacidad respiratoria, que introduce en la circulación, en un tiempo dado, seis ó siete veces

más oxígeno del que introduce en el estado de reposo, no está sujeto á las necesidades urgentes de aire que se traducen por las sensaciones penosas de las disneas, y que con tanta frecuencia son provocadas por las mismas causas que perturban las funciones rítmicas del corazón.

Estos cambios funcionales dan como resultante la salud; pero no esa salud que consiste en vivir mucho, y sin grandes dolores, pero con la condición expresa de estar eternamente medicinándose; con la facultad de poder estar despiertos y despejados con la ayuda de los tónicos y los estimulantes; de estar alegres y con el espíritu chispeante, merced á los vinos generosos y al champagne; de dormir bien después de haber ingerido la dosis habitual de alguna substancia narcótica; y de digerir pasablemente, pero sólo determinados alimentos y después de poner á contribución las pepsinas extraídas del estómago de los terneros, ó del buche de los avestruces, ó las preparaciones de la farmacia y la química de acción análoga; lavándose el estómago con largas sondas, tomando algunas veces vomitivos y siempre purgas, que producen efectos maravillosos en un sin número de casos, es verdad, pero que el ejercicio puede reemplazar.

La salud que se debe al ejercicio no es esa salud precaria, sino la salud completa y rebosante, la que permite sentir el placer de vivir en todos los actos de la vida; la satisfacción durante el ejercicio, la sensación agradable del reposo; el sueño fácilmente conciliable y reparador, sin ensueños tristes ni pesadillas; el contento del espíritu sin necesidad de embriagarlo con vino, ó con alcoholes cargados de esencias aromáticas; la seguridad de digerir todo, sin verse obligados á dejar en los platos los manjares mejor aderezados por el arte culinario, ó comiendo sólo algunos bocados con muecas de indiferencia y de disgusto.

En este estado, en que la salud se manifiesta en todo su esplendor, es fácil observar los cambios psíquicos que acompañan á la transformación física del hombre, bajo la influencia del ejercicio;

pero no es igualmente fácil observar los cambios correspondientes de la estructura de los diversos órganos que componen el aparato nervioso. Las ciencias anatómicas no señalan diferencias marcadas entre el cerebro, la médula espinal, los ganglios y los nervios del hombre acostumbrado á los trabajos, ó á los ejercicios físicos, y los mismos órganos del hombre que pasa su vida en la ociosidad, ó asiduamente ocupado en los trabajos de la mente.

Pero lo que se vé sin esfuerzo, sin la ayuda de la anatomía, es que los hombres de nutrición lánguida son poco afectos á hacer ejercicios difíciles, á manifestar su destreza en un ejercicio cualquiera, á mostrar lo que puede la poderosa fuerza de la voluntad aplicada á un esfuerzo persistente, á los actos más tenaces de la musculatura; lo que se vé muy bien es que la aptitud para los ejercicios difíciles, ó los trabajos erizados de obstáculos, la actividad incansable y la fuerza indomable de la voluntad son propias de los hombres avelados á la ruda labor del trabajo ó del ejercicio; de los hombres que sacudiendo su pereza, despreciando las sensaciones incómodas del cansancio y la fatiga consiguen evitarlas después de haberse acostumbrado á hacer esfuerzos musculares prolongados, enérgicos, repetidos ó complicados de diversa manera. En esos hombres la fuerza de la voluntad se acentúa cada vez más en su carácter de fuerza psíquica y motriz, y da nacimiento á las cualidades sobresalientes del hombre laborioso, del vencedor en las luchas de la fuerza, del valiente que no tiembla ante las amenazas del peligro.

Los hombres que poseen estas cualidades ocupan en las sociedades humanas los puestos de primera fila. Es á ellos, á los trabajadores, á los fuertes y á los valientes á quienes se dirigen las miradas ansiosas de todos cuando suena la hora de alguna desgracia pública; á ellos les toca con frecuencia ser los salvadores de sus semejantes, con más frecuencia sin duda que á los que no hacen más que discutir y pensar, aunque sea sobre los mejores temas sociológicos, sobre la táctica militar, y aún sobre las ciencias más filantrópicas y humanitarias.

El perfeccionamiento físico y moral resultante del trabajo metódico de los músculos va acompañado de sensaciones indefinibles de contento y bienestar; del conjunto de sensaciones agradables que constituye la alegría, y que la humanidad suele buscar con tanto ahinco, aunque la encuentra pocas veces.

Los efectos inmediatos del ejercicio y de la alegría sobre el organismo son casi iguales. Ambos hacen entrar el cuerpo en calor, animando del mismo modo las facciones y encendiendo los colores de la cara; aceleran igualmente los movimientos respiratorios, aumentando la profundidad de las inspiraciones; acrecientan de parecida manera la energía de las contracciones del corazón, y toda la circulación sanguínea; aumentan la aptitud para continuar el trabajo y redoblar los esfuerzos. Sus efectos son tan parecidos, que en ciertos casos podría ser difícil conocer si una persona acaba de hacer algún ejercicio, ó de tener una impresión feliz.

Esta similitud de sensaciones podría explicar por qué á muchas personas les gusta tanto hacer ejercicio. Han hallado el modo de hacer andar su máquina humana, al paso que ella anda, cuando es impulsada por los transportes de la alegría; han conseguido colocarla en ese estado en que se sienten impresiones de placer por causas externas ó psíquicas, incapaces de provocarlas en las circunstancias normales; en ese estado en que el pensamiento, huyendo de cuanto entristece ó apesadumbra, se complace en volar en las mejores direcciones, hacia los más agradables recuerdos del pasado, como hacia las más halagüeñas esperanzas del porvenir.

Claro está que mejor fuera disponer de los acontecimientos y que cada cual arreglase las cosas de la vida como para estar contento; pero, desgraciadamente, muy pocos tienen esta habilidad.

Sin riesgo de incurrir en error, puede afirmarse que todos los ejercicios hacen bien, que alegran; pero no se podría afirmar que todos ellos hagan bien de la misma manera, con igual intensidad. Ciertos ejercicios, las circunstancias en que se hacen, aumentan especialmente sus efectos sobre el estado del espíritu. Pasearse en

una habitación ó en un patio, dar vueltas á un manubrio, mover una palanca, estirar una cuerda elástica, levantar pesos, subir una escalera empinada, son, sin duda, ejercicios muy provechosos, que pueden servir para ahuyentar algunas ideas negras; pero sus efectos sobre el estado del ánimo serán menos intensos que un vivísimo asalto de armas, un partido de pelota, una excursión en velocípedo, ó á caballo, ó un paseo en bote, á toda fuerza de remos, en las aguas del río Luján. Es que si las reacciones químicas que engendra el trabajo muscular bastan en rigor para obtener los buenos efectos de los ejercicios, se puede buscar los medios de obtenerlos con más profusión.

Estas diferencias, en más ó menos, entre los efectos de los ejercicios son muy conocidos de los que tienen costumbre de hacerlos en condiciones variadas. Todos los que se divierten paseando por la calle Florida, pueden no divertirse tanto en otras calles; todos los que tienen gusto en montar un hermoso caballo, adiestrado á la alta escuela, que galopa según la voluntad del jinete con la mano derecha ó con la izquierda, que gira rápidamente sobre sus manos ó sobre sus pies, que retrocede ó marcha de lado, pueden no tenerlo igual si montan un caballo feo, mal enseñado, mañero, que no obedece á la rienda y á lo mejor se empaca.

Es fuera de duda que los mejores ejercicios suelen ser los que más divierten, y que no es por una simple coincidencia que los ejercicios más divertidos son los más útiles. Á la dosis de alegría obtenida como consecuencia de todo ejercicio se agrega otra, la que es propia del ejercicio predilecto, ó del que más conviene á la edad, constitución y estado de salud del que lo ejecuta. Sin pensar que la gente debe vivir destornillándose de risa, la utilidad de la alegría no debe ser desconocida, ó despreciada, ni aun por la gente más seria. La alegría es un tónico poderoso que nos conforta y nos mejora.

Los ejercicios intensos, saltos, carreras, el juego de la mancha, del rescate, y en general todos los ejercicios de velocidad, que provocan grandes inspiraciones de aire y hacen saltar el corazón dentro

del pecho, convienen á los niños y á los jóvenes para desarrollar el tórax, avivar sin riesgo la circulación sanguínea; pero no convienen de ninguna manera á los adultos y á los viejos que tienen su pecho ya desarrollado, y en cuyas arterias se inicia, ó está muy adelantado, el proceso de la esclerosis y el ateroma.

Los ejercicios que requieren el despliegue sostenido de la fuerza, esgrima, gimnasia atlética, convienen á los jóvenes y á los adultos cuyos músculos han adquirido todo su desarrollo; pero no á los niños, cuya musculatura está en formación, ni á los viejos en los cuales está atrofiada.

Los ejercicios suaves y moderados, gimnasia mecánica, sueca, del hogar, que convienen á todos, especialmente á los viejos, son muy poco divertidos para los jóvenes y los niños.

Los ejercicios al aire libre son infinitamente superiores á los que se hacen en recintos cerrados. La pureza del aire es una condición indispensable para conseguir sus mejores efectos. Cuando se hace ejercicio se respira seis ó siete veces más que durante el reposo; si el aire es impuro, si está viciado por los productos de la respiración, se respira seis ó siete veces más impurezas y productos tóxicos que si no se hiciese ejercicio alguno. Á la verdad que para obtener este resultado casi valiera más quedarse quietos.

Los ejercicios que ponen en acción grandes masas musculares, un número considerable de músculos, deben ser preferidos á los que no llenan ese requisito. Los que ponen en juego masas musculares limitadas repercuten demasiado sobre las grandes funciones: la circulación y la respiración. Como efecto local, hipertrofian los músculos; como efecto general, cansan y fatigan.

Por eso los ejercicios de las piernas fatigan menos que los ejercicios de los brazos. Los primeros producen mayor cantidad de trabajo sin cansancio; dejan en libertad los movimientos de la respiración, sin agitar el corazón. Es á ellos que se debe más especialmente los efectos generales, benéficos y saludables del trabajo muscular.

La localización preferente del trabajo en las grandes masas musculares de los miembros inferiores no excluye la participación de los músculos de las otras regiones del cuerpo. Llama la atención la participación activa que toman muchos de ellos, al parecer lejanos é independientes del foco del movimiento. Al regreso de un viaje á caballo, de un paseo á pié, ó de una ascensión á las sierras, todo el cuerpo se siente cansado, y los brazos que estuvieron ociosos, aparentemente, están tan fatigados y doloridos como las piernas. Si estos efectos pudieran explicarse por la acción tóxica de los materiales de la desasimilación, que se produjeron con exceso, y no tuvieron tiempo de ser eliminados, no podría explicarse de la misma manera el aumento de la fuerza de esos músculos inactivos y que ha sido rigurosamente estudiada con la ayuda del dinamómetro.

La generalización en todos los músculos del trabajo de las masas musculares pequeñas es menos evidente. Con el ejercicio de un solo brazo, ó de los dos, podrá observarse los efectos de los esfuerzos repetidos y violentos: la respiración superficial y acelerada, los movimientos tumultuosos del corazón. Se observará también la robustez localizada en los brazos, y hasta la hipertrofia de sus músculos; pero no esos efectos generales sobre la salud del cuerpo y del espíritu y que la terapéutica y la higiene utilizan con razón, como si fueran sus más preciosos agentes.

Afirmemos sin vacilación que todos los ejercicios son buenos; recomendamos la equitación, el ejercicio nacional por excelencia; la velocipedia, el mejor de los ejercicios de piernas; el remo, sobre todo en botes de asiento movedizo; la patinación, la esgrima, la pelota, los diversos métodos de gimnasia, los juegos ingleses, los italianos, los franceses, los españoles, etc.

Aunque recomendables en general, la superioridad de unos ejercicios sobre otros es indiscutible; no podrían aconsejarse en globo á cualquier persona, sana ó enferma, joven ó de edad, sin tener en cuenta lo que, en el lenguaje médico, se llaman las indicaciones y las contra-indicaciones de cada ejercicio en particular.

La esgrima, por ejemplo, que es un excelente ejercicio para la gente sana, que no se ocupa en trabajos de la mente, es pésima para los que tienen el cerebro cansado, ó el sistema nervioso enfermo á causa de las emociones repetidas, ó de otros excesos. La fijeza de la atención para dar ó parar las estocadas es muy útil para los primeros, que tienen en reposo sus nervios y su cerebro; pero es estremadamente fatigosa para los otros, que están sufriendo las consecuencias del trabajo y la fatiga en esos órganos de estructura tan delicada.

El uso inmoderado, ó el poco acierto en la elección del ejercicio, tiene sus inconvenientes y sus peligros, que es preciso evitar. Todos los ejercicios tienen sus víctimas y sus inválidos, no hay que olvidarlo; pero hay que olvidar menos que su número es muy escaso, si se compara con el número inmenso de los que le deben la vida, la salud, la felicidad y el honor.

BARTOLOMÉ NOVARO.

EL BRASIL INTELECTUAL

IMPRESIONES Y NOTAS LITERARIAS

(Continuación)

IX

En una serie interesante de artículos publicados en Buenos Aires, el distinguido escritor Franklin Tavora señala la existencia de dos escuelas literarias en su patria. « Si ellas no están del todo formadas, — dice — por lo menos se revelan visiblemente en las producciones de las dos grandes regiones en que se divide naturalmente el país. No fué impunemente que la naturaleza colocó el gran río San Francisco entre las Provincias del Norte y las del Sud. Ni es materia que causa asombro que en un territorio de 291.000 leguas cuadradas, la naturaleza y el clima provoquen diferencias que modifican al hombre, porque esas diferencias son leyes del medio físico que han de influir forzosamente en la formación de su individualidad » (1). Sin pretender dilucidar este punto que ha dado origen á

(1) *La Literatura Brasileira. Escritores del Norte del Brasil*, por Franklin Tavora. Nueva Revista de Buenos Aires.

violentas discusiones en el Brasil, me parece que el juicio del doctor Tavora tiene fundamentos sólidos y que está sobradamente apoyado por las obras de Inglez de Souza, de Santa Helena Magno, y especialmente de José Veríssimo. El norte, de todos modos, ha contribuido á la vida intelectual del Brasil con una pléyade notable de hombres políticos, de oradores y de literatos, entre los cuales se cuentan, además de los citados, de Tobías Barreto, de Silvio Romero y muchos otros, estadistas como Saraiva en el pasado, y actualmente hombres de ciencia como el doctor Francisco de Castro y escritores de la talla de Joaquín Nabuco y Ruy Barbosa. Tal vez está allí la cepa genuinamente brasilera; por lo menos, es allí donde se conserva más la originalidad nativa de la raza, adulterada ya en el Sud por la infusión de sangre extranjera, sobre todo en San Pablo donde predomina el elemento italiano y en Rio Grande donde existen sólidos núcleos de población alemana.

José Veríssimo, de quien voy á ocuparme ahora, dejando para más tarde al doctor Inglez de Souza y á su novela *O Missionario*, es un representante perfecto del literato del norte, no sólo por su origen, sino por la inteligencia y el colorido con que ha pintado la región amazónica. Nació en el Pará, en la pequeña ciudad de Obidos, situada en la margen izquierda del Amazonas, el 8 de abril de 1857. No pudiendo proporcionarle allí su familia una educación conveniente, fué enviado á Manaus, de donde pasó á la capital del Pará hasta terminar sus primeros estudios y seguir á Rio de Janeiro con el objeto de matricularse en la Escuela Politécnica, Poco tiempo después, el mal estado de su salud lo obligó á regresar al Pará, de donde se dirigió á Europa. Allí tomó parte, de una manera brillante, en el Congreso internacional literario que se reunió en Lisboa en 1880. Antes de ese viaje había publicado un libro con el título de *Primeiras Páginas* y había redactado en el Pará la *Gaceta del Norte*. Más tarde, en 1887, publicó una obra sumamente interesante, *Escenas de la vida Amazónica* y dos volúmenes de *Estudios Brasileños* (1889 y 1894), que contienen ensayos literarios y jui-

cios críticos tan dignos de ser leídos por su estilo fácil y elegante, como por la firmeza y solidez de criterio que manifiesta su autor.

Las cualidades distinguidas del talento de José Veríssimo se manifiestan ampliamente en el terreno de la crítica. Es lástima que no haya reunido sino los artículos que llenan los dos tomos á que me he referido, dejando dispersa en revistas y periódicos una gran parte de su producción intelectual. En la parte que nos es dado juzgar, el escritor paraense muestra un espíritu serio, sobrio y cultivado al mismo tiempo. Es un guía en que uno puede fiarse para profundizar el estudio de la literatura brasilera. Benévolo sin condescendencias culpables, erudito sin pedantería, de preparación literaria sólida y de ideas moderadas y sensatas, ocupa hoy un lugar prominente entre sus colegas brasileros y ha sabido rodear su nombre de indiscutible autoridad.

La primera serie de los *Estudios Brasileros* empieza con la eterna lamentación que arranca á todo cultor de las letras sud-americanas la falta de estímulo y los obstáculos con que lucha en nuestras regiones la producción intelectual. Si ello puede consolar á José Veríssimo, desde ahora le aseguro que ese mal es común á todas las secciones de nuestro continente. Y bien mirado, ni los brasileros ni los argentinos tenemos derecho de quejarnos, cuando nos comparamos con nuestros colegas de Colombia, de Venezuela, del Perú, de Centro-América. Allí, como aquí, por lo menos rodeamos de cierta consideración á algunos de nuestros escritores, hay nombres y reputaciones consagradas, hay uno que otro editor que emplea algunos pequeños fondos en las aventuras de la publicidad. ¡ Ah ! cuando recuerdo la triste silueta de algunos de los más distinguidos poetas sud-americanos que he conocido, aquel esquisito espíritu que se llamó Eloy Escobar y que pasaba como un espectro por las calles de Caracas, doblegado, raído, casi harapiento, en su sonambulismo genial, en medio de la multitud que lo designaba con el epíteto de *De Profundis* ; cuando pienso en otro de esos talentos malogrados de aquella misma tierra, el desventurado Francisco

G. Pardo, asistiendo melancólico al derrumbe de su fortuna, hundiéndose minuto por minuto en la obscura miseria en que le sorprendió la muerte, sin apoyo de nadie, sin sentir siquiera á su alrededor ese ambiente de cálida simpatía que dulcifica las amarguras íntimas y da fuerzas para vivir; — cuando evoco á Miguel Antonio Caro, hoy presidente de Colombia, detrás del mostrador de una librería, á Rufino Cuervo fabricando cerveza, á Diego Fallon dando lecciones de música y de inglés, — comprendo que no tenemos derecho de quejarnos los que vivimos en esta región de América, donde el hombre de letras, salvo escasas excepciones, ha dejado de ser el *bohémio* famélico de que tantos ejemplares quedan en otras partes. Esta digresión no obsta á que reconozca la justicia con que deplora José Veríssimo la desorganización de la instrucción pública en el Brasil, primaria y superior, industrial ó profesional, « la carencia de una escuela superior de literatura ó de ciencias, donde se pueda estudiar la antropología y la lingüística, la historia de las religiones y la filología, las lenguas orientales del grupo indo-europeo ó del grupo semítico, las lenguas románicas, la etnología, la paleografía, la filosofía, las literaturas antiguas y modernas, en fin todo ese formidable trabajo intelectual que se hace á nuestro alrededor y al que permanecemos prácticamente extraños ». La misma deficiencia puede señalarse entre nosotros sin que esta circunstancia me impida compartir la fundada crítica del distinguido escritor.

Los *Estudios Brasileiros* se abren por un corto artículo que sintetiza el estado de la literatura de aquel país con franqueza y exactitud. Allí se señalan los grandes vicios de que adolece su intelectualidad, y entre ellos se indica primeramente el espíritu de imitación. « No es simplemente la autonomía política y la separación geográfica lo que constituye una nacionalidad », — dice con razón José Veríssimo; son las tradiciones, la lengua, las creencias, las ideas, las costumbres, lo que forma, por decirlo así, el alma de un pueblo y caracteriza su propia individualidad. El espíritu brasileiro carece de carácter nacional, según José Veríssimo, por falta de una educación

principalmente científica, tanto como por la indiferencia por el estudio que muestran las masas populares, y por la carencia absoluta de una crítica que se separe de los viejos estilos horacianos y quintilianescos. La poesía, para él, se encuentra vaciada en moldes de un lirismo convencional cuya sola originalidad es la abundancia de formas *sensuales* que presta al verso la sangre del mestizo. En la novela, á pesar de la mayoría de las obras que se limitan á copiar modelos europeos y que son sólo *pastiches* de la literatura francesa, hay algunas creaciones originales, tales como la *Innocencia* del vizconde de Taunay y algunos de los tipos de José de Alencar. Lo mismo puede decirse del teatro, en que figuran con éxito el mismo Alencar, Penna y Guimaraens. Para dar á la literatura el carácter nativo de que carece se necesita remontar á las fuentes de la raza y analizar los elementos étnicos que la componen. Sólo ese estudio, detenido y crítico, puede explicar las modalidades del espíritu brasileiro, y proporcionar una comprensión exacta de las ideas é inclinaciones populares. Es el examen del hombre salvaje, del portugués colonizador y del africano esclavizado lo que dará la *clave* de la intelectualidad brasilera actual. En esto, José Veríssimo sigue fielmente las ideas de Silvio Romero. « Á la indolencia heredada del tupy — dice — desenvuelta y favorecida por un clima caliente y un suelo pródigamente fértil, se unió la influencia nefasta de la esclavitud, que, degradando el trabajo, nos hizo tontamente *afidalgados*. No fué esto sólo. El tráfico de los africanos hizo aparecer repentinamente fortunas colosales y con ellas desarrollóse el amor al juego y al lujo, tan peculiares á los brasileros. El elemento africano, en contacto íntimo con nuestra familia y cruzándose ampliamente en todo el país, forma hoy con los otros dos, el tupy y el portugués, la nacionalidad brasilera, y cumple notar que fué él quien, por la esclavitud, nos trajo las mismas costumbres nuestras que pueden llamarse originales. ¿ Y cómo no había de ser así, si desde la cuna hasta la tumba, bebiéndole la leche, oyéndole los cuentos en el hogar, jugando con ella, recibiendo de ella sus creencias fetiquistas,

esa raza desgraciada y hecha mala por la esclavitud es nuestra compañera y auxiliar? Esto, entretanto, escapó á nuestros literatos, que no vieron que había en nuestra sociedad algo pintoresco que estudiar, algo atroz que combatir. Y con excepción de la *Madre de Alencar*, de las *Víctimas y Verdugos* de Macedo, de la *Historia de una joven rica* de Guimarâes, de la *Esclava*, de *Isaura* de Bernardo Guimarâes, muy pocos fueron los libros que se ocuparon de ese importante problema ».

Pocos escritores de su país han realizado investigaciones tan minuciosas como José Veríssimo á propósito del elemento indígena que entra como un factor tan primordial en la formación de la raza brasilera. Estos estudios constituyen varios capítulos interesantes del libro de que me ocupó, así como una gran parte de las *Escenas de la vida Amazónica*. Escritos á propósito de las publicaciones etnográficas de Couto de Magalhaes, Barbosa Rodríguez y otros distinguidos hombres de ciencia del Brasil, ellos son, sin embargo, profundamente originales y contienen observaciones directas del autor sobre la curiosa psicología del salvaje, que ha tenido ocasión de conocer y estudiar en sus excursiones por la región amazónica. El señor Couto de Magalhaes, al ocuparse de las razas salvajes del Brasil, sigue las huellas de don Vicente Fidel López, admitiendo el origen *ariano* de los *tupys*. Las teorías de este escritor han sido francamente combatidas por Silvio Romero en su *Etnografía Brasileira* y lo son por José Veríssimo en varias partes de su interesante libro, y especialmente en el ensayo consagrado á la *Religión de los Tupys-Guarany*s. Para él es exacto el juicio de los primeros cronistas portugueses, respecto á la carencia de noción de la divinidad y á la falta absoluta de cualquier forma de religión que tenían los salvajes del Brasil. Si es cierto que sus groseras imaginaciones sentían el pavor del relámpago y del rayo, también lo es que la intuición de un ente sobrenatural cuya manifestación visible fueran aquellos fenómenos naturales, fué infundida en su espíritu por los primeros exploradores de su territorio. « En el período fetiquista muy atrasado,—dice José

Verísimo — la nueva creación no podía, sin embargo, recibir ni siquiera un culto politeísta, cuando más una veneración monoteísta ; de allí las continuas quejas de los misioneros en vista de la frialdad, de la poca devoción de los neófitos y de sus continuas deserciones de un culto cuyo sentido no podían comprender. Su pobre mitología estaba compuesta de algunas entidades sobrenaturales, engendradas por el miedo y bajo la influencia de la curiosidad para la explicación de fenómenos naturales, como los sueños, á los cuales no prestaban más culto que el del terror supersticioso, el mismo que aún hoy les prestan los espíritus que creen en las *almas del otro mundo*. En medio de estos espíritus fué lanzado *Tupá*, siendo de notar que, al revés de lo que se podría esperar, quedó representando en su supernaturalismo un papel secundario, de verdadero intruso, mal grado todos los esfuerzos de los jesuitas para colocarlo en el lugar que le competía. Es que en la religión tupy-guarany, *Tupá* es una creación reciente, debida más á la influencia cristiana que al sentimiento espontáneo del salvaje que la adoptó ».

El estudio de José Verísimo se completa con un análisis de las leyendas y mitos indígenas, análisis sagaz, interesante y digno de ser leído por todos los que se interesan en la vida y los sentimientos de los pobladores de nuestro continente en la época del descubrimiento y la conquista. El espíritu que informa las investigaciones del distinguido autor, es siempre frío, reposado, puramente científico. Huye de las generalizaciones atrevidas, de las inducciones poco fundadas, de las teorías tan gratas para la insaciable curiosidad de algunos arqueólogos como Augustus Le Plongeon que encuentra en su reciente libro sobre las ruinas del Yucatán, en las reliquias de los antiguos *Mayas*, analogías sorprendentes entre su lenguaje, sus concepciones religiosas, sus nociones cosmogónicas, sus maneras y costumbres, sus tradiciones y su arquitectura, y las concepciones, lenguaje, nociones cosmogónicas, costumbres, maneras, tradiciones y arquitectura de las antiguas naciones civilizadas de Asia, Africa y Europa, creyendo que hay entre ellas un paren-

tesco cercano, que mantuvieron íntimas comunicaciones, y que se encuentra tal vez en Centro-América, entre otras, la cuna de la civilización egipcia (1). La misma seguridad de criterio demostrada por José Veríssimo en el examen de los ídolos amazónicos, campea en sus pinturas de los indígenas que se agrupan aún en pequeñas tolde-rías (*malocas*) en las márgenes de los grandes ríos y en medio de las frondosas selvas de la región norte de su país. El estado de degradación y de miseria de esas tribus, poetizadas por los románticos brasileros y desfiguradas por un afalsa leyenda á que han contribuído la escuela *indianista* y las producciones de José de Alencar, de Gonçalvez Diaz, de Magalhaes y otros, — le inspira una profunda emoción y una viva simpatía, sin que estos sentimientos generosos nublen la perspicacia de su sentido crítico y lo lleven á deplorables extremos de ridícula sensiblería. « La impresión que deja en el espíritu del observador atento y de buena fe el estudio de este medio, — dice refiriéndose á las poblaciones indígenas que se agrupan en las márgenes del Maués y del Canumán, — es mala. Asáltanos, por más que luchemos contra ella, la convicción de que el indio es un individuo con quien la civilización no debe contar. Nada más desolador que estas tolde-rías en ruinas, sin cultura, sin trabajo, sin progreso, sin vida, donde vegeta, sin vivir, una población mezquina de gente débil, sin ningún vigor moral, ni salvaje ni civilizada, miserable, indolente, paupérrima, en medio de las mayores riquezas naturales. » El contraste que presentan esos desgraciados salvajes con los heroes de *Caramurú* y del *Uruguay* en el pasado, ó de *I-JucaPirama* y el *Guarany* en el presente, no puede menos de hacerlo sonreír « de las teorías sentimentalistas de los románticos de la política ó del arte », y preguntarse « si estos sujetos darán jamás ciudadanos aprovechables, ó indagar dónde están entre estas mujeres feas y sin gracia las *Iracemas* y entre estos hombres rudos y groseros los *Ubirajaras*. »

(1) « *Queen Máo and the Egyptian Sphinx*, » by A. Le Plongeon. — New-York, 1896.

X

Una de las preocupaciones constantes del espíritu de José Veríssimo es la que se refiere al *nacionalismo* de la literatura de su patria. Acompañado en la brecha por Silvio Romero, por Araripe Junior, por Mello Moraes y otros escritores de talento, él es uno de los más ardientes propagandistas de la independencia intelectual de la tierra de su nacimiento. Todo lo que concurre al propósito de esta emancipación despierta profundamente su interés. Así lo vemos estudiar con empeño la poesía popular brasilera, los cuentos y tradiciones originarias de su país, el folk-lore amazónico, todo lo que puede proyectar alguna luz sobre los sentimientos y aspiraciones de su raza, expresados en forma literaria. « En el estudio del carácter y de la manifestación del sentimiento estético en el Brasil — dice á este respecto — la forma más vigorosa de ese sentimiento, la poesía popular, debe ser estudiada con todo criterio como elemento indispensable para la creación y desenvolvimiento de una poesía conscientemente nacional. » Remontando al pasado, José Veríssimo hace notar que en los antiguos cronistas del descubrimiento no se señalan vestigios de manifestaciones poéticas en el salvaje. Él cree, sin embargo, que debían existir, no sólo porque « la poesía es tal vez la manifestación primera de la palabra en la humanidad » sino también porque en « la lengua de esa raza encontramos el verbo cantar, *néengari*, derivado de *néen*, hablar ». Aceptando que los tupy-guaranys poseyeran una poesía indígena espontánea y rudimentaria, según José Veríssimo nada autoriza á creer en la traducción de ese sentimiento estético en forma de canto ó himno. Para él es evidente que en el tiempo de la conquista del Brasil el indígena no podía tener poesía sino tan primitiva y rústica, que la invasión europea la ahogó sin esfuerzo; y así, sofocada en la cuna, ella no pudo, como su lengua y sus costumbres, influir sobre la raza con-

quistadora. Las manifestaciones más conocidas de la poesía popular brasileira no son sino variantes degradadas de las viejas cántigas portuguesas, como lo demuestra con numerosos ejemplos el distinguido crítico brasileiro. No obstante, esa imitación muchas veces sobrepasa al original, por la intensidad del sentimiento apasionado, por la belleza de la forma poética, por la traducción elocuente de sentimientos tiernos y amorosos. José Veríssimo cita algunas estrofas populares muy interesantes y que revelan, en su ingenuidad sin afeites, el alma misma de la raza que confía á ellas sus lamentos, como la que copio á continuación y en que se escucha el grito de protesta del esclavo encorvado bajo el látigo del capataz :

Un negro cuando se muere
Es que el alcohol lo mató;
Un blanco cuando se muere
Es porque Dios lo llamó...

Ó esta otra empapada de ironía :

Cuando un blanco está comiendo
Con un negro en compañía,
Es el blanco el deudor
Ó del negro es la comida...

« La historia de nuestro país—dice José Veríssimo en una página elegante en que define la *modinha* brasileira y que transcribo como una muestra de la belleza de su estilo — nos enseña que su primera sociedad fué compuesta de malos elementos. Las primeras inmigraciones fueron solamente de hombres que no queriendo casarse con la mujer que habitaba esta región, por motivos fáciles de comprender, hicieron de ella su concubina. Así constituida, si á eso se puede llamar constitución, la primitiva sociedad brasileira, á la cual faltaba el más poderoso de los elementos sociales, la familia, no podía ser sino inmoral. «Bajo un sol ardiente y en una naturaleza exuberante,

el temperamento amoroso del portugués, libre de todas las trabas que lo refrenaban en la patria, ganó aquí nuevo vigor y produjo el mestizo voluptuoso, impresionable, apasionado. Fué en este medio en el que la poesía popular portuguesa se desenvolvió y fué aquél el individuo que la asimiló y que le dió el vigor erótico que la caracteriza bien como nuestro genio artístico. Es en el seno de ese elemento mestizo, del hijo del portugués, de la india ó de la africana que nacen sus más bellas formas, y es de allí que algunas de ellas se nacionalizan tanto que diríais constituyen una forma espontáneamente nacional, como la *modinha*. La *modinha* es la más rica de las formas con que se manifiesta la inspiración poética de nuestro pueblo. En ella transformóse la *jácara* de los trovadores y castellanos guitarristas, ó más inmediatamente el *fado* del pueblo portugués... El temperamento melancólico amoroso del brasileiro, su voluptuosidad, las lúbricas pasiones que se desenvuelven en un medio no educado por el casamiento, como era y todavía es hoy, aunque en menor escala, nuestro medio popular, contribuyeron fácilmente para esa transformación. Así, esa forma caracteriza bien la tendencia mórbida de nuestra poesía popular, el abandono, la indolencia de nuestra raza, proveniente de la prodigalidad extraordinaria de nuestra naturaleza y de la felicidad de nuestra vida, casi eximida de la ley de la lucha por la existencia, lo que engendra esa tendencia de nuestro carácter á producir los amores fáciles, la fuente única de nuestra inspiración popular. En nuestra no pequeña colección de *modinhas* ese tema repítese con fastidiosa monotonía. Es siempre el amor y los sentimientos que de él derivan: los celos, la *saudade*, el deseo, en el lenguaje gongórico é inflado, pero á menudo sentido é interesante. Y leyendo las colecciones de nuestras *modinhas* que corren impresas, llégase á la conclusión á que nos lleva este estudio de la poesía popular brasileira y es que ella, por falta del elemento tradicional, es profundamente individual, pobre y monótona. Su desenvolvimiento no es igual en todas partes del Brasil, habiendo sido mayor en el sud que en el norte, donde la vida pastoril no sólo

es más desconocida sino menos acentuada, y es generalmente en ese medio donde han nacido casi todos los grandes poemas populares, como entre nosotros fué allí donde tuvo mayor expansión el sentimiento poético de nuestro pueblo ».

Las líneas transcriptas bastan para diseñar la fisonomía del crítico, la sencillez elegante de su expresión, la solidez de su criterio, la seguridad de sus juicios, siempre fundados en la reflexión y en el estudio. Las cualidades de su estilo corresponden á estos dones nativos del escritor. Corriente y fluido sin caer en la dilución de las ideas que aqueja á tantos autores meridionales y á tantos *dilettanti* sud-americanos, se le lee siempre con placer, sabe captar el interés y mantenerlo durante el curso de toda una obra. Entre los literatos de su raza, es uno de los que han consagrado al trabajo intelectual una dedicación más constante y abnegada. « Literatura sin libros » llamó Valentin Magalhaes á la de su patria, expresión que casi puede aplicarse en conjunto á la América latina. Si ello es así, se debe sin duda á otros hombres que los que, como José Veríssimo, han puesto de su parte una inmensa suma de esfuerzos generosos en favor de los ideales que han impulsado su acción y alentado sus trabajos. Su vida entera está repartida entre los afanes de la enseñanza universitaria y las preocupaciones del hombre de letras. Su labor de educacionista y pedagogo es tal vez más conocida y apreciada en su país; por lo menos, los resultados de ella son más populares. Sus esfuerzos literarios, sin embargo, son igualmente considerables y dignos de simpatía. Cuando otros se han sentido heridos por el desaliento, él ha persistido en la lucha; y hoy mismo se le ve al frente de la más importante publicación literaria de Rio de Janeiro, *La Revista Brasileira*, que dirige con entusiasmo y acierto, y donde sus artículos distinguidos dan la nota crítica del día. Su silueta es una de las más familiares para todos los que frecuentan el pequeño mundo literario de la bella ciudad fluminense. Se le ve siempre en compañía de un libro ó un amigo en aquella curiosa *Rua do Ouvidor*, que es el ágora de Rio de Janeiro, en la puerta de alguna librería ó de alguna

redacción de diario, pasando de Laemmert á Garnier, con escalas en *O Jornal do Commercio* ó la *Gazetta de Noticias*; y donde él está podéis estar seguros de encontrar un hombre de espíritu y un corazón leal, un grupo de amigos fieles como él al arte y á la ciencia, preocupados como él del adelanto intelectual y moral de la tierra de su nacimiento.

Y esta generosa dedicación es tanto más digna de elogio cuanto que José Veríssimo no se disimula la verdadera inferioridad del hombre de letras en su patria. Las reflexiones que hace respecto á este tema son de una sensatez y una verdad abrumadora. Nuestra situación en este asunto es tan semejante á la del Brasil que no puedo menos de transcribir párrafos como el siguiente, relativos á las agitaciones literarias intermitentes que suelen sacudir á nuestras sociedades y especialmente á la que se produjo en aquel país después de la guerra del Paraguay, y coincidió con los esfuerzos eficaces de la propaganda republicana. Ese movimiento, dice José Veríssimo, jamás se condensó en una corriente unida y cerrada que produjese grandes resultados, esto es, grandes obras, de esas que hacen la gloria de un hombre y la honra de una literatura. « Para ello hay una causa de valor capital: el no poder el escritor brasileiro vivir de sus obras, lo que le obliga forzosamente á no pasar de un simple aficionado, un *dilettante*. Y en la literatura, como en la ciencia, como en el arte, el aficionado es, en regla general, un ente sin valor, de perniciosa influencia. Es sólo la profesión la que hace las grandes personalidades literarias ó científicas, por el trabajo de todas las horas, por el constante é incesante estudio. Ya se trate de nuestros literatos ya de nuestros sabios, ellos lo son á horas perdidas, sustraídas á las ocupaciones del trabajo diario. Un país en que la mentalidad queda así sin base material, no puede aspirar á producir un movimiento intelectual fecundo en resultados. Con todo—y honor sea hecho á los trabajos que, sin recompensa, ni, la mayor parte de las veces, la de la consideración pública, no desmayan en la labor — á pesar del medio poco propicio al estudio, el movimiento se acentúa y la litera-

tura — dése á esta palabra su mas lata acepción— toma un desarrollo hasta hoy nunca visto entre nosotros ».

XI

En la segunda serie de los *Estudios Brasileños*, José Veríssimo toca interesantes cuestiones de la actualidad política de su patria. Señala al principio de ese libro una especie de renacimiento intelectual, un despertar inquieto y quizá incoherente del espíritu nacional, estimulado por causas complejas, entre las cuales ocupa un puesto muy importante el cambio de las instituciones y el profundo sacudimiento social que fué su consecuencia inmediata y que persiste aún despues de siete años de república. Pocos estudios más curiosos y más llenos de enseñanza que el de las peculiaridades del nuevo régimen implantado en aquel país, y el de la transformación rápida que á su influjo se ha operado en los sentimientos é ideas de su pueblo. La más expresiva de las formas en que se ha concentrado el espíritu nacional en el Brasil, en los años de agitación que empezaron con la caída del Imperio y parece no han terminado aún, á pesar de sofocada la revolución en Rio Grande y vencido el movimiento encabezado por el heroico y malogrado Saldanha y por el almirante Mello, — parece estar caracterizada por una exacerbación del orgullo patrio, que se manifiesta en despegó y hostilidad al elemento extranjero, que aspira á la completa independencia y desvinculación del Brasil de todo vínculo y relación extraña, programa negativo que busca el aislamiento, rechaza la colaboración ó el concurso del capital y del brazo europeo, y en torno del cual se agrupan las masas populares. Esa tendencia curiosa, de que participan hombres de mérito real y de verdadero valor, y que en las letras ha sido defendida y practicada tal vez con un *parti pris* de originalidad por el infortunado Raul Pompeia y

por el distinguido crítico Araripe Junior, — ha sido llamada *jacobinismo* ó *nativismo*. Deberé ocuparme de ella con mayor detención al tratar del autor de *O' Atheneu* y de *Rodrigo Octavio*, así como al hablar de las últimas publicaciones de Ruy Barbosa y de Joaquín Nabuco. Por hoy basta consignar que las proyecciones intelectuales de ese movimiento preocupan con razón á José Veríssimo. « La agitación nacionalista, de que hay en este momento evidentes señales — se pregunta con inquietud, — ¿excitará á su vez la inteligencia nacional y servirá de estímulo de producción y de trabajo, ó, artificial y desorientada, será apenas la manifestación, tal vez inútil, tal vez funesta de un jacobinismo inhábil y sin criterio?... » El distinguido escritor abriga dudas fundadas de los resultados benéficos que para las letras brasileras puede tener la crisis social y política que hace presa del organismo de su patria. Él se levanta sobre las preocupaciones estrechas del espíritu de secta, de la intransigencia de círculo, y contempla el porvenir con desconfianza y alarma, señalando el peligro con valor y con franqueza. « Para que ese despertar sea fecundo — dice — y se transforme en una corriente perenne de vida científica, de vida literaria, de vida artística, preciso sería que no hiciésemos del movimiento que lo ha de producir un negocio de facción ó de partido, que no fuésemos á beber lecciones en un período que deshonra á la gran revolución, ni confundiésemos el nacionalismo con el nativismo, pretendiendo, con menos inteligencia de los tiempos, resucitar viejas teorías que, impertinentes en las propias tradicionales sociedades europeas, son aquí, en la América joven, despoblada y sin pasado, absolutamente absurdas. »

La expresión de estas ideas acude frecuentemente á los puntos de la pluma del distinguido escritor. Su clarovidencia en estas materias es notable, como lo es la lealtad con que expone sus opiniones de crítico y de educacionista. Ocupándose del movimiento intelectual brasilerero en 1891, encara el mismo tema bajo una faz más amplia, deplorando una vez más el jacobinismo que medra en la

sociedad política de su patria, y en el cual ve « una amenaza para la libertad espiritual, sin la cual no puede haber un fecundo movimiento intelectual ». Para que la evolución de las ciencias, de las letras y de las artes, vuelva á tomar su punto de partida y prosiga su marcha sin tropiezos, José Veríssimo aconseja, separándose de la corriente de la nueva moda de su tierra, del culto ciego del *monroismo* americano, del sometimiento pasivo á la influencia yankee, « que la república sepa ser inteligente y que, imitando las exterioridades norte-americanas, no sacrifique á los intereses del momento, ni á un estrecho y bronco espíritu práctico, los intereses superiores del espíritu nacional ». De esta suerte el simpático escritor se alista bajo la bandera levantada con decisión por Eduardo Prado en el interesante libro de que me ocuparé á su tiempo — *Ilusión Americana* — y acompaña á Ruy Barbosa y á Nabuco en su resistencia contra el enfeudamiento de su patria á la influencia y al poder de la gran república del norte. La independencia de su juicio es digna del mayor elogio, en esta como en otras materias, al huir del lugar común del endiosamiento americano, tan grato á los huecos declamadores políticos de nuestro continente, para expresar cuáles son sus ideas respecto al importante problema de la educación de su patria. « Lo que nos ha diferenciado de las Américas, — dice, — es no haber hasta ahora sido un pueblo « americano » en el sentido filosófico de esta palabra. Yo no veo qué imposibilidad habría en conservar esa, para mí por lo menos, simpática distinción bajo la república; para conseguirlo no habría sino que ocuparnos seriamente del problema de nuestra educación pública, realizándola bajo la base de una alta cultura científica, literaria y artística, animada en todas sus partes del sentimiento y del espíritu nacional. Mi ideal en este punto sería — y creo que no tomarán á mal que lo diga — no los Estados Unidos de la América del Norte, sino la Francia. No es tan grande mi ignorancia que desconozca el desenvolvimiento intelectual de la gran república del norte, pero no puedo descubrir allí, naturalmente

por defecto de visión, el mismo carácter espiritual, si me permiten decirlo así, que veo en la civilización francesa. Hay aún, permíteme esta confesión, en esas civilizaciones germánicas y protestantes — principalmente cuando ellas están empeoradas por el industrialismo americano, algo que nos las hace antipáticas. »

Deliberadamente, al ocuparme de José Veríssimo, he querido insistir en esta faz peculiar del escritor, sin circunscribirme á la pintura exclusiva de su talento literario. Para ocuparme de éste, y analizarlo de una manera completa, debería seguir paso á paso la obra extensa y variadísima del crítico, y esto exigiría extensos desenvolvimientos. Sus libros, en efecto, abordan los temas más diversos y pasan con facilidad de la crítica al comentario político, á la reflexión filosófica ó á la investigación etnográfica. Todas las ideas matrices de la literatura contemporánea del Brasil se encuentran resumidas y contenidas en ellos. Así, en el curso de estas impresiones y notas trazadas á vuela pluma, deberán hojearse muchas veces, y la opinión de su autor me será de suma utilidad para ilustrar ó explicar ciertas materias en que es necesario desconfiar de la impresión de los extraños. Entretanto, y antes de abandonar este atractivo tema, deseo decir algunas palabras sobre una de sus primeras publicaciones, mencionada de paso algunas páginas antes, y que es tal vez la más característica é interesante salida de su pluma. Me refiero á las *Escenas de la vida amazónica*, una de las obras más nacionales, más representativa de la inteligencia y del medio brasileiro, más interesante bajo su doble aspecto de estudio de psicología de la masa nativa de la región del norte y representación artística, real y palpitante, de sus costumbres y sentimientos, y de los accidentes de su vida en medio de la naturaleza esplendorosa de aquellos lugares.

La primera parte de este libro precioso está consagrada al lenguaje, á las creencias y costumbres de las poblaciones indígenas y mestizas de la Amazonia. Á pesar de lo curioso de las escenas descritas en ella, no es ésta la más notable, á mi entender, sino

la segunda parte, en que se encuentran algunas narraciones desbordantes de color local y que revelan en toda su amplitud el talento descriptivo de José Veríssimo, ¿Es acaso el prestigio de esa región misteriosa y poco explorada, de ese mundo admirable bañado por una red espesa de ríos colosales, de ese laberinto de selvas y de montes frondosos, en que la naturaleza tropical ha desplegado toda su poderosa lozanía, todos los infinitos recursos de su belleza, lo que me hace mirar la obra de José Veríssimo con tan viva simpatía?... ¡La Amazonia! Este solo nombre exalta mi imaginación y la transporta á otras épocas, haciendo revivir á mis ojos episodios épicos borrados por el tiempo, desplegando en una evocación repentina paisajes tropicales vistos en la juventud, y nunca olvidados, los monstruosos árboles de las orillas del Magdalena, la entrada soberbia del Orinoco, el esplendor de las florestas paraguayas, el lujo grandioso de la naturaleza de las Antillas!... Los que nunca han estado en contacto con la tierra tropical, los que no han probado sus efluvios magnéticos ni se han sentido dominados por su voluptuosa embriaguez, — no comprenderán nunca toda la seducción que inspira esa región magnífica. Por mi parte, al leer las *Escenas de la vida amazónica* confieso que he sentido con inusitado ardor la nostalgia de la *Tierra caliente*, una tentación poderosa de seguir las huellas del viajero en aquel dédalo de ríos y de selvas en que se agrupan los restos dispersos de la raza *tapuya*; y he quedado largas horas melancólico, con el libro en la mano, pensando en aquel Eldorado inaccesible, y rehaciendo en la mente las impresiones que debieron sentir los compañeros de Orellana, al desembarcar con su rústica nave, labrada con el hacha y la espada del soldado, en aquel inmenso mar dulce ¡el más grande y admirable de los escenarios soñados para la epopeya!

¿Quién no ha sentido, por otra parte, en esos momentos de desaliento profundo, de cansancio mórbido que produce la tiranía de la vida social, las exigencias implacables de los deberes mundanos, la necesidad de observarse á todas las horas, de medir todas las pala-

bras, de vivir en una perpetua excitación cerebral, un ansia irresistible, un deseo indomable de abandonarlo todo y hundirse en tierras inexploradas, lejos de los hombres y del tumulto de las ciudades, en el seno de la selva virginal, en íntima comunicación con la naturaleza? Otras veces, el deseo es diverso. Arrastrados en el torbellino, fatigados de contemplar rostros indiferentes, siluetas más ó menos elegantes, maniqués puestos en movimiento por Worth ó por Pacquin, haciendo vis-à-vis á fantoches aderezados por Pool ó por Cumberland, hastiados de la lucha de los intereses sórdidos, de las vanidades de la feria en que se mueven los héroes de Thackeray, —nos asalta un interés enorme por los pobres y los humildes, una simpatía afectuosa por los que viven en las aldeas, al borde del mar ó en el fondo de las montañas, un febriciente ardor por participar de las alegrías y las tristezas de ese vasto mundo que vive á nuestro alcance y que sin embargo no conocemos ó miramos con indiferencia ¡sociedad en que se mueven los labriegos y pescadores santanderinos de *Sotileza*, los fantásticos habitantes de los *boarding-houses* de Dickens! ¡Oh! huir de la banalidad insulsa y chismográfica de los clubs á la moda, de los *clichés* convencionales de los salones del día, y poder estrechar la mano de Mister Micawber, escuchar de sus labios la historia de sus tribulaciones pecuniarias, ó comer en *table d'hôte* en la taberna de Jolly-Sandboys con Mrs. Jarley, «la única, la incomparable Mrs. Jarley», recibiendo informes preciosos sobre las complicaciones de las figuras de cera y teniendo en frente, del otro lado de la mesa, al gigante bonachón que despacha una pata de cordero regada de abundante mosto, mientras le llega la hora de salir á las tablas é introducirse en el esófago puñales y estopas encendidas! . . .

XII

Sin ir tan lejos ni aspirar á tanto, leyendo las *Escenas de la vida amazónica*, confieso que he sentido deseos vehementes de conocer al indio José Tapuio, y que me sentiría feliz compartiendo con Don Porfirio Espirito Santo da Silva, *el tambaqui moquesdo* ó « poisson grillé » de la cocina obidense, la *manicoba* preparada con *trippes de paca* y albóndigas de mandioca; y después de aquella buena refacción, extendiéndome en la hamaca « colgada en uno de los rincones del corredor, con el largo cachimbo apretado en los labios, esperando que la negrita viniera á encenderlo ». Las peripecias de ese simpático ciudadano y la historia de su hija Rosinha, forman el argumento de *O Bôto* (1), narración escrita con un colorido admirable y que á mi juicio es una verdadera joya de la literatura nacional brasilera. La escena de esa novela corta se abre en Obidos, en la estrecha calle Bacuri. Don Porfirio aparece de mal humor, traga con displicencia los platos del complicado *menu* tropical preparado por su esposa Doña Feliciano, no dirige una palabra á su hija Rosinha, una mestiza de grandes ojos apasionados, y, finalmente, después de satisfecho su apetito y antes de recostarse en la hamaca, anuncia á los suyos su resolución de dirigirse al Parú, á dedicarse á la fructífera industria de la salazón de pescado. Naturalmente, esta noticia no es del agrado de Rosinha, que tiene su correspondiente novio, un portuguesito almacenero, de 22 años de edad, llamado Antonio Bi-

(1) El *bôto* (*delphinus pallidus?*), el *uyara* del indio, ocupa largo espacio en su imaginación y nuestro interior está lleno de cuentos maravillosos sobre este animal. El *bôto*, como la sirena antigua, canta, y cual el de ella, su canto tiene el dón de seducir. ¡Ay de la doncella que lo oye en noche de luna! Los indios creían que el *bôto*, aprovechándose de las ocasiones en que las mujeres se bañaban para seducirlas, y aún más, que rebasando las formas de un mancebo gentil, venía á veces en la alta noche á dividir la hamaca de las vírgenes de la selva, atribuyendo á este Don Juan fluvial, la concepción de muchas. (José Veríssimo, *Escenas de la vida amazónica*).

cudo. El desarrollo de ese amor está trazado con perfiles de una realidad sorprendente por José Veríssimo. Las miradas en la iglesia, las rondas por la ventana de la amada, las conversaciones en la puerta de calle, toda la escala obligada del cortejo de aldea, está descrito por el novelista con un lujo de detalles que mantiene siempre despierto el interés. Á los apretones de mano, á las caricias robadas á la vigilancia paterna, suceden pronto las exigencias del amante por tener una entrevista á solas con la incauta muchacha. Celos fingidos, amenazas de rompimiento y de ausencia, Antonio Bicudo apela sucesivamente á todas las astucias del caso, sin lograr el éxito ambicionado.

« Al cabo de cuatro ó cinco días—dice el escritor—Rosinha recibió una carta, por intermedio de una esclava del nuevo patrón de éste. « Mañana, decía, pasa por aquí el *Tapajós*; si hasta entonces no hubieres hecho lo que te pedí, es que ya no me quieres, y por eso me iré para siempre. Acepta, ingrata, un adiós eterno de quien mucho te amó. » La letra era disfrazada y la carta no llevada firma. Esta resolución de Antonio la puso fuera de sí. La idea de perderlo la asombraba. Y, sin poder resistir aquel amor, que conocía ahora tan grande, resolvió de pronto responderle diciendo que viniere esa misma noche, á las doce, á esperarla en el cerco de la casa, que daba á un espeso matorral. Fué á la cocina, sacó un carbón y metiólo con un hilo de *túcum*, en que dió once nudos, dentro de un cartucho de papel. Escondiendo todo en el seno — ese cómplice inconsciente y siempre pronto de las mujeres — fué á colocarse en la ventana esperando ocasion propicia para enviar á Antonio aquel singular paquete. De allí á poco pasó una muchachita, una indiecita de diez años, de aire enfermizo y tonto, con una botella en la mano, como quien va á la taberna.

—« Vas á la casa de *nhó* Antonio? — preguntó á la muchacha.

—« Sí, señora...

—« Toma—dijo—dándole el cartucho de papel—dále esto y dile, no te olvides, dile: en el cerco de la quinta de la casa.

« Antonio Bicudo recibiendo el paquete y el recado, halló aquello ridículo, tanto más que no comprendía el enigma. Poco después una muchacha que entró en la tienda á comprar no sé qué, y á quien él consultó, explicóle que el carbón quería decir noche, y los nudos de hilo *túcum* las once, cada nudo una hora. Y rióse mucho queriendo por fuerza saber quién lo esperaba á aquella hora, declarando que iba á contar á la hija de *nhô* Profirio, á *nhá* Rosinha, que él ya tenía otra novia. Él reíase también, pellizcábale los brazos flacos, acariciábale la cara, haciéndole muchas fiestas, diciéndole tonterías, hasta que ella se fué repitiendo:

—«Y bien, ¡voy á contarlo!... cantando mucho la frase...»

La cita de los amantes, en aquella hora nocturna, en la cerca de la quinta, mientras todos dormían en casa del Procurador, termina como todas las de su clase, con juramentos de fidelidad y de casamiento de parte del mancebo, y con lágrimas de felicidad y de placer de parte de la doncella. La resistencia de Rosinha no se prolonga largamente. Su sangre de mestiza se inflama con facilidad al sentir el contacto de los labios de su adorado. Estaba vencida antes de luchar.

Entretanto, los preparativos para la marcha de la familia al lago Parú se encuentran casi completos. Don Porfirio obedece á la dura ley de la necesidad y se vé forzado á alejarse de la ciudad de sus amores, aquel centro donde se había acostumbrado á las charlas y chismografías de las puertas de tienda ó el mostrador de las boticas. Aquella vida de pereza, pasada entre las delicias de la calle y las sesiones de la Cámara municipal, de que era procurador, había agotado todos sus recursos y conducídole á dos dedos de la ruina. Su *finca* estaba abandonada, entregada al cuidado de un viejo tapuyo. Para salvarla de la hipoteca y de la venta era forzosamente aquella peregrinación al Parú, donde aquel año abundaba el *Pirarucú*. Todos estaban ya embarcados en la *igaritá* ó canoa, listos para zarpar, y Rosinha, sentada al borde del toldo de paja que le servía de techo, buscaba en vano, con los ojos turbios, entre la

muchedumbre que se aglomeraba en la playa á presenciar la llegada de un vapor de la *Corte*, el ingrato amante que parecía haber olvidado tan pronto sus votos y sus protestas de pasión eterna. Al fin, llega el momento de la partida y la desgraciada muchacha se siente llena de rabia, desesperada por haber cedido á las súplicas del pérfido Lovelace obidense.

¡ Qué bellos son los paisajes que se suceden, entretanto, mientras la ligera embarcación se desliza sobre la corriente! « La canoa, remada por tres *tapuyos* y un negro, que manejaban diestramente el remo elíptico y chato como una raya, corría ligera costeando la margen lo más cerca posible, de manera de evitar la corriente del río. El Procurador, desde que quedara fuera del alcance de las vistas de la ciudad, se sacó el paletó y los zapatos, y descalzo y en mangas de camisa fué á ponerse en el *jacuman* (timón), fumando un largo cigarro de *tauari*, en una posición muelle y beatífica, sin mirar el paisaje que se desarrollaba al lado, á su vista. Eran primero altos barrancos de *tabatinga*, una tierra blanca zebrada de grandes pinceladas bermejas, acribillada de agujeros cilíndricos, de donde se escapaban gritando, llenando el aire con su alharaca disonante, bandadas de aribambas de alas cenicientas y pecho rojo y blanco. En aquella tierra de aluvión crecía una vegetación exuberante y verde, intrincada y densa aquí, rala más allá, en que las trepadoras con sus hojas tupidas y claras ponían una nota alegre. Pasaron por algunas fincas, cuyos perros llegaban á la orilla á ladrar á la canoa; la ex-Colonia con sus casas en ruinas, la iglesia por concluir, desmantelada y llena de árboles, todo medio sumido por el matorral y dominado por una gran cruz ennegrecida por la intemperie que, encima de un pedestal, al norte, extendía sus brazos sobre aquella triste soledad de un lugar en otros tiempos habitado, y donde, según la tradición aún viva, pasáronse días alegres y felices. »

Las páginas que siguen contienen una descripción tan interesante de la región del Parú, aglomeración de lagos formados por las bajantes en el triángulo constituido por el río Trompetas de un lado,

el cauce del Caxiury del otro y el Amazonas, — que resisto con dolor al placer de transcribirlas en toda su extensión. Pero esto exigiría muchas páginas, y debo limitarme á extractar los grandes lineamientos de aquel admirable cuadro de la naturaleza trazado por José Veríssimo con un vigor de colorido y una intensidad de rasgos que revelan toda su potencia de escritor y la riqueza y variedad de recursos de su estilo. Al leerlo, nos parece contemplar aquellas tierras, « sumergidas durante más de cuatro meses », surgiendo en la época de la bajante húmedas y verdosas del seno de las aguas, « diseñando allí un amplio mapa de *bacias* de todos los tamaños, de todas las profundidades y de todos los aspectos, un verdadero sistema de lagos, teniendo por base el largo río Parú, con el cual todos se pegan y alrededor del cual se extienden, se complican, se engarzan, se enmarañan, comunicándose los unos á los otros por pequeños brazos de agua ». Allí, en las barrancas más elevadas del *igarapé* (riacho de canoas) los que acuden á la salazón arman sus pequeñas habitaciones de paja. Es toda una población nómada, afanada en su trabajo fecundo, población semi-anfibia que vive la mitad de las horas dentro del agua de los canales, y entre la cual figuran no pocos «perros flacos, que también emigan para los lagos, en la época de la pesca, con las costillas salientes como si hubiesen engullido arcos de barril, y que pasean por las orillas ladrando á los yacarés con la rabia impotente de egoístas famélicos, lamiendo á intervalos las espinas secas ó las pieles bermejas de los pirarucús, única pitanza ofrecida á su gula ». En medio de este escenario, una vegetación de invernáculo, una maravillosa sabana de graciosas gramíneas y de gigantescas nínfeas. « De trecho en trecho esta orla es truncada por las playas negras de tembladeras ó esteros de lodo, frecuentadas por legiones de mariposas amarillas y blancas que, á la distancia y posadas, parecen flores nacidas en el barro sólido. Agarrados á la margen vense compactos ramilletes de pasto acuático y de caña brava por sobre los cuales revolotean leves, alegres y chirriantes pajarillos microscópicos, doblando las delgadísimas ramas de

pasto, en las que hacen un apéndice que engaña al peregrino ajeno á esta tierra; el húmedo murerú de grandes hojas gruesas, redondeadas, cóncavas, forma campos de un verde cargado, haciendo sobresalir sus flores rojizas con las que el *bóto* compone los ramilletes destinados á sus amadas. Sobre el agua sobrenadan, condensados y unidos, los *uapés* de mil formas. Entre éstos, destácase uno de hojas redondas, verdes, bermejas, del medio de las cuales brotan albas flores salpicadas de escarlata en la forma de estrellas, cuyas finas raíces carmesíes se ven sumergirse á través del agua cristalina con ondulaciones airosas de serpiente. Aislada casi, formando un punto aparte en los remansos tranquilos de un lago menos frecuentado por los pescadores, y más cerca de la tierra firme, la victoria regia, el horno de yacaré de los naturales, desdobra enormes hojas circulares de bordes con caireles de vivo carmesí doblados hacia arriba como un horno indígena y iergue un poco sobre la superficie del agua sus grandes flores semi-esféricas, por la mañana blancas como la pluma de la garza, color de rosa como el penacho del cardenal por la tarde, dominando á pesar de contraída, por su extraña y salvaje belleza y por las extraordinarias proporciones de tamaño, toda la exuberante flora acuática de la región ».

Fué en una de esas riberas encantadoras, donde el Procurador amarró su canoa y levantó sus provisorias viviendas de paja. Allí pasaba los días, en un sonambulismo melancólico, la abandonada Rosinha, sin que la imagen de su ingrato amante provocara en ella sino aborrecimiento y fastidio, por haber confiado en sus promesas. Un día, vagando por aquellas soledades, vé acercarse una *montaria* ó canoa pequeña, y en ella descubre á Antonio Bicudo, enviado por su patrón á comprar pescado y á cobrar algunas cuentas olvidadas. Sus primeras palabras, pérfidas y mentirosas, fueron de cariño: « Vine por tu causa, ingrata ». Después, al contemplar las formas más acentuadas de la muchacha, le halagó la idea de reanudar el dulce vínculo roto por su causa. Rosinha se resistió al principio; pero después de algunos esfuerzos de parte del amante y de la inter-

vención oficiosa de la *madre tapuya* la vieja Thomazía, que le sirvió de nodriza y que cedió á los atractivos poderosos de unas copas de aguardiente,—la antigua aventura siguió su curso y el idilio tomó nuevo vigor en el seno de aquella naturaleza discreta y virginal. Al fin, las precauciones de los culpables fueron relajándose con la impunidad, hasta que la vieja Thomazía se apercibió con horror de las consecuencias de sus complicidades. Y, como siempre, el galán feliz, recibió las sugerencias moralizadoras de la vieja tapuya con una negativa rotunda. — «Oiga, ustedes son un poco hechiceras. . . .Vea si hace desaparecer aquello con cualquier morondanga y así queda todo en paz y yo le doy alguna cosa. . . . Por mi parte pueden quedar tranquilas; juro que no digo nada. Quedo más mudo que un pescado. . . .» La vieja tapuya comunicó á su hija de leche la actitud del portugués, y la desgraciada muchacha, con la apatía de su raza, indiferente y humillada, se resignó á beber el repugnante brevaje. Un vago terror de su padre, mezclado con un sentimiento de vergüenza, ocupó en su espíritu el vacío dejado por la ingratitud de su amante. Trató de olvidarlo del todo, y empezaba á conseguirlo, cuando éste volvió á buscar á Don Porfirio, para una compra de pescado. «Había animada reunión esa tarde en frente de la choza de Porfirio. Él y la familia, Antonio y algunos pescadores, comerciantes y dueños de otros establecimientos análogos á los del Procurador, de visita en casa de éste, estaban bajo un árbol frondoso que crecía solitario casi en el declive de la pequeña barranca para el «puerto», nombre generalmente dado al sitio donde arriman las canoas. Unos, los más importantes por su posición, estaban sentados en bancos groseros de palo, otros en raíces de árboles vetustos. Versaban las conversaciones sobre la pesca, la abundancia ó escasez de peces, su precio, el estado del comercio en Obidos. . . . El riacho estaba desierto de pescadores. Entretanto hacía un cuarto de hora que un enorme *pirarucú* saltaba de minuto en minuto, haciendo remolinos de agua, que se rompían luego, coloridos de rojo por los últimos rayos rubios del sol inclinándose hacia el ocaso.»

Aquel espectáculo tienta á los *habitués* del Procurador. Se calcula el peso del *bicho*, su tamaño, su precio en el mercado próximo. Antonio exclama que siente deseos de harponear al animal, y sus palabras producen risas sarcásticas. Toda esta escena es admirable en el original por su naturalidad y exactitud. Una apuesta se sigue luego; y el joven portugués monta en una canoa y se lanza en busca del pescado. El pirarucú parece á su turno mofarse de su torpeza. Al fin salta delante de su vista, vuela el harpón con fuerza, y, perdiendo el equilibrio, el desgraciado cae en las aguas fangosas, seguido por los ojos redondos y entornados de los yacarés que dan caza al enorme pescado. Los terribles anfibios y las *piranhas* feroces, pequeñas, chatas, de dientes afilados y cortantes como navajas afiladas, despedazan en un instante su cuerpo palpitante». Rosinha desde el primer momento lanzó un grito estridente y cayó desplomada medio muerta. La medicina de la tapuya y la horrible impresión moral produjeron sus efectos naturales y la vieja Thomazía, ante el asombro y estupor de Doña Feliciano, no encuentra otra explicación de la catástrofe que atribuir, en una media lengua intraducible, todos los males al pescado maravilloso que sirve de título á la historia: — « Sosiegue, *nhô* comadre, sosiegue: No sé lo qué pensar. Oiga, para mí, esto es el *bôto* que anda por ahí. Yo todavía me acuerdo que su merced me contó que vió una noche en la ciudad, en el fondo del quintal, un *burto* que se sumió cuando *Matinta-pereira* silbó, no bien se alzó su *mercé*. Después de eso, ña Rosinha andaba triste que ni jurutí sin pareja. ¿Su *mercé* no recuerda? Ella casi ni comía, pobrecita... Aquí ella iba siempre al pozo de la Sumauma. Yo fuí allá y no ví nada, mas paréceme á mí que era el *bôto* que la llamaba para allá. Aquel *peje* maldito tiene atracción y es travieso. Fué él quien hizo el mal á la mujer de López, cuando el marido estaba en la plaza, en el Pará. Ñá difunta abuela, que Dios haya, contaba que una vez uno vino de noche á cargar de la hamaca una moza, hija de *tucháua*, y nadie supo más de ella. Sólo allá por esas horas oía cantar en el medio del río una cántiga triste

que metía dolor. Él anda mucho allí, en aquel paraje; todavía el otro día yo ví dos allá saltando uno trás del otro, los malvados. Para mí es él, ñá comadre, es él... » concluyó Thomazía, que para hacer este discurso se había sentado también en el petate junto á la dueña de la casa y hablaba bajito, de modo de no despertar á Rosinha, ó para que ella no la oyese...»

Esta narración, como las que la siguen *El crimen del tapuyo*, *La suerte de Vicentina*, etc., debe ser leída en el original portugués para gozar plenamente con ella. El extracto más minucioso, todas las explicaciones posibles, no alcanzan á reflejar la elegancia, riqueza y precisión de su estilo, el color local de todos sus cuadros, la admirable penetración de psicólogo con que están sentidas y retratadas las almas de los groseros personajes que forman su acción interesante y dramática. En su género, las *Escenas de la vida amazónica* pueden figurar sin desdoro al lado de las más curiosas páginas de Pierre Loti. « Por cierto, amo las novelas de Loti por muchas otras razones, escribía Lemaître á propósito del autor de *Aziyadé*; pero las amo también por esta idea de que están impregnadas todas, que el alma de un pescador ó de una paisana bretona tiene mil probabilidades de ser más interesante, más digna de ser mirada de cerca que la de un jefe de división, de un negociante ó de un hombre político. » Los lectores de José Veríssimo encontrarán este mismo encanto al recorrer la obra de que me ocupó, obra original, nacional en el verdadero sentido de la palabra, tal vez diría la más nacional que he leído en aquel país, si no existiera *O Missionario*, de Inglés de Souza, y especialmente la deliciosa *Innocencia* del Vizconde de Taunay, que es para mí una de las más hermosas creaciones de la novela contemporánea.

(Continuará.)

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

LA MÚSICA Y LAS DISTINTAS ESCUELAS

Los espíritus que se nutren con sus propias impresiones, las inteligencias que mueven su actividad en el campo fecundo de la investigación libre, los que reconocen un límite á las facultades humanas, para penetrar el misterio que nos rodea, no se conforman con la imposición tiránica de las verdades reveladas, no se satisfacen con las sentencias dogmáticas á que se somete el mayor número, ni aceptan conclusiones que no se armonizan con el análisis concordante de la razón.

Todos aquellos, pues, que alimentan ideas suyas, inspiraciones espontáneas, reflexiones que son el fruto de observaciones directas y sentimientos que nacen de su propio sér, no se hacen esclavos de lo que otros han pensado antes que ellos, ni siguen servilmente las huellas trazadas por sus antecesores en el pensamiento, sino que fortalecen, cuando más, con las ideas de aquéllos el concepto claro y razonado de las cosas, que por experiencia y deducción propias y por impulsos secretos de organización ha adquirido solución en su cerebro.

Estas consideraciones me las sugiere el medio ambiente de que me encuentro rodeado, en este momento, hallándome en esta ciudad medioeval, que el genio musical más sobresaliente que ha pro-

ducido la naturaleza ha elegido para que sean puestas en escena sus imponentes producciones.

Estoy próximo á satisfacer uno de los ideales de mi vida, para penetrar el arte melodramático en sus más elevadas y augustas concepciones é interpretaciones, arte que algunos sienten más que lo que son capaces de explicarlo y otros explican mejor de lo que son capaces de comprenderlo. Todo, para mí, es cuestión de organización de la máquina humana, puesto que el sonido, antes de llegar á la imaginación, pasa por el oído y según esté conformado el órgano auditivo, esta ingeniosa obra de la naturaleza, es la clase de impresión que las ondas sonoras combinadas melódica y armónicamente producen en la imaginación.

Así como la retina del ojo no siempre transmite el mismo color para todos, tampoco los sonidos producen el mismo efecto, y lo que para unos es motivo de placer y de deleite, para otros produce sensaciones poco agradables. Hablo naturalmente de los seres igualmente civilizados, y no me valdré del ejemplo del rey africano Bell, á quien preguntaban, después de haber asistido á la representación de una ópera en Berlin «¿cuál era la cosa que más le había agradado durante la representación?» contestó, que la parte que precedió á la sinfonía. La confusión que producían los instrumentos, cuando los estaban afinando.

Aristóteles decía ya que la música no era más que un goce aumentado de la poesía. Tiene por misión despertar en el oyente el sentimiento y las ideas que son apropiadas á facilitar la comprensión completa de la obra poética. Esto queda, sin embargo, como un punto céntrico al rededor del cual deben agruparse todos los elementos de la ejecución.

Más de dos mil doscientos años han pasado y, si progresos relativos se han operado en el adelanto científico de la música, que supera á las demás bellas artes, porque, según la expresión de un escritor notable, es la que más formas consume y las gasta en menos tiempo, todavía hay quienes le niegan la supremacía, quienes no

le acuerdan los honores de la ciencia y quienes quieren subordinarla á la poesía, haciéndola esclava, no solamente de la situación dramática, sino de la palabra misma.

Mientras tanto, una naturaleza musical se dejará llevar siempre de la melodía con prescindencia de la palabra, porque le da placer, le dilata el corazón, le eleva el espíritu, despertando, para la imaginación, horizontes de un mundo más perfecto.

Razón tienen los críticos cuando sostienen que el efecto musical del aria de Orfeo, resulta lo mismo para el oyente, si el tenor canta:

He perdido á mi Euridice
 Á la desgracia mía nada iguala,

como :

He encontrado á mi Euridice
 Á la dicha mía nada iguala.

No nos olvidemos tampoco que los ingleses cantan uno de los coros del *Mesías* de Haendel, escrito con las palabras: *So per prova i vostri inganni, con all we like sheep*. (Tengo como prueba vuestros engaños, por, á todos nos gustan las ovejas).

Todo esto no quiere decir que, en la música vocal, la palabra empleada para dar expresión á la frase musical no sea tanto más agradable cuanto más elevada sea en su estilo, más inspirada en su concepción dramática, más armónica en la medida del verso y más ideal en su creación.

En fin, mientras los fanáticos se pierden en las nebulosidades de sus extravagancias, y los partidarios de la escuela romántica y de la escuela clásica gastan sus armas en luchas exageradas, recordémosles que el mismo Wagner ha dicho que el público tiene gusto y no opiniones, y que el arte es un lenguaje con el cual el que predica en desierto deja muy pronto de hablar.

Bástenos sentir que la combinación armónica de los sonidos

arrancados á los instrumentos de cuerda ó de viento y á la voz humana, por medio de la vibración, atrae, conmueve y despierta la admiración, produciendo sensaciones agradables y emocionantes, que embargan los sentidos y transportan el alma á las regiones puras del idealismo. Es también la música el elemento acústico que transmite las diversas pasiones de la vida agitada, en sus grandes lineamientos y en aquellas manifestaciones que más directamente impresionan la sensibilidad del corazón humano.

La música es instintiva en todos los seres racionales equilibrados, lo que á falta de explicación se designa con el nombre de *inspiración*, y el grado de civilización de los pueblos puede medirse por la mayor ó menor altura á que haya alcanzado este arte sublime, en su desarrollo científico. Sirve también para impresionar á los irracionales y la historia nos refiere hechos diversos de las conquistas operadas con los acordes musicales sobre el salvajismo.

La necesitamos tanto para dar expansión á nuestras impresiones de placer, como para manifestar los sentimientos del pesar que nos aflige y muchas veces la misma melodía sirve para ambas cosas, sin más que precipitar el tiempo ó retardarlo. Testigo he sido de estas transformaciones, escuchando, en una noche de Viernes Santo, en la Catedral de Buenos Aires, donde al brindis de la *Traviata*, ejecutado á tiempo muy lento, en el órgano, le daban un aire triste y por demás melancólico, que arrancaba lágrimas conmovedoras á los fieles convencidos, que constringidos recordaban la fecha fatal en que Jesucristo, por sus ideas reformadoras y morales, era sacrificado, inhumanamente, á las furias de las masas inconscientes.

Con el canto de la madre amorosa el niño se adormece plácidamente en la cuna; con las armonías veladas y quejumbrosas del órgano se despiertan los sentimientos místicos, los creyentes elevan las miradas al cielo y los que no lo son reconcentran su espíritu y tratan de investigar el misterio impenetrable que los rodea; con los sonidos vibrantes de los instrumentos de cobre se inflama

el pecho de los que combaten por la defensa de la patria, se triplica el valor de los brazos que consiguen la victoria y se entrevé el camino de la gloria; la alegría mueve el espíritu hacia la canción festiva; los acordes alegres y cadenciosos incitan á la danza vertiginosa y embriagadora, de la misma manera que los acordes lúgubres y profundos de las marchas fúnebres nos recuerdan nuestra existencia deleznable, y nos incitan al recogimiento, para pensar que pronto hemos de volver al polvo de donde nacimos.

Es por estas razones profundamente filosóficas y por la unión estrecha que existe entre el espíritu y la materia de los hombres, no pudiendo nadie definir dónde empieza el uno y dónde termina el otro de los elementos que nos dan la vida, que los pueblos cultos de la tierra no ahorran esfuerzos para refinar todos los elementos que dan expansión á la sensibilidad y amplitud á la inteligencia. Tienen ellos presente que este arte sublime modifica las costumbres, imprime al corazón sentimientos más suaves y delicados, sin que el espíritu pierda nada de una energía razonada, que se inspirará siempre en los actos de la justicia y del amor á sus semejantes.

La experiencia nos demuestra que la música científica y elevada ó es una manifestación evidente del grado de civilización de un pueblo ó es el elemento más poderoso y que más directamente influye para sacarlo del estado de barbarie ó del de una cultura incompleta y embrionaria.

Las artes, en general, que se inspiran en el culto de lo bello, envuelven al espíritu en una atmósfera de pureza y de ingenuidad, dulcifican las humanas pasiones y hacen apartar la vista de las cosas reales y deformes, por más que críticos eminentes crean ver en estas afirmaciones, en lo que á la música se refiere, reglas de policía, pedagogía ó medicina, en vez del arte de los sonidos.

Las malas inclinaciones, el crimen mismo, lo produce el ocio, la ignorancia y la falta de refinamiento de las costumbres. La música, cuando se escucha y mucho más cuando se ejecuta, mantiene la

actividad, contribuye á sacar al espíritu de las preocupaciones terrenales y disminuye, por consiguiente, las tentaciones y las ocasiones, que aumentan, en los espíritus predispuestos, los actos inmorales.

En Buenos Aires, donde aún se lucha por dominar á la naturaleza, empiezan ya á admirarla, y la pintura, la escultura y la música tienen ya sus templos, aunque frecuentados por escaso número de adeptos.

El mercantilismo impide todavía que la música clásica penetre en todos los centros sociales, el teatro no educa, porque allí la autoridad no interviene en su dirección técnica, ni fomenta la audición de las producciones de los grandes maestros en el arte musical. Lo más fácil de ejecutar, lo que más se armoniza con el gusto vulgar y exige menor fatiga para los artistas, tiene la preferencia. Así, por ejemplo, se observa que en 312 representaciones líricas de un año, figuran 77 óperas de Verdi, 30 de Rossini, 19 de Meyerbeer, 16 de Puccini y solamente 5 de Gounod, 3 de Bizet y 6 de Wagner. De las óperas de Wagner, no se conocen más que *Tannhäuser*, *Lohengrin*, y el *Holandés volante*, mientras tanto no se ha escuchado á *Rienzi*, compuesta antes que aquéllas, ni ninguna de sus composiciones magistrales posteriores. Beethoven, Gluck, Mozart, Weber y Nicolai, que tienen obras monumentales, que resisten al análisis de todos los tiempos, de todas las épocas y de todos los gustos, no merecen ser considerados, lo que tiene su explicación en que nuestro mercado proveedor es la Italia, donde es evidente la decadencia del canto con relación á sus propias tradiciones, no teniendo vuelo la composición, por más esfuerzos que hagan sus novelescos autores, para entrar en las aguas vedadas de la concepción wagneriana, en las que quiebran éstos sus débiles remos y se estrellan contra las rocas escabrosas del fracaso.

Estas circunstancias unidas también á una preocupación acentuada de nuestra juventud, que considera acto de virilidad aficionarse á las carreras y al juego, y las tendencias un tanto superficiales que predominan en el mayor número, hacen que la inclinación lírica,

y la vocación á familiarizarse con el uso de un instrumento musical sea considerado y combatido como manifestación de sér afeminado. El ejemplo de la Alemania, que manda sus soldados al combate entonando cantos patrióticos al són de las bandas de música más perfectas que se conocen, debiera sin embargo convencerles *que lo cortés no quita lo valiente* y que allí las primeras inteligencias se preocupan del cultivo de la música familiarizándose el pueblo con ella, en todas las edades, como una necesidad primordial del espíritu.

No demostró mal gusto Apolo al asumir la dirección suprema de las musas, de donde los griegos hacen arrancar la inspiración musical. Estos, en sus frecuentes viajes al Egipto, pueblo que les era superior, perfeccionaron, con su contacto, la música primitiva que tenían, introduciendo el modo dórico para los temas graves ó religiosos, el frigio para dar valor á sus combatientes, el lidio para expresar la tristeza y el eólico para cantar el vino y el amor.

Cuando la música tomó arraigo entre los romanos fué el papa Gregorio el Grande, á quién se deben los progresos más notables, el que instituyó las escuelas de canto é introdujo los cantos corales.

Carlo Magno la propagó en las Galias y en Germania, y empieza en este último país una era de progreso con el desarrollo de ella en Fulda, Eisenach, Wurzburg y Saint-Gall.

Los historiadores la dividen científicamente en veinte épocas, empezando la primera con Huebald, en el siglo x, y terminando en el presente con Wagner.

La música teatral moderna arranca, para los franceses, en la segunda mitad del siglo xvii con el famoso veneciano Lully, que de lava-platos alcanza en París los más altos honores, siendo el primero que acentuó los cantos dramáticos artísticos y los coros de acción, continuada más tarde por Rameau, que luchó, como todos los genios, contra auditorios impotentes para comprenderle.

Pergolese, el continuador infatigable del inmortal Palestrina, fundador del clasicismo musical italiano, que muere en 1736 á los

26 años, deja á los italianos tradiciones melódicas imponderables, ricas en pensamiento aunque no muy grandes en la forma, en las que lo sensual, lo tierno, lo que conmueve y los cantables encuentran expresiones verdaderamente hermosas y apropiadas, que continúan Cimarosa, Cherubini y Spontini.

Á mediados del siglo XVIII aparece el creador de la ópera moderna en la figura sobresaliente de Gluck que eleva la poesía á un grado concordante con la expresión musical y encuentra en Durollet, aunque escritor mediocre, un cooperador ardiente é infatigable, que tuvo el talento de comprender la potencia intelectual del gran compositor y que con la *Ifigenia* y el *Alceste* le franquea las puertas de París, apoyado por Suard y el abate Arnaud, para triunfar sobre su rival Piccini, á pesar del apoyo que á éste prestaban Marmontel, La Harpe y otros.

En Gluck músico y Durollet poeta se hermanan estas dos razas, la germánica y la francesa, que algunos, como el mismo Saint-Saens, creen antagónicas, hasta en el arte, por más que los honores tributados en Alemania á Berlioz y á Bizet, donde fueron mejor comprendidos que en su propio país, desmientan estas preocupaciones.

Gluck, educado en Praga y en Viena, pasa á los 22 años á Milán, que ya sentía la influencia austriaca durante un cuarto de siglo de dominación; en 1745 se traslada á Londres donde subyugado por la música de Haendel reforma su estilo, dándole proporciones grandiosas, que inspiraron más tarde á sus notables continuadores.

Á fines de 1770, cuando á Mozart le faltaba todavía un mes para cumplir 15 años, empieza para él y para el arte musical una serie de triunfos, por las escenas teatrales de Italia y de Alemania, con las producciones magistrales de este creador excepcional. Para él la música era la expresión natural del sentimiento y del pensamiento, que ha sabido unir en formas sonoras simples, en combinaciones armónicas simpáticas, y en cantos apasionados penetrantes, que reflejan las situaciones dramáticas más expresivas en la melopeya. Sus producciones, acentuadas con las *Bodas de Figaro*, *Don Juan* y

La flauta mágica, tienen todo el carácter de las obras maestras y con razón decía Rossini, cuando le preguntaban, cuál era su mejor composición: — «El *Don Juan* de Mozart».

Mozart, como Pergolese, como Nicolai y como Bizet, muere en la flor de su vida, á los 35 años, consumido por ese fuego sagrado que en tan temprana edad puso en combustión su actividad intelectual y las impresiones de su corazón, que no siempre encuentran un cuerpo suficientemente robusto para resistir á esas grandes conmociones.

Mozart fué el inspirado continuador de Bach, cuyas composiciones son la base fundamental de los tesoros musicales alemanes y el que elevó el arte polifónico á su más encumbrada expresión, dando á sus melodías un aire de frescura eterna y á sus armonías una profundidad severa é imperecedera.

El progreso en la música no lo consiguen los genios aisladamente, sino que es forzoso arrancar del punto avanzado á que otros llegaron, y así como Mozart continuó la obra de Bach, Beethoven aparece en Viena en 1787 para inspirarse en Mozart y las lecciones de éste, de Haydn, de Schenk, el afortunado compositor del *Barbero de la Aldea*, precursor del *Barbero de Sevilla*, abren á su vena musical imponderable los horizontes más vastos que haya dominado genio alguno. El *Fidelio*, no comprendido en 1804, vuelve á la escena, retocado, en 1814 y desde entonces ocupa en los teatros alemanes el lugar más prominente. Esta circunstancia viene á debilitar la teoría de aquellos que, como Saint-Saens, sostienen que la melodía y la armonía nacen espontáneamente en el compositor, cuando la reflexión y la prueba influyen grandemente, para modificar, ampliar ó reducir combinaciones que resultan más correctas y de mayor efecto con ciertas alteraciones ó supresiones.

Veo que me extiendo más de lo que era mi propósito y con un recuerdo honroso para Weber, para Halévy y Berlioz, lo mismo que para Rossini, que sobrepasa á sus antecesores italianos, demostrando más potencia en la armonía y mayor brillantez y amplitud

en la orquestación, más robustez y riqueza en la rítmica, aun cuando un tanto estilista y trivial, en el espíritu de la poesía. Sus melodías tienen, sin embargo, más encanto que las de sus almibarados contemporáneos Bellini y Donizetti.

Tampoco habrá que desconocer su importancia á Meyerbeer, no obstante la exclusión de su música en los grandes conservatorios. Dominó durante treinta años la escena con su convencionalismo y sus grandes efectos patéticos. Sus producciones eclécticas no tienen un carácter puro, pero son el puente por donde los neófitos pueden pasar de una orilla del arte, menos frondosa, á otra más amplia y majestuosa. Si *Roberto el Diablo* se justifica en 1831 y *Los Hugonotes*, en 1836, ya al *Profeta* no le sucede lo mismo en 1849, después que *Rienzi* el *Buque fantasma* y *Tannhäuser* salvaron las puertas de la inmortalidad.

Con un apretón de manos á nuestro amigo de la infancia Verdi, cuando la musica simple y popular nos arrastraba, y un saludo respetuoso al *Fausto* de Gounod, el concienzudo compositor de música sagrada, que buscó sus inspiraciones teatrales en la melodía de los alemanes, que protestaron sin embargo contra la transfiguración del poema de Goethe, pasaré á hacer algunas reflexiones más.

En música divido completamente la opinión autorizada del profesor Blasernn, cuando respecto de la escuela italiana y de la alemana no reconoce más que una sola, como lo demuestra comparando el *Matrimonio Secreto* de Cimarosa con las *Bodas de Fígaro*, de Mozart, pareciendo dos óperas escritas por dos hermanos, en las cuales uno sobresale un poco más en la armonía y el otro en la melodía. Ahora bien, los italianos, entre los cuales el brillo natural de las voces era más sobresaliente, se desviaron de este punto de unión y de simpática concordancia, sacrificando toda la combinación orquestal, toda la trama armónica de los instrumentos al lucimiento del cantante; y los alemanes, que carecían de esas voces agudas y argentinas, exageraron por el lado contrario, tratando á la voz humana como á un instrumento incorporado al conjunto de la orquesta.

Ambas medidas extremas son sugestivas del medio ambiente en que los compositores han desarrollado la potencia de su genio creador, contra el cual hay que reaccionar, porque la orquesta es bastante más que una guitarra, que acompaña al cantante, y la voz humana infinitamente más también que un clarinete ó un oboe.

En los frecuentes viajes que he hecho por Alemania, escuchando, por todas partes, las orquestas perfectas que se encuentran no solamente en un centenar de teatros líricos, sino en todos los jardines de verano y de invierno, en sus afamadas y numerosas bandas de música y en sus dos mil asociaciones de canto, he podido darme cuenta perfecta del progreso que, necesariamente, tiene que hacer este arte en todas sus masas populares.

Esta opinión la encontré confirmada oyendo en la pequeña ciudad de Boppard la banda de música del regimiento nº 8 de Zapadores del Rhin, dando un concierto militar en un jardín, y que tocaba con la perfección de la mejor elegida orquesta. De ocho piezas se componían las dos primeras partes del programa y la tercera se titulaba *Marchas históricas*, gran *pot-pourri* cronológico, y se componían de 23 piezas, empezando con la fanfarria de trompas y cornetas de ejército de la Edad media *Marcha de los Landsknechte de 1462* para terminar con *La Guardia del Rhin* y la *Marcha del emperador Federico* por Friedman.

Era interesante seguir el grado de adelanto en las diferentes épocas en que estas producciones fueron escritas, observar la atención con que el auditorio las escuchaba y medir la impresión agradable que causaba el recuerdo en aquellos que las habían conocido y olvidado.

Es así cómo se encuentra oportunidad de irse connaturalizando con la buena música, frente á una escogida botella de vino del Rhin ó un excelente chop de cerveza, descansando de las fatigas del día, cumpliéndose así el lema de *instruirse deleitándose*, que era una de las inscripciones, que cuando niño, leía en aquel barracón

de madera que llamábamos « Teatro de la Victoria », en Buenos Aires.

El carácter alemán, serio y reflexivo, metódico é investigador en todos los ramos del saber humano, ha sabido dar también á la melodía, á la armonía y al ritmo, en la música, toda la importancia científica que la combinación matemática de los sonidos reclama para producir obras importantes y duraderas que no envejecan y conserven siempre á través de los tiempos la pureza, la frescura y la solidez que caracterizan las concepciones meditadas.

No es extraño, pues, que el alemán se distinga y sobresalga en la composición de las obras dramático-musicales y que siendo un poco soñador, al lado de su sentido práctico bien desarrollado, cuando de las cosas ideales se trata invente leyendas y use del artificio para desligar á la poesía y la música del materialismo de las cosas humanas.

Ya no cantan los Carlos V, ni los Felipe II, ni se presenta Mahoma II proclamando á sus huestes con trinos, gorjeos y escalas cromáticas. Á lo ideal en la música hay que buscarle también en la poesía, que necesariamente debe acompañarla, cuando la palabra tenga que venir en su ayuda, argumentos igualmente ficticios, que permitan á la imaginación mecerse en las regiones etéreas.

Una melodía y una canción pueden componerse y una inspiración recibirse, sin que haya mediado estrofa alguna, y en seguida, como lo demuestra Hanslick, aplicarles palabras del mismo metro, que pueden indicar situaciones opuestas.

Después de contrariedades sin número y de oposiciones brutales, aparece Ricardo Wagner, que con la potencia deslumbradora de su concepción majestuosa se abre camino con *Rienzi*, en el teatro de Dresde, en 1841, después que el rey de Prusia no acepta la dedicatoria, porque quería un extracto de la obra para que previamente se la hicieran oír las bandas militares.

En *Tannhäuser* y *Lohengrin*, toma mayor vuelo su fecundidad inagotable, conduciendo al espectador de sorpresa en sorpresa, sin que su espíritu descienda un solo momento del éxtasis en que se encuentra sumergido. Wagner sigue las huellas de Gluck, que Mozart y Beethoven recorrieron con tantos perfeccionamientos, aceptando los principios consignados por Gluck en el prólogo de la *Alceste*, por los cuales la palabra y el sonido musical deben marchar cambiando su acción, sin sacrificarse completamente la una al otro.

En las óperas modernas, la superioridad adquirida por la música había avasallado completamente á la parte literaria y entonces la reforma de Wagner tendió á volver al punto de partida, á la antigua tragedia.

Solamente, opina él, por medio de la acción combinada de la poesía con las demás artes, puede el melodrama alcanzar su completo lucimiento, y para conseguir esto es necesario que cada una de las artes sacrifique algo de lo que ha podido conseguir en su existencia aislada, y así la música, la poesía, el baile y la pintura, paisajista y arquitectónica, unida hoy con los efectos de la electricidad, pueden producir, en su conjunto, impresiones apropiadas, si cada una de ellas no se eleva demasiado sobre la otra y se conservan á una altura armónica entre ellas.

Comprendiéndolo así Wagner, de que la música tenía que ser auxiliada poderosamente por la decoración y la escena, púsose á estudiar con gran empeño la escenografía.

En 1852 empieza á escribir su poderosa tetralogía bajo el nombre del *Anillo de los Niebelungen*.

Esta obra que Wagner califica, como su mejor producción, y cuya opinión comparten también sus admiradores y el profesor Jadasohn, maestro de contrapunto del Conservatorio de Leipzig, después de haber recorrido triunfalmente la mayor parte de los teatros de Alemania, será representada en 1896 en Bayreuth como festejo del xx aniversario de la inauguración del teatro de Wagner.

La primera ópera de Wagner *Las Hadas*, representada después de su muerte, tiene un carácter melódico pronunciado ; ya en la tercera, *Rienzi*, sin abandonar ese estilo por completo, muéstrase el autor grande en la concepción armónica, introduciendo novedades sorprendentes en la instrumentación, lo que se acentúa aún más en el *Buque Fantasma* y sobre todo en *Tannhäuser*, que será escuchada siempre como una de sus inspiraciones más simpáticas, y cuya obertura, por sí sola, es un monumento imperecedero, no sobrepasado todavía,

Si *Siegfried* y la *Walkirie*, en la manera de tratar el canto, se apartan de las melodías tiernas y conmovedoras de *Tannhäuser* y *Lohengrin*, abundando los recitativos, las frases entrecortadas y la aridez de la expresión sentimental, la parte orquestal es más imponente, la majestad de las combinaciones polifónicas adquieren proporciones atrevidas, la sonoridad alcanza efectos de perfección maravillosas, que sorprende por su originalidad en la ejecución de los temas complicados, que, como las olas del mar, se chocan, confundándose en una sola masa. Estas combinaciones tocan extremos tan delicados y finezas tan agudas que cautivan tanto más cuanto que la crítica exagerada y la audacia que produce la incompetencia hacían concebir impresiones enteramente opuestas, creyendo uno deber oír en cada final de Wagner un estruendo infernal, con el predominio de los instrumentos de cobre. Por mi parte, dejo de lado los detalles y me preocupo del conjunto, que es de un efecto no alcanzado por otras producciones. Sé, por experiencia, que es necesario ser muy parco en rechazar lo que en las primeras audiciones no se comprende : una interpretación deficiente, y la falta de asimilación del oído á ciertos estilos, impide que la importancia de un trozo musical sea reconocida y apreciada en todo su valor, desde el primer momento. Por otra parte, mientras mayor es el mérito de una concepción artística elevada, tanto mayor es la atención que debe prestársele y el estudio que se dedique á penetrar en todos sus detalles.

El *Parsifal*, que aún no ha franqueado el escenario de Bayreuth, es sin disputa la obra más culminante del gran maestro. El canto no ha sido sacrificado, la inspiración melódica, tanto en las arias, como en las masas corales, vuelve á conquistar su puesto culminante en medio de la grandiosidad y de la amplitud armónica más acabada, adonde nadie ha alcanzado todavía, no habiendo aparecido aún el continuador que ha de perfeccionar su estilo.

Más adelante me ocuparé de esta producción magistral, donde ha derramado sus últimas inspiraciones el genio desbordante de Wagner, que terminó en Venecia junto con la existencia de esta inteligencia privilegiada, que fué á buscar allí alivio á su pecho y á sus pulmones, lacerados por el exceso de trabajo.

El cádaver de Ricardo Wagner reposa en Bayreuth, en los fondos de la que fué su casa, rodeado de yedras y circundado de árboles que le dan sombra permanente. La parte que guarda estas reliquias da frente al hermoso parque real, cuyas alamedas solitarias he recorrido por varias horas, extasiándome con esos árboles seculares, que con los diferentes matices de color verde de sus hojas, sus hermosos lagos y sus grutas, producen un efecto encantador y hacen comprender que, en medio de panoramas tan atrayentes y de un silencio tan poético, ha podido encontrar inspiraciones tiernas y de alto vuelo la fecunda imaginación del gran maestro.

Modesta es la casa de Wagner, que hoy habita su respetada esposa y su hijo, y una fila de nogales, que unen sus ramas de hojas tupidas, con una alfombra de verde césped á los lados, da entrada á esta mansión que Wagner tituló *Wahnfried* que es una combinación abreviada de *Befriedigung meiner Wehnen*: es decir, como él lo explica, en una de las inscripciones, *así llamo á esta casa porque en este paraje encontré la satisfacción de mis anhelos*.

La visita de esta casa histórica, como es natural, forma parte del programa de todos los que de las diferentes partes del globo concurren á este apartado lugar á escuchar la música de Wagner.

Su hijo Siegfrid, que hoy cuenta 26 años, no ha demostrado haber heredado todos los rasgos geniales del padre, sin embargo, acaba de llamar la atención la manera como ha dirigido un concierto celebrado en Bayreuth, en honor de su abuelo Liszt, teniendobajo su batuta más de cien profesores, y escuchándole y aplaudiéndole los primeros directores de orquesta de la Alemania.

FRANCISCO SEEBER.

Bayreuth, agosto 19 de 1894.

SANTIAGO LINIERS

Hace algunos meses, con ocasión de un ensayo crítico sobre los escritos de Mariano Moreno, nos acercamos al tumultuoso escenario de la Revolución argentina y hubimos de referirnos, si bien rápidamente y por mera incidencia, al celebre personaje que por dos veces en breve intervalo — casi diríamos con insistencia del destino — fué llamado á simbolizar ante las gentes el contraste de gloria y miseria, el sangriento conflicto de triunfos y desastres que imprimen su sello rojo en todo alumbramiento histórico. Desde entonces, agregando nuestra pobre rebusca á lo mucho que acerca de Liniers tienen allegado nuestros historiadores y diligentes analistas, hicimos propósito de dedicar nuestras primeras horas de tregua relativa al héroe de la Reconquista: curiosa y simpática muestra del *ci-devant* francés, emigrado antes de la Emigración, castellanizado á medias por fieles servicios en la armada de España y sus colonias; extraña mezcla de intuición casi genial y de inconsciencia casi infantil; con su curiosa y elegante figura que, al declinar de una larga carrera obscura, fué bruscamente iluminada por algunos relámpagos sublimes cuyo rayo final la fulminó, fijándola para la posteridad en una actitud violenta de resistencia y protesta...

¡ Liniers enfrente de Moreno! El gesto heroico de la Reconquista

yuxtapuesto al impulso fatal de la Independencia, acentuando el contraste la misma simetría, y renovando ese mito profundo de las cosmogonías que señala siempre al precursor como primera víctima del propio engendro... El programa era sin duda tentador; pero no necesitamos prevenir á los lectores de la *Biblioteca* que por ahora no lo hemos llenado. El presente esbozo sale á luz sin que, por cierto, se haya producido el intervalo de tregua apetecible. Aun teniendo á la mano todas las fuentes de información—entre éstas, algunas no existen en Buenos Aires, como ser la colección de la antigua *Gaceta de Madrid* y las correspondencias diplomáticas de fines del siglo xviii,—una pintura en pie de nuestro personaje requeriría meses de aplicación asidua. Este bosquejo, pues, dista mucho de ser definitivo; con todo, así lo aventuramos, incompleto y prematuro, temiendo que otros deberes nos alejen más y más del terreno que cruzamos como transeunte, y que, por aguardar indefinidamente la hora propicia de escribir, nos suceda dejar la pluma sin haber escrito.

Ahora bien, cualquiera tentativa sería por renovar un punto de vista histórico, situándolo fuera de las trilladas veredas, presenta utilidad, independientemente de su éxito y aun cuando no fueran sus resultados inatacables: al provocar la discusión estimula el estudio, y con ello gana siempre la verdad.

Son varias las causas que han influído para que el virrey Liniers no alcanzara justicia plena ante la historia contemporánea. La primera de todas, á nuestro entender, procede de una incompatibilidad secreta entre el modelo y sus pintores. El rasgo soberano del gentilhomme francés es la *elegancia*, dando á la voz la plenitud de su sentido físico y moral; y no es dudoso que nuestros más notables historiadores, con tener condiciones y méritos dignos de alto aprecio, y más importantes quizá que la finura y la gracia, parecen menos aptos para sentir y expresar la cualidad más idiosincrásica de Liniers: la que es clave de su conducta y sirve así para explicar sus hazañas como para atenuar sus desfallecimientos;—y desde ya sé-

pase que no aplicamos esta última calificación al sentimiento magnánimo que le hizo internarse á sabiendas en el callejón sin salida de la Cruz Alta.

Para que las lecciones de la historia alcancen autoridad y real eficacia, es necesario darles por base esta verdad fundamental: no existen dos morales (y hasta la corrección gramatical protesta contra la dualidad); la una teórica y absoluta, sólo aplicable á las especulaciones abstractas ó que volvemos tales porque no hieren nuestros intereses; la otra flexible, práctica ó, como ahora diríamos, *oportunistista*, y que se reservara para solucionar cómodamente los conflictos ocurrentes entre nuestras pasiones y las ajenas. Es, por cierto, achaque humano el que este segundo y falso concepto de la moralidad predomine durante las tempestades nacionales; empero, el hecho de persistir durante años y siglos en el alma de un pueblo, cual con el español sucede, — hasta el grado de impedir tiránicamente la elaboración de la historia verídica, que debe representar la conciencia colectiva, — es un síntoma de incurable inferioridad. Mero conflicto de pasiones fueron por mucho tiempo los relatos « criollos » y « metropolitanos » de la Independencia; y si poco nos importa ya que se perpetúe en España tan anticuado sistema, conviene al contrario que se extirpe sin contemplaciones ni demora de la historia argentina. No es bueno que, haciendo simetría con la tesis vetusta del *Código de Indias*, levanten los teóricos americanos otro derecho divino, no menos intransigente y parcial, que consistiere en santificar ó amnistiar lo peores excesos revolucionarios. Y ello, que fuera disculpable, los repetimos, en un Mariano Moreno, protagonista febril y no juez imparcial de la crisis tremenda, no ha debido prolongarse hasta nuestros días, á pretexto de patriotismo, convirtiéndose malamente en criterio histórico. A fuer de francés al servicio de España, y como tal dos veces extranjero, Liniers ha sufrido con agravación los efectos de tan injusta ley. Tachado de traidor por los Álzaga y Elío durante su corto virreinato, soportó igual ultraje de sus recientes glorificadores, cuando creyó que su antigua noción del de-

ber y del honor no podía variar como las circunstancias. Pensamos eso mismo y tomamos la pluma para establecer que, ante la justicia eterna, que debe ser la de la posteridad, hay unidad de conducta y móviles en el caudillo de la Reconquista y la deplorada víctima de la Revolución—nuevo d'Enghien que encontró su Vincennes en el monte desierto de los Papagayos.

Hubiéramos preferido, siguiendo el más ilustre ejemplo en materia de monografías históricas, prescindir en este ensayo de notas y referencias, dejando que el lector estudioso comprobara á su tiempo la exactitud de nuestra información. Pero, en el estado actual de la crítica argentina, nos será difícil evitar del todo esos *impedimenta* de la narración. Habremos, desde luego, de rectificar al paso algunas inexactitudes materiales que, por hallarse en obras tan autorizadas, si bien muy diversas, como las de los señores Mitre y López, cobran importancia á medida de aquella misma autoridad. No desdeñamos ciertamente en grado alguno la preocupación del detalle minucioso, que por nuestra parte procuramos en cualquier orden de estudio, pero opinamos que, salvo en casos muy concretos, los textos justificativos aislados constituyen argumentación de abogado más que doctrina de juez. El valor testimonial de las deposiciones contemporáneas varía desde lo nulo hasta lo absoluto; y esta necesaria tasación representa una obra de análisis y crítica en que el lector no puede ni debe tener parte. Dicha labor oculta de *auto-discusión* es la que, por desgracia, se ha realizado muy incompletamente por nuestros historiadores, sobre todo cuando han contribuido á ofuscar su criterio las polémicas del amor propio herido, en que unos y otros, después de sendos volúmenes de « pruebas concluyentes », se atreven á repetir públicamente que nada han aprendido con las razones del adversario, y siguen proclamando su respectiva infalibilidad! — Por lo demás, confesamos atribuir importancia menor á la dudosa ortografía de un apellido ó á la trayectoria de una bala que dió en la pared de un convento, que á la psicología de un personaje y al estudio del medio en que él actuó sufriendo á su vez la reacción de dicho medio. Por pe-

cado venial tendríamos tal cual trocatinta de latines ó lugares geográficos, á truco de no errar sobre lo que es objeto mismo y esencia de la historia, y v. gr., si de Liniers se trata, desconocer por completo el atractivo personal, en *algo* fundado, á que debió, contra yerros y debilidades, su invencible é incomparable prestigio. Pero, lo repetimos, nuestra razón primera, para rehuir en lo posible el aparato documental, es su notoria ineficacia y el abuso que de él se ha hecho en alegatos con criterio preconcebido. En general, las citas literales muy poco prueban, — *littera occidit*, — y los documentos deben sólo servir para elaborar la opinión del historiador que los digiere é incorpora á su relato. Concluido el edificio, se quita el andamio.

La historia es ciencia, es arte, es filosofía; todo el mundo lo sabe y repite, pero quiere la desgracia que ocurra á muchos confundir esa ciencia con la documentación vacía de crítica, ese arte evocador con la fraseología suntuosa, esa filosofía con generalizaciones vagas y arbitrarias que poco ganan con apellidarse *síntesis*. En consonancia con este concepto errado, es que se miran y tratan por separado tres aspectos de una misma substancia que la realidad asocia indisolublemente. Muy lejos de haber incompatibilidad entre la historia ya considerada como ciencia, ya como arte ó filosofía, debe asentarse que no existe diferencia; pues, prolongada suficientemente, cualquiera de las vías convergentes conduce al encuentro de las demás, pudiendo decirse, según la fórmula de Bacon, que si un saber superficial aleja del arte y la filosofía, un saber más profundo nos vuelve á ellos.

El estudio intenso de los documentos de una época evoca sus hombres y cosas con una vida y potencia casi alucinativas: vemos á las segundas en sus detalles y colorido, escuchamos á los primeros cual si « nos hablasen con la voz »; y entonces la visión se torna irresistiblemente filosófica, sin necesidad de largas reflexiones ni moralejas, bastando que surja la psicología del personaje para provocar un juicio ó apreciación moral en el lector. En toda la *Revolución* de Taine, no hay una sola « consideración » á lo Montesquieu: la ciencia

reemplaza á la erudición, como el arte á la « literatura », y la psicología precisa toma el lugar de la vana « filosofía de la historia ». La tragedia griega, admirable bosquejo artístico, necesitaba de un coro siempre presente en el proscenio, para extraer la filosofía de cada peripecia y formularla ante el espectador. El drama shakspeariano suprime el coro, que no le hace falta para sacudirnos de angustia y terror, ni ha menester el poeta intervenir en el conflicto de sus personas: basta mirar sus actos y escuchar sus palabras para que la enseñanza filosófica se desprenda de la evocación soberana y de la palpitante realidad.

Podrán causar extrañeza estas cavilaciones, precediendo un pobre ensayo biográfico que con toda sinceridad declaramos insuficiente; pero no hay inoportunidad para las reflexiones útiles y el conocido consejo del preceptista latino no es artículo de fe. Confieso por otra parte que, al discurrir este ensayo, tenía mayor intento del que he podido realizar. *In tenui labor*, dice el poeta de la abeja que, antes de elaborar su miel, resuelve con infalible instinto un problema de geometría. Así, hubiera deseado que en sus modestísimas proporciones este pabellón aislado tuviera los mismos requisitos que deben llenar otros edificios más ambiciosos: es decir que, sobre sólidos cimientos y *substructura* invisible, se alzara del suelo la obra, severa y esbelta en su pequeñez, en que no se echara de menos ni la información completa, ni la adecuada filosofía, ni, acaso, la preocupación artística. Lo insuficiente de la realización nada prueba contra la bondad del intento, y no es censurable que el escritor tenga á la vista un ideal superior á su alcance. Como se dice en la sutil secuencia de Tomás de Aquino que meció nuestra infancia católica:

Tantum esse sub fragmento

Quantum toto tegitur.

El presente ensayo comprende tres capítulos que corresponden á las divisiones más naturales de la vida, ó mejor dicho de la carrera

de Liniers: 1º Antes de la Reconquista; 2º La Reconquista y la Defensa; 3º El Virreinato y la Revolución.

I

La familia de Liniers pertenece á la antigua nobleza militar del Poitou; su ilustración debidamente establecida es anterior á la guerra de Cien Años, como bastaría á demostrarlo — á no existir el clásico *Armorial* de d'Hozier — el mero hecho de contar en su ascendencia hasta ocho caballeros de San Juan de Jerusalén, figurando el más antiguo desde el año 1556 en los anales de la orden. Sabido es que para ser admitido como caballero en la histórica cofradía militar, era indispensable producir pruebas de nobleza; éstas, en Francia, eran de ocho grados por las dos ramas paterna y materna. El examen de estas pruebas *literales* — ó sea comprobadas por títulos y diplomas, y no por tradición — era en extremo severo, y la sola cruz de Malta, anterior al límite de 1560, según la regla heráldica del siglo XVIII, constituía una ejecutoria inatacable. Hé aquí, para los curiosos de estas vanidades muertas, la descripción exacta del escudo de la familia, con arreglo al Diccionario del Blasón: *De plata, con faja de gules y bordadura de sable bezanteada de oro.* Desde 1819, los descendientes directos del conde de Buenos Aires, por autorización de la cancillería española, agregan al escudo la corona condal con las banderas inglesas en soporte.

Santiago de Liniers nació en Niort, el 25 de julio de 1753; cumplía, pues, cincuenta y tres años exactamente el día en que llegó á San José, camino de la Colonia, con los mil de la Reconquista. Era algo tarde (como exclamaría Pascal con su formidable ironía) para desposarse con la gloria! Con todo no son raras en la historia — desde César hasta Colón — si bien no siempre duraderas, éstas uniones desproporcionadas en la edad del «matrimonio de razón».

— Es muy sabido que, hasta esa fecha inolvidable, la carrera de Liniers, descendiente de soldados y marinos valientes, se había desenvuelto como la de sus abuelos en el claroscuro de la notoriedad casera y sin marcado relieve exterior; pero toda ella es honrosa en su medianía, y merece recordarse rápidamente, puesto que algunos biógrafos argentinos y hasta franceses han dado en presentar á Liniers como una suerte de aventurero y advenedizo feliz.

Tercer hijo varón del caballero Jacques de Liniers, oficial de la marina francesa, y de su esposa Enriqueta de Brémond, también de noble extirpe, nuestro Santiago no podía esperar sino una porción muy diminuta del patrimonio ya mermado que se transmitía casi entero al primogénito: entre las dos carreras aristocráticas, el ejército y la iglesia, eligió la primera. Después de educarse en el Oratorio, ingresó á los doce años en la orden de Malta, como paje del Gran Maestre, Manuel Pinto de Fonseca (1). Liniers fué, pues, uno de tantos «segundones de fortuna» que, á igual de los Wellington, Pitt, Fox, Chateaubriand, protestaban con su ejemplo contra el absurdo privilegio de la primogenitura, restaurando el lustre familiar y, á las veces, amparando al heredero pródigo venido á menos. Sabido es que el hermano mayor de Liniers, después de vivir en la corte de Versailles y subir en las carrozas del rey, emigró á América durante la revolución francesa y pasó en Buenos Aires el resto de su vida (2).

Santiago permaneció tres años en Malta, que, según se ha dicho,

(1) Jiménez, dice la *Biografía* de Richard y repiten otros; pero Jiménez no fué elegido hasta el año 1773.

(2) El conde Santiago Luis Enrique de Liniers, nacido en Niort en 1749; coronel de infantería y caballero de San Luis. Según un manuscrito autógrafo de la Biblioteca Nacional, merced á la amistad de Fernán Núñez, antiguo embajador de España en París (á quien tratara en casa de sus «parientes la mariscal de Noailles Monchy y el duque de La Rochefoucauld», obtuvo de Floridablanca una vaga comisión de estudio para el Rio de la Plata. Fuera del gracioso enredo con Souza Coutinho, que tenemos publicado en el número 4 de la *Biblioteca*, existen en este archivo varias memorias manuscritas del conde de Liniers, que alguna vez fué confundido con el virrey.

era entonces una escuela militar de la nobleza europea. — Aunque muy decaída de su antiguo esplendor y en vísperas de ser arrasada junto con otras instituciones medievales, la « ínclita orden » mantenía aun, con una renta anual de ocho millones de libras francesas, fuerzas de mar y tierra suficientes á castigar la audacia renaciente de los piratas berberiscos. El paje Liniers hubo de asistir á alguna de las expediciones que — como la dirigida contra Mehemet Bajá — reavivaban con un supremo reflejo de gloria los viejos pendones rojos de Villiers de l'Isle Adam y La Valette. En 1768, volvió á su patria con la cruz de caballero, que nunca dejó de mencionar en sus despachos y proclamas, aun después que diera de barato la partícula nobiliaria y firmara llanamente : *Santiago Liniers*. Por recomendación de su tío materno, el conde de Brémond d'Ars, gobernador de Amboise (1) y muy vinculado á la fortuna de Choiseul, fuéle fácil conseguir un despacho de subteniente de caballería, en el regimiento de Royal-Piémont. No debió más al ministro, y mucho menos á la omnipotente favorita (2).

Liniers se consumía obscuramente en la inacción de la paz continental que siguió á la guerra de Siete años. En 1774, su regimiento estaba de guarnición en Carcassonne. Rumores de guerras lejanas encendieron su imaginación juvenil — despertando quizá el instinto atávico de trashumancia que, desde el siglo xv, dispersó por Europa y particularmente en España, á varios de sus ascendientes.

(1) Según datos de Peltier (biografía reproducida en la *Biblioteca Federal*) y del marqués de Sassenay (*Napoleón I^{er} et la République Argentine*). Todo esto merecería confirmación. Si Liniers pertenecía á la ilustre rama de los Brémond d'Ars (pues los Brémond son innumerables), era sobrino del heroico Jean-Louis, cuya muerte deplora J. J. Rousseau en una carta á su hermana, la marquesa de Verdelin.

(2) VICENTE F. LÓPEZ, *Historia Argentina*, II, 182 : « Liniers era un francés ! y no un francés así no más, sino un francés de la corte de Choiseul y de la escuela de la Pompadour. » — Liniers tenía 11 años y se educaba en el Oratorio cuando murió la célebre *metresa* de Luis XV, según escribía el embajador español para ensayar gracias de *talon rouge*. Choiseul cayó del ministerio en 1770 ; no es imposible que nuestro subteniente de 16 años fuera presentado al omnipotente ministro ; pero está muy evidente que no perteneció á su corte ó círculo.

Llenaba el ambiente militar el rumor de la expedición que, con pretextos más ó menos fundados, preparaba el gobierno español contra Marruecos y Argel. Por lo demás, habíase criado en una atmósfera de combates contra los musulmanes, y todo ello fué causa sobrada para que se sintiera impelido, como otros nobles voluntarios, á la inminente cruzada. Entregó, pues, su *brevet* de teniente al comandante general del Languedoc (1); — fuera de estar en plena paz, no había nada entonces que se pareciera á nuestro moderno servicio obligatorio; — aceptada la dimisión, Liniers pasó la frontera española y sentó plaza de voluntario en la escuadra reunida en Cartageña para emprender una funesta campaña contra los moros argelinos. Todo ello se hizo abierta y correctamente, sin ninguna de las causas ó incidentes que á capricho han inventado algunos biógrafos. El hecho de tomar servicio en el extranjero era entonces tan común como es hoy excepcional; en España, particularmente, y más aún en dicha época, muchos ministros y generales habían nacido fuera de España, y el mismo jefe de la presente expedición, general O'Reilly, era irlandés.

La escuadra compuesta de cuarenta y seis buques, al mando de Castejón, llevaba veintidos mil hombres de desembarco. La expedición fué en extremo popular, como lo han sido siempre las guerras moriscas — *plus quam civilia bella* — en esa valiente nación que no puede olvidar su pasado y camina en la senda moderna con la cabeza vuelta hacia atrás. Se incorporaron como voluntarios, miembros de la primera nobleza europea. Liniers sirvió en calidad de edecán del príncipe de Rohán, guillotinado durante la revolución. Es probable que, desde entonces, trabara amistad con el futuro virrey Cisneros, que servía también en la escuadra, y para quien su afecto de viejo compañero de armas nunca se desmintió. Deplorable fué el éxito de la empresa. Rechazados los españoles con pérdidas enormes, por esos mismos argelinos que más tarde opusieron tan

(1) Gabriel de Talleyrand, tío del célebre diplomático.

débil resistencia á la conquista francesa, sólo debieron á un descuido del enemigo el poder embarcarse diezmados y en desorden para ganar Cádiz ó Cartagena, «sino, dice Fernán Núñez, también voluntario en la campaña, no hubiera quedado sino la memoria de nuestra desgracia ».

Felicitado por su conducta, el joven Liniers dió en Cádiz examen de guardia marina y, á poco, fué ascendido á alférez y embarcado en la expedición que don Pedro Ceballos, el flamante virrey del Río de la Plata, trajo al Brasil, en noviembre de 1776. Venían 9000 hombres de desembarco en diecinueve buques (1). De Montevideo, donde estaba en estacion, salió á incorporarse á la escuadra la fragata *Rosalía*, á cuyo bordo se encontraba el alférez de navío don Diego de Alvear y Ponce, miembro de la comisión de límites, futuro habitante de Misiones, como Liniers, y como él prometido á extrañas y trágicas aventuras (2). El virreinato tuvo glorioso estreno : tomada la isla de Santa Catalina, Ceballos atacó á los portugueses en la Colonia, que se rindió á discreción. Inmediatamente se dispuso la marcha á Río Grande, cuando llegó la noticia del tratado de San Ildefonso que, con excepción de la Colonia con-

(1) *Doce*, según Lafuente ; 116 dice Domínguez, 117 afirma López, y así se escribe la historia. ¿Provendrá la confusión de haberse incorporado un convoy mercante á la escuadra de guerra ? Nuestra cifra resulta de las *Ordeves, señales y notas por el marqués de Casa Tilly* ; en ella se comprenden « las fragatas, chavequines, paquebotes, bombardas y demás embarcaciones ». Por lo demás, dicha cifra es la que guarda proporción con las tropas embarcadas. La reciente expedición contra Argel, á que hemos aludido, trajo 22.000 hombres en 46 buques, y, por una singular coincidencia, las cantidades se corresponden matemáticamente ; 22.000 : 46 :: 9000 : 19. Liniers venía á bordo de la bombardas *Hopp* (sic), incorporada á la tercera división.

(2) Es célebre la tragedia naval de las « cuatro fragatas » en que el capitán de navío Alvear perdió á su familia, con excepción del futuro general argentino. Fué tan dolorosa la catástrofe que hasta el *Annual Register* se conmovió al referirla (1805, pag. 555 y 424). Por rara inadvertencia (que conviene rectificar hallándose en la edición definitiva), el general Mitre (*Belgrano*, I, 112) dice que allí « pereció con su familia don Diego de Alvear ». Después de volverse á casar con la inglesa miss Ward, Alvear fué comandante de Cádiz y gobernador militar de la isla de León. Murió en Madrid el 15 de enero de 1830. Como en el primero, tuvo diez hijos en este segundo matrimonio — lo que es, sin duda, una afirmación bastante enérgica de su existencia !

servada por España, neutralizaba los resultados de la campaña.

Á la rastra del Pacto de Familia, tuvo nuevamente España que unir su flota á la francesa contra la de Inglaterra, durante los años de 1779-1781. Liniers hizo campaña á bordo del *San Vicente* y posteriormente de la *Concepción*, en la escuadra de D. Luis de Córdoba, mereciendo que uno de sus actos de arrojo fuese celebrado en la *Gaceta de Francia* (diciembre de 1781). En el famoso sitio de Mahón y conquista de Menorca, en que las tropas españolas al mando de Crillon se cubrieron de gloria, el teniente de fragata Liniers se distinguió por su habilidad y bravura, recibiendo una herida durante una acción dirigida por él y calificada de « heróica » por una autoridad competente (1). Mahón se rindió el 5 de febrero de 1782 y Liniers fué ascendido á teniente de navío.

No menos brillante fué su conducta en el sitio de Gibraltar, que se inició el mismo año por el victorioso duque de Crillon, si bien con éxito menos feliz. Tocóle mandar en segundo, á las órdenes del príncipe de Nassau, la batería flotante *Talla Piedra*, á cuyo bordo se hallaba precisamente el ingeniero d'Arzón, inventor de este sistema de naves que tan mal resultado dieron en la práctica. Bajo los fuegos de la plaza, las baterías flotantes, teóricamente incombustibles, se incendiaron como yesca, y desde luego la *Talla Piedra*, que se tuvo que abandonar después de una lucha encarnizada. El príncipe de Nassau y Liniers se salvaron á nado. Con todo, el sitio continuó sin mejor éxito hasta el tratado de Versalles, frustrándose para España la esperanza de recobrar el Peñón. Fué uno de los últimos episodios del bloqueo, la toma del corsario inglés *Elisa* por Liniers, que mandaba el bergantín *Fincastle*, de 18 cañones; por este atrevido golpe de mano fué promovido á capitán de fragata. Este rápido ascenso de un extranjero, después de siete años de servicios, es el mejor comentario de su conducta militar.

Pocos meses después, una segunda expedición contra las Regen-

(1) El almirante Pavia (*Revista Militar*, 1851).

cias berbericas, al mando de Barceló y no menos infructuosa que las anteriores, reveló en Liniers las dotes de diplomacia y atracción personal que más tarde le atrajeron tanto prestigio en más vasto teatro. Encargado de presentar al Dey de Trípoli, Alhí Bajá, los presentes del rey de España, durante los preliminares del tratado de 1784, á tal punto supo granjearse la voluntad del soberano, que este le regaló su propio alfanje y le concedió la libertad de varios cautivos europeos (1). Á la vuelta de esta negociación, Liniers contrajo matrimonio en Málaga con la señorita Juana de Menviel, que murió cuatro años después; único fruto de ese matrimonio fué Luis de Liniers, á quien veremos figurar un momento en el drama argentino.

El capitán Liniers pasó los tres años siguientes en las costas de España, ocupado en trabajos hidrográficos que, según el almirante Pavia, diéronle ocasión de mostrar competencia profesional — se le atribuye la invención de un instrumento — hasta que, en 1788, el gobierno le destinó á la escuadrilla del Rio de la Plata, de donde nunca más se alejó. En Buenos Aires, volvió á casarse, con la hija de don Martín de Sarratea, gerente de la Compañía de Filipinas. Pero entonces comenzaba el desordenado é inepto reinado de Carlos IV, en que el favoritismo y los méritos palaciegos primarían sobre los servicios prestados: Liniers fué uno de tantos oficiales que vegetaron durante años en las colonias españolas, cumpliendo obscuramente su deber, sin gloria ni provecho. Con excepción del grado de capitán de navío, que recibió cuando mandaba la escuadrilla de Montevideo, en 1796, no mereció de la corte señal alguna que le diese esperanza en el porvenir. Pobre y ya cargado de familia, se tuvo por muy favorecido cuando el virrey del Pino le nombró gober-

(1) Al dey de Argel atribuyen el hecho Richard y S. Estrada, fuera de mencionar al rey Carlos IV que todavía no era tal. El casamiento de Liniers, en junio de 1783, *al volver de Africa*, destruye el aserto. El tratado con la Regencia de Argel es de 1786. Véase: CANTILLO, *Tratados*, pág. 610. Dominguez y la *Biblioteca del Federal* dan el dato exacto.

nador interino de Misiones. Allí se trasladó con su familia y permaneció dos años, estudiando la región bajo el doble aspecto natural y político, y proponiendo medidas administrativas que atestiguaban sus elevadas miras y recto juicio. Una Memoria que redactó en este sentido lleva la fecha de junio de 1804 (1); en ella formulaba críticas fundadas contra funcionarios anteriores, al propio tiempo que describía el estado de las poblaciones con los colores de la verdad. Lejos de ser ello motivo bastante para mantenerle en el puesto, su franqueza le atrajo probablemente la destitución, pues, á los pocos meses de dicha fecha, llegaba para sustituirle el gobernador propietario. Durante el largo y penoso viaje de regreso de Candelaria á Buenos Aires, tuvo el dolor de perder á su compañera. Volvió á tomar el mando de la escuadrilla sutil de defensa en el Rio de la Plata, condenado como antes, al parecer, á la inacción casi absoluta; pero su oído atento percibía ya extraños rumores de peripecias cercanas. El desastre de Trafalgar, aniquilando las flotas aliadas, entregaba á Inglaterra la rica presa de las colonias españolas. En enero de 1806, una escuadra inglesa se apoderaba del Cabo, á título de posesión francesa, y no parecía dudoso que de allí se dirigiera al Rio de la Plata para emprender su conquista. El virrey Sobremonte confió entonces á Liniers la defensa de la Ensenada de Barragán, donde parecía probable que el enemigo intentase el desembarco.

¡ Era llegada la hora ! Á los cincuenta y tres años, Liniers iba á salir bruscamente de la penumbra en que se consumiera su vida, en el vano acecho de la ocasión suprema que su instinto le anunciaba ya (2). Alto, hermoso y elegante, en la plenitud de su robusta madurez, con la irresistible seducción personal que irradia la bondad unida á la bravura y que todos han sentido y consignado, desde sus primeros compañeros de armas hasta el general vencido y el frío

(1) Véase la notable *Representación* inédita publicada en el n° 6 de la *Biblioteca*.

(2) Véase en JURIEN DE LA GRAVIÈRE, *Souvenirs d'un Amiral*, II, la extraña impresión que produjeron en el marino francés la persona y la conversación de Liniers.

analista cordobés, desde las mujeres hasta las rudas muchedumbres : el héroe tanto tiempo pasivo entraba ahora en actividad.—Los incidentes menudos que acabamos de referir rápidamente tienen mera importancia psicológica : ellos nos han mostrado, contra todas las injusticias y calumnias de los contemporáneos que monopolizaron la historia de la Revolución, al gentilhomme de raza, al padre de familia honrado y pobre, al creyente sincero, al soldado pundonoroso y valiente, al jefe militar experimentado y sagaz que aprendió la guerra en buena escuela. Tal es el hombre á quien el destino depuró la suerte inesperada de iniciar la independencia de un pueblo adolescente y asociar indisolublemente su nombre á la historia argentina. Esa larga gestación de más de medio siglo no cobra significación sino en cuanto explica y prepara los cuatro años restantes : es la raíz invisible y subterránea de árbol que ya emerge á la plena luz. Conocidos los antecedentes, entremos á juzgar los actos históricos.

P. GROUSSAC.

(Continuará)

LA MAGDALENA

(FRAGMENTO DE UN POEMA)



X

TENTACIÓN

Ella leyó aquel libro desolado
Donde el alma afligida
Del poeta inspirado,
Lloraba las tristezas de la vida.
Ella siguió con íntima congoja
Aquel calvario del dolor tremendo,
Le siguió hasta la cruz, y fué vertiendo
Una gota de llanto en cada hoja.

Allí aprendió su espíritu inocente
Todo el dolor que en la existencia prueba
La miserable juventud que lleva
La sombra del pesar sobre la frente.
Ella leyó aquel libro que agitaba

Su corazón que al escuchar gemía;
En el pesar ajeno penetraba
Y su amargura sin querer partía.
« ¡Qué triste es! » — exclamaba—
Y otra vez sollozando releía!

Así su alma inquieta
Vagando en el dolor y el idealismo
Templó sus fibras al acorde mismo
Del alma del poeta.
¡Ah, su mirada bella
No alumbró más su labio sonriente;
No buscó ya en la franja del Oriente
La más hermosa estrella
Que iluminaba el cielo,
Cuando su vida, de esperanza llena,
No escuchaba la voz del desconsuelo
Con que canta su duelo
El galeote amarrado á su cadena!
Su sueño era agitado
Por extrañas y lúgubres visiones
Que turbaban su calma;
Y un eco doloroso y desolado
Que arrullaba su alma
Con cantos de perdidas ilusiones.
Su espíritu caía
Á su pesar en fúnebre quimera,
Sin que la luz de su razón supiera
Por qué aquella ansiedad le obscurecía.
Así á su corazón entró el veneno
Que la sed inocente
Bebe en esta corriente:
¡La onda amarga del dolor ajeno!

.
 Su alma soñadora
 Buscó la soledad y el aislamiento,
 El silencio profundo,
 El rayar de la aurora,
 El tachonado azul del firmamento,
 El espacio sin valla,
 El desierto del mundo :
 ¡ Estas cosas de Dios con que la vida
 Cicatriza la herida
 Que postra el corazón en la batalla !

 ¡ Oh, cuántas veces al cruzar la brisa,
 Que dejaba en su oído
 Un rumor entre cántico y lamento,
 Comprimió el corazón estremecido
 Y dijo: — « ¡ Este es su acento ! »
 ¡ Todo era él ! ¡ La vaga perspectiva
 Del lejano paisaje;
 La música del ala fugitiva;
 La espina de la rama
 Que á las ropas se adhiere,
 Y que parece que algo decir quiere
 Y que nos toca y al pasar nos llama !
 ¡ Todo era él ! ¡ El rayo del lucero
 Que entre los ojos que le ven se esconde;
 El eco lastimero
 Que al suspiro responde;
 La confusa silueta
 Del árbol que se asoma y que se inclina:
 Todo aquello de Dios era el poeta;
 Todo era él en su ilusión divina !
 ¡ Todo era él ! ¡ El alma saturada

De su ideal halagüeño,
 Mecía su memoria acariciada
 Bajo las mismas alas de su sueño!

Así el amor sublime
 Nació en la soledad y en el misterio;
 — Nota del arpa eólica que gime
 Suspendida al ciprés del cementerio. —
 Creció al calor de la piedad secreta;
 Se nutrió con la lágrima del verso,
 Libó en las ilusiones del poeta
 Y llenó el Universo.

XI

SOLA

— Rayo de luz celeste y misteriosa,
 ¿Por qué iluminas sin cesar mi alma?
 ¡Ah! ¿de qué foco de la tierra subes
 Ó de qué estrella de los cielos bajas?
 ¡Cierro los ojos
 Y no te apagas!
 Rayo de luz celeste y misterioso
 ¿Eres el resplandor de su mirada?

Eco de melancólica ternura :
 ¿Por qué al oído sin cesar me llamas
 Y los pesares de la vida lloras
 Y la ilusión de la existencia cantas?
 ¡Cierro mi oído

Y no te callas !
 Eco de melancólica ternura
 ¿ Eres la dulce voz de su palabra ?

Sombra inmortal de un imposible sueño
 ¿ Por qué á mi sombra sin cesar te amarras,
 Y en todos los instantes de la vida
 En derredor de mi existencia vagas ?
 ¡ Cierro mis brazos
 Y no te apartas !

Sombra inmortal de un imposible sueño
 ¿ Eres su imagen que el recuerdo graba ?

Dulce canto de amor del labio ajeno
 Que en la caricia de mi labio pasas,
 ¿ De qué mundo ideal la nota llevas
 Que así las voces de la tierra acallas ?
 ¿ Subes del mundo ?
 ¿ Del cielo bajas ?
 Dulce canto de amor del labio ajeno,
 ¡ Canta á mi oído ! ¡ Sin reposo, canta !

Libro que lloras la ilusión perdida
 Y el alma entre tus hojas arrebatas,
 ¡ Ah ! ¿ por qué siembras en la vida ajena
 Las ilusiones que perdió su alma,
 Como las nubes
 Que el viento arrastra ?
 Libro que lloras la ilusión perdida,
 ¡ Ah me pareces su primera carta !

(Lee)

« ¡ No siente el corazón, ni el alma crea
 Lo que no hay en la existencia humana ;

*La realidad de la ilusión existe;
Existe la verdad de la esperanza!
¡ Sombra que habitas
Entre mi alma,
Eres la imagen del ideal sublime
Donde tiende el espíritu sus alas! »*

Eco divino de su voz celeste
¿Por qué al oírte el corazón me embargas?
¡Te escucho, y el espíritu cautivo
Bajo tu inmensa fe pliega sus alas!
¿Á quién respondes?
¿Para quién cantas?
Eco divino de su voz celeste,
¡Tengo horror de tu fuerza soberana!

XII

SOLO

¿Trepamos sobre las montañas?
¿Bajamos hasta la pendiente?
¿Seguimos al veloz torrente?
¿Rodamos hasta sus entrañas?

¿Cruzamos sobre el mar profundo?
¿Subimos en su ola al cielo?
¿Corremos polo á polo el suelo?
¿Rompeamos la atracción del mundo?

¿Dónde me lleva el ideal divino,
Que en su insensato vértigo me lanza

A buscar en su loco remolino
La eterna realidad de la esperanza ?

Y ¿qué es la vida sin su lumbre bella?
Lóbrega y tempestuosa noche fría.
¡Marchemos sin cesar! Sigo tu huella,
Espléndida visión del alma mía!

¡Crucemos la senda ignorada
Que pisa la planta del hombre ;
Busquemos el rumbo sin nombre
Que lleva á la dicha soñada !

Salvemos el lóbrego océano,
La cresta elevada del monte,
La línea del turbio horizonte,
La sabana inmensa del llano.

¡Ah no me dejes en la noche triste,
Caído á la mitad de mi jornada !
¿No ves rayar su luz en la alborada?
¡La realidad de la ilusión existe!

XIII

CONJUNCIÓN

¿Quién desviará la brújula cautiva
De su perpetua aspiración al polo ?
¡ Hay un poder tan sólo :
Aquél que está allá arriba !
Y Él no aparta la brújula cautiva !

¿Quién desviará de su órbita la estrella
Que va siguiendo al astro eternamente?

¡El Dios omnipotente
Que le marcó su huella!

Y Él no aparta de su órbita á la estrella!

¿Quién cambiará la línea de la llama
Que sube sin descanso al firmamento

En las alas del viento?

El señor que la inflama :

Y Él no cambia la línea de la llama !

¿Quién volcará las aguas del océano
Que en su lecho cautivan las arenas

Sin muros ni cadenas?

El Padre soberano :

Y Él no vuelca las aguas del océano.

¿Quién romperá los lazos del destino,
Que ligan, en la vida y la muerte,

De dos almas la suerte?

¡Sólo el Poder divino :

¡Y Él no rompe los lazos del destino!

.

¡Así, bajo la fuerza del destino,

Aquellos dos espíritus se amaron ;

Sin luz casi se hallaron ;

Y rompieron su valla

Sin lucha ni batalla,

Al resplandor de su ideal divino !

Una tarde de enero

Se acercaron él y ella:

¡La celeste mirada del lucero
La fúlgida mirada de la estrella!

Ella bajó sus ojos
Latiendo el corazón estremecido,
Y alboreó su semblante conmovido
Con el suave carmín de sus sonrojos.
Él sintió el suyo redoblarle al seno,
Como el tambor que bate
La señal del combate,
De duda y gloria y esperanza lleno!

Su mirada elocuente
En la intensa mirada
Hundió otra vez de la mujer querida;
Y al oprimir su mano á la partida,
Los dos se vieron pálida la frente.
¡Madre Naturaleza!
Cómo inunda el amor, de nueva vida
El esplendor de tu inmortal belleza!
¡Alma de amor nutrida,
Cómo tiendes las alas
Por la región azul del firmamento
Y de tu esencia misteriosa exhalas
El aroma que nutre el sentimiento!

.

¡Así se unieron en su amor ardiente,
Sin lucha ni defensa!
Todo fué natural en su corriente,
Como el alma que piensa
Y el corazón que siente;
Como el ojo que mira,

Como la onda que pasa,
Como el fuego que abrasa
Y como el astro que en los cielos gira.
¡Nacieron, se atraieron,
Se acercaron, se amaron :
Sus almas en un beso se fundieron
Y á la sublime eternidad se ataron !

Y allá van en la ráfaga del mundo,
Como dos alas escalando el cielo :
Hoy, compartiendo su dolor profundo ;
Mañana, sus delicias y su anhelo.
¡ Unidos y estrechados
Por el amor del alma, que redime,
Va, entre sus dos espíritus ligados,
La realidad de la ilusión sublime !

¿Quién romperá los lazos del destino
Que ligan, en la vida y en la muerte,
De dos almas la suerte ?
¡ Sólo el poder divino :
y Él no rompe los lazos del destino !...

RICARDO GUTIÉRREZ.

Florence, 1874.

GÉNESIS DEL HÉROE

En los primeros capítulos de la presente obra (1), huyendo de la vaguedad y del equívoco, que son los peores enemigos de las ciencias históricas, me esforcé por separar netamente al hombre de genio, propiamente dicho, de esas colosales personificaciones populares, — fundadores, profetas, conquistadores, — á quienes el epíteto flotante de « grandes hombres » se adhiere comunmente. Si pudiera despojarse de todo viso pretencioso una aproximación que, en este caso, no implica sino deferencia respetuosa y admiración, me atrevería á confesar que he procurado aplicar á esta vasta cuestión de psicología histórica el método científico, de que el ilustre Lyell ha dado el ejemplo y el modelo más acabado en sus *Principios de geología* (2): la hipótesis fecunda de las *causas actuales*, cuyas conclusiones podrán ser discutidas, tachadas de excesivas, como todas las del transformismo, sin que se amengüe el valor duradero de una doctrina general, cuya potencia eficaz se revela precisamente con adaptarse á materias distintas de las que apuntaran sus autores.

Se ha llegado así, por el estudio sólido y relativamente fácil del hombre de genio contemporáneo y de sus obras maestras, á un

(1) *El Problema del genio en la ciencia y en la historia*. (En preparación).

(2) LYELL, *Principes de géologie*, I, capítulo V.

concepto no ya retórico y arbitrario, sinó analógico y estrictamente inductivo de sus grandes antecesores.

El análisis exacto de la naturaleza y modo de acción de esas individualidades sobresalientes, á la luz de la biografía casi actual y en sus manifestaciones menos discutibles, — como acontece, por ejemplo, con Hugo, Wagner, Darwin, á quienes se ha podido estudiar casi *de visu* y desnudos de la engañosa refracción de la distancia, — no suministra únicamente un marco positivo, una medida precisa de lo que fueron sus congéneres pasados — Shakespeare ó Dante, Beethoven ó Bach, Cuvier ó Aristóteles; — permite determinar en general la naturaleza y acción del genio en la ciencia y en el arte. De suerte que, con ser representativas de estos grupos selectos, las monografías razonadas ascienden del rango de documentos históricos á la categoría de hechos filosóficos.

Merced á ese criterio prudente y que reputo exacto — si se maneja con las precauciones requeridas, — ha podido comprobarse que el genio no es necesariamente un indicio absoluto de superioridad intelectual, sino una « facultad », un poder aislado y exclusivo; localizado no pocas veces y dotado de extraordinaria energía: verdadera llamada ó *vocación*, cuyas manifestaciones é impulsos casi instintivos é irresistibles se apartan singularmente de los del talento habitual. El talento es la resultante normal y armónica de todas las influencias convergentes de la raza, de la familia y de la educación, en el sentido lato de la palabra, ó sea del medio ambiente. Puede admitirse la hipótesis de un estado de civilización, tan adecuado á la « especie » humana, que produjera el talento en la mayoría, como produce en las otras especies la robustez y la salud. Hasta podría decirse que ello se ha realizado parcial y pasajeraamente en la historia: todos los pintores italianos del siglo xvi revelan habilidad de dibujo y colorido; todos los escritores españoles del siglo xvii tenían estilo; todos los artistas franceses del siglo pasado poseyeron el gusto y la gracia ligera. Pero, ningún estado de civilización bastará para elaborar un hombre de genio. Sería tan ilusorio esperarle co-

mo creer que los progresos de la metalurgia realicen la creación de un gramo de oro. Cuando más, podrá lograrse que un mayor número de genios virtuales sean efectivos, y salgan á la luz algunos que yacen en la obscuridad.

El proceso contrario es el más probable. La democracia (1) conquistará la alta civilización, como los Hunos el mundo latino: *teste David cum Sibylla*. Posee el sufragio universal que es su fórmula, la instrucción gratuita y obligatoria que es su molde, la prensa que es su órgano. Su triunfo es inevitable. Será el más completo y pesado de los despotismos: el despotismo de la mediocridad. La forma de su instrumento omnipotente tiene toda la belleza de un símbolo: es un laminador, la máquina que aplasta para mejor uniformar, y realiza el ideal de la igualdad por el perfecto achatamiento. — De esos cilindros de acero se escapa en hojas sueltas, toma su vuelo gris á las aceras polvorientas ó fangosas, la biblia de los tiempos nuevos que nadie se ocupará en encuadernar: es la curiosidad instantánea, superficial, inconsistente, que alumbra con humo y llena con oquedad; la actividad en el vacío; la información pasiva sin el esfuerzo de la investigación; el sucedáneo moderno de la anticuada sabiduría; la moneda falsa de la verdad esterlina; el asignado que dice: *valgo*, y no tiene valor; el derecho á no meditar; la coartada de este delito: pensar por cuenta propia! — Santa Teresa, no Malebranche, llamaba á la imaginación: *la loca de la casa*. Esa loca ya no está en casa: está en la calle, en el paseo, en la bolsa, en el tranvía, engullendo su escudilla de rancho «igualitario», su ración de sopa boba intelectual. ¡Salud al gran educador de la democracia! Su Majestad el Diario, — en latín, *Ephéméris*. Nace, circula y muere en un mismo día; lo recogen á la tarde las barrenderas mecánicas, en una nube de polvo que simboliza la mentira, la ignorancia, la fatuidad. Pero renacerá de sus barreduras, á manera del fénix aquél. Es infatigable, inacabable, innumerable, como el microbio. No dudéis que

(1) Claro está que aquí se trata de una estructura social, no de una forma política.

la democracia agradecida le levante un grandioso monumento, allá por 1940, izando encima el birrete de ese pobre Gutenberg, — tan inocente del «periodismo» como este Colón del «Colombismo». Después del centenario internacional de la simpleza, nuestros hijos alcanzarán el jubileo universal de la vulgaridad. — Está, pues, muy evidente que la civilización actual viene incubando hombres de genio!...

La conclusión necesaria de ser el genio una propiedad, distinta y una verdadera «forma» intelectual, — en el sentido escolástico — ha permitido clasificar por familias esos grupos privilegiados, de manera que cada una, — matemáticos, filósofos, inventores, pintores, poetas, músicos, etc., — no tuviera con las vecinas más elemento común é irreducible que ese *quid divinum* primitivo é impulsor. El genio entraña quizá la ley secreta de la vida — la *voluntad* de Schopenhauer: — pues es él quien crea sin descanso y encuentra en la obra maestra realizada su sanción inmortal. — Todas las otras cualidades pueden ser diferentes ó semejantes: no influyen en la clasificación, son accesorias.

Por fin, hemos podido convencernos de que semejante clasificación no es arbitraria ni superficial, pues se apoya, como las clasificaciones naturales, en un hecho permanente y profundo, en un modo de ser que la raza ó la educación puede alterar sin destruirlo; en una aptitud constitucional bien definida y circunscrita que debe arrancar, en último análisis, de cierta conformación especial de los órganos de los sentidos, de cierto desarrollo insólito de una región ó circunvolución cerebral.

Pero, si es legítimo tener el genio por un accidente sublime en el desarrollo normal de la especie, hemos hecho justicia de la tesis psiquiátrica que se limita á renovar con pretensiones científicas la añeja teoría burguesa del gran artista «desorbitado» y extravagante. La asimilación de la «inspiración» á un delirio real es un concepto romántico, más que determinista, de Moreau de Tours, en el que se ha ingerido gratuitamente la «degeneración hereditaria» de Morel.

Los sucesores, como era de temerse, han acentuado la conclusión: la degeneración hereditaria se ha convertido para ellos en una entidad mórbida, entre cuyas evoluciones propias y necesarias figuran las varias neurosis « desde el genio hasta el idiotismo » ! Hemos visto que, respecto de la psicosis, el genio no constituye ni una susceptibilidad ni una inmunidad; que las inferencias antropológicas carecen de base para asentar sólidas inducciones; y que, por fin, no siendo en general exactos ni probantes los ejemplos históricos coleccionados por los alienistas, la ruidosa tesis psicopatológica se reduce á la publicación de tres ó cuatro volúmenes ligeros de doctrina y pesados de estilo, sobre cuya ligereza y pesadez *L'Uomo di genio*, del profesor Lombroso, ocupa el primer puesto.

Tal es, en resumen, el procedimiento que se ha ensayado en una materia que, al parecer, lo rechazaba. Creo que el procedimiento contrario, el que partiera del pasado para llegar al presente, no podía conducir á resultados generales ni suministrar una conclusión sólida. Por lo menos, nunca la ha dado, á pesar del inmenso talento personal que alguna vez se desplegara en la empresa. Explicar una realidad siempre idéntica y siempre presente, apoyándonos en la sola conjetura histórica, equivalía, bajo pretexto de lógica deductiva, á hacer preceder el estudio de los organismos vivientes por el de los fragmentarios y dudosos organismos primitivos, y comenzar la historia natural por la paleontología.

II

Pero, al lado del hombre de genio, cuya obra inmutable é imperecedera, con su valor propio y personal, queda siempre accesible, extendiendo á nuestro examen ese diploma de identidad y superioridad: se alza esa otra grandiosa y vaga personificación histórica, humana ó nacional, que suele llamarse « el grande hombre ». Algu-

nos están flotando por entero en la leyenda, como Eneas ó Moisés; otros emergen de la nube con su aureola tan deslumbrante, que impide distinguir lo real de lo ficticio en su cambiante personalidad: así Mahoma ó Carlomagno. Por fin, los más circunscritos ó recientes, como Gutenberg ó Cristóbal Colón, se nos presentan tallados en el firme granito de la historia: pero el océano ilimitado baña sus plantas invisibles y cubre su pedestal, dificultando su acceso y apreciación exacta... Son aquellos los « héroes » del idealista Carlyle, cuya existencia grandiosa condensa la de la humanidad (1). — En todo caso, son los nombres inmensos y fulgurantes de la historia y de la poesía; y, al pronunciarlos, las metáforas enormes y cósmicas acuden inevitables á la imaginación. Los unos nos aparecen desmedidos y lejanos, imposibles de precisar y resolver aún con la más amplia conjetura, semejantes á esos cometas que no poseen consistencia distinta de su propia atmósfera inflamada. Los otros, más cercanos á la humanidad, conservan sin duda un núcleo de realidad sólida y resistente; pero sospechamos que todo su brillo es reflejado, como el de los planetas, tanto más resplandecientes cuanto más próximos al sol en cuya luz se envuelven, — á igual de esa Venus ínfima que deslumbra nuestra ignorancia más que las estrellas de primera magnitud. . .

Se comprende, desde luego, que nuestro camino abierto y recto se acabe aquí, y no pueda prolongarse más que como senda ondulante y estrecha. En lugar del suelo firme, sentimos bajo nuestras plantas el pantano engañoso ó la costra grietada y frágil de los *geisers* de Islandia. Nos falta ya el testimonio concreto é irrecusable de la obra maestra, que podría reemplazar la biografía personal y la historia contemporánea del hombre de genio. — El retrato de una deliciosa andaluza radiante de júbilo vital como una flor abierta, con este comentario, *Murillo pinxit* (2): ¿qué más explícito

(1) CARLYLE, *Heroes and Hero-Worship*, Lectura I. « *Universal history is at bottom the history of the great men who have worked here* ».

(2) La *Concepción* del Louvre.

documento para el estudio del arte hispalense? El hombre de genio está en lo absoluto y definitivo: no hay evolución humana—en los límites actuales de nuestro entendimiento—que pueda reducir á un Galileo ó Newton á la estatura común. En el mundo fugaz de los sonidos, cuya íntima vibración con el alma humana parece un obscuro y eterno recuerdo de la vida elemental, no es admisible, sin atrofia del órgano preciso, que pierda su virtud sublime la *Sinfonía pastoral* ó el preludio de *Lohengrin*. Mientras exista la poesía escrita, la intensa visión del mundo externo y el dón prodigioso de la expresión verbal formarán parte esencial de la belleza literaria: ¿cómo prever, entonces, que nazca jamás algún poeta, al lado de cuyas producciones la *Leyenda de los Siglos* sea pequeña?

Por el contrario, la grandeza representativa de los « héroes » es del todo extrínseca y convencional. Su gloria es obra entera nuestra, es decir de la opinión colectiva de las generaciones, prolongada y desbordante. Es de aquella fama secular, que pudiera decirse propiamente: *vires acquirit eundo!* La proposición de Carlyle es cierta, en el sentido recíproco: es decir, que la historia ó la leyenda del gran hombre es la de la humanidad en un momento de su evolución. — Por otra causa tiene también que fallar aquí el método empleado. No podemos ya remontarnos directamente de lo presente á lo pasado. El factor principal es siempre el tiempo, pero, esta vez, sería el tiempo futuro. Los grandes hombres contemporáneos, no los conocemos, puesto que no son tales por su obra personal y tangible, sino por lo que ella venga á ser más tarde, merced á la colaboración anónima y al culto incesante de la posteridad:

Qui de nous va devenir un Dieu? (1)

Estamos clavados en el momento actual, que no es sino un punto de la curva infinita; seguimos la rama ascendente de la parábola que sube hasta perderse en la nube, y conjeturamos que le es idén-

(1) ALFREDO DE MUSSET, *Rolla*, I.

tica la rama inferior que se hunde en el mar. Entre dos abismos de ignorancia casi completa, de tinieblas casi igualmente espesas, pasado un estrecho límite, no nos es dado sino alzar los ojos hacia ayer. Pero, en el pasado más reciente, la frondosa vegetación de la leyenda, las mil lianas trepadoras de la imaginación popular han envuelto y ocultado de tal modo el tronco primitivo, que, si existe, para el espectador es como si no existiera—y que la evolución de un mito puro como Eneas y Jason, no es mucho más conjetural y aventurado que la tradición histórica de Alejandro ó Jesús, cuyo existencia real no puede ponerse en duda.

Con todo, la diferencia es esencial. *Ser ó no ser* : la palabra de Hamlet es el santo y seña de la historia. Lo que la humanidad creara de la nada, por simple emisión imaginativa, puede llenar por siglos los *inania regna* de la poesía y la superstición: no llegará jamás al sér completo. Desde el origen, no hay un átomo perdido ó agregado en el conjunto de la creación: es siempre la Isis inmensa, que contiene cuanto fué y será. Y tal es, en suma, la señal indeleble que diferencia á los héroes materiales, de aquellos otros entes simbólicos y vacíos de substancia, con que satisface la humanidad sus irresistibles tendencias al antropomorfismo. Los segundos se parecen á los primeros hasta confundirse con ellos: pero son vanas apariencias, sombra ó imágen de la realidad. En todo lo demás la analogía subsiste; y la exageración legendaria se adhiere á los unos y los otros con igual tenacidad, como que en ambos casos entra en actividad normal la misma facultad imaginativa. Imaginar es elaborar imágenes; ahora bien, estas imágenes internas se forman idénticamente en nuestro espejo cerebral, siempre aberrante y cromático, ya se trate de reflejar un fragmento del universo, ya de fijar un vago concepto mental, el « sueño de una sombra » según la melancólica expresión de Píndaro (1).

Constituyendo ese poder y esa necesidad de la imaginación su

(1) PÍNDARO, *Pyth.* VIII. — Es el final de la oda, en *morendo*, de una belleza profunda y velada que recuerda los últimos compases del *Adagio* de Beethoven (Op. 27).

funcionamiento incesante y normal, compréndese cómo, desde el principio hasta hoy, cuanto ha dominado y sigue dominando la vida humana — religión, arte, pasiones — fluctúe en el mundo elíseo de la ficción. — La pobre humanidad, efímera cadena de generaciones que se renuevan y suceden sin que ninguna llegue á la madurez, no puede soportar la verdad desnuda: procura inventar alegorías que mezan y engañen sus tristezas (1). Sobre todo, necesita adorar, tributar culto religioso á las fuerzas ambientes, benignas ó nefastas, que supone conscientes y vigilantes de su ínfimo destino. Y como toda idea es imagen, y la imaginación no procede sino por analogía, las fuerzas naturales é influencias colectivas se condensan en personificaciones antropomórficas, en entes gigantescos que la humanidad atavía — cual hace el niño con su juguete, — con la figura, los móviles y las pasiones de la humanidad. Del propio modo, pues, que personificara la aurora y la tempestad, el mar y la montaña, el volcán terrible y el sol fecundador: inmortaliza en algunos tipos sobrehumanos de conquistadores ó profetas, sus propias luchas seculares con la tierra madrastra, su largo esfuerzo civilizador, su doloroso delecteo del enigma universal, la expansión de su propio heroísmo y de su genio colectivo. Y es así cómo, en los tiempos modernos, ha creado con su propia substancia á Rolando y Guillermo Tell, ó transformado gloriosamente al Cid y Carlomagno, usando el mismo procedimiento simbolizador con que en los siglos mitológicos «humanizara» á Júpiter y Neptuno, ó prestará atributos divinos á Teseo y Hércules.

De esa doble é imperiosa tendencia humana al antropofornismo y á la adoración, han brotado en vegetación magnífica y exuberante las teogonias, los cultos, los ciclos poéticos, las *aureas legendas*, — tan íntimamente vinculados los unos á los otros, como el sabor

(1) En la muchedumbre, como en el individuo, el espíritu de credulidad pasiva está unido al de la *fabulación* activa en dosis iguales. La *mentira* es tan inherente al espíritu humano, que la misma palabra *mentiri* sólo significa «ejercitar la mente». — También en quichua, *yuyani* significa «pensar» y «mentir».

del fruto maduro á su fragancia y color. — No puede, por ejemplo, existir culto de latría sin prácticas supersticiosas é intervención de lo sobrenatural. La superstición es el humo de la religión, — fuego por siempre inextinguible en el corazón del hombre. — Y ello acaso daría la clave de la dolorosa expectativa en que se agitan algunos de los más nobles espíritus modernos (1). Se busca un culto nuevo y no se lo puede encontrar. — El catolicismo no es ya sino la corteza del cristianismo; la savia no circula por el tronco ahuecado; no se renueva: Janssen será su último defensor de gran talento. Y un árbol que no resucita incesantemente por el retoño y la floración, está maduro para la suprema cosecha que el Evangelio señaló: *excidetur, et in ignem mittetur* (2). El protestantismo nunca tuvo de verdadera religión más que su parte común con el catolicismo. Como lo dice su nombre, ha sido una protesta contra el romanismo descreído y pagano. Realizada en la Iglesia la reforma interna, la reforma externa perdía su razón de ser. Por eso es que, pasada la lucha, esa vasta asociación de entristecimiento mútuo — sin culto ni ritos, sin misterios ni ceremonias simbólicas — ha quedado estacionaria. Se ramifica en sectas sucesivas como el enfermo incurable que ensaya todas las terapéuticas. — El liberalismo masónico, con sus mandiles, y el espiritismo con sus mesitas, son igualmente grotescos. — La filosofía, por fin, es una ciencia, lo contrario de una creencia...

La inmensa dificultad para fundar una religión verdadera y viable — que no sea una fría sociedad de beneficencia ó una mera elegancia social — arranca de la misma distinción intelectual de sus fundadores. La lucha está empeñada entre el corazón que necesita el misterio, y la cabeza que no lo puede admitir (3). La religión fu-

(1) De Vogüé, Desjardins, Brunetière, el grupo inglés de Rossetti, etc. Son displicentes las ironías de Lemaitre y France contra este movimiento de inquietud sincera. — Homais las aplaudiría.

(2) Matth., VII, 19.

(3) *Il faudrait d'abord vous abêtir*, decía Pascal. El mismo, que solía contradecirse porque era sincero, quería «desprender la piedad de la superstición» (*Pensées*, II, vi). Sería tan lógico como purificar la sal marina, desprendiendo el cloro!

tura sólo podrá surgir de la violencia, después de algún cataclismo anárquico — cuando un puñado de apóstoles ignorantes y fanáticos se arrojen á batallar por una gran ilusión ingerida en todas las fibras del alma humana, rodeada de misterio y exigente de sacrificio, cuyas flores de martirio esparzan por el mundo una inmensa redención — semejante á la que fué la vía, la verdad y la vida de la humanidad por cerca de diez y nueve siglos. ¡Que venga pronto, puesto que las otras han perdido su virtud! ¡Que venga pronto y sea bendecida, si ha de devolvernos el ideal, y barrer al olvido esa vulgar y repleta democracia que creyó perpetuar su imperio de medio siglo, haciendo dirimir por el vientre el angustioso conflicto de la cabeza y del corazón!

III

Las dificultades, empero, con que se tropieza, al pretender determinar el esfumado contorno de los héroes *que han existido*, se acrecientan en razón misma de esa pasada existencia terrenal. El mito puro y el hombre de genio son entidades filosóficamente simples. El primero es una creación total de la nación ó de la raza: conocidos los elementos fundamentales del grupo étnico á que pertenece, se induce el tipo heróico, como de los rasgos característicos de una especie vegetal se induce la flor. El segundo nos pertenece sin intermediarios por su obra subsistente que podemos abarcar. Pero el héroe histórico es generalmente mixto; podría definírsele: un fragmento de historia combinado con la leyenda. ¿Cómo prescindir de su existencia material? Y, por otra parte, ¿cómo reducirle á las estrechas proporciones de su existencia material?

Nadie, que yo sepa, ha hecho esta observación que arroja viva luz sobre el proceso germinativo de las entidades simbólicas: y es que los organismos colectivos obedecen espontáneamente á las mismas leyes que los individuales, en los dos casos distintos que tengo

señalados. En términos más claros : un pueblo, durante un siglo, elabora un mito puro ó transforma á un ser real, obedeciendo á las mismas leyes que presiden, en el cerebro excitado durante una hora, al desarrollo anómalo de la alucinación y de la ilusión. Estúdiese en los tratados especiales (1) la formación cerebral de esa imagen prolongada y persistente, sin causa externa que la provoque. como es la alucinación, y se verá empleado un procedimiento análogo al de todo un pueblo que crea *ex nihilo* á un héroe nacional, con todas las circunstancias y rasgos de la realidad—cual ha sucedido, por ejemplo, al pueblo suizo con Guillermo Tell, personificación ideal de su independencia (2). Lo propio sucede con la ilusión — esa modificación profunda de una sensación real debida á un funcionamiento mórbido del organismo ; la imaginación individual que elabora ilusiones y ofrece este espectáculo interno á la conciencia, sigue un proceso idéntico al de la imaginación colectiva que adopta á un bandido desalmado y feroz, á un « perro de Galicia llamado Rodrigo », como se expresan las crónicas contemporáneas ; á un aventurero sin fe ni ley que pasó la mitad de su vida sirviendo á los moros contra los cristianos—y la otra mitad *viceversa* — é hizo quemar vivo á centenares de valencianos prisioneros (¿sería por eso que su espada se llamó Tizona?) : y entonces, de esa misteriosa incubación de la leyenda sale el héroe cristiano y español, el ideal caballeresco de la Reconquista, tipo del honor y de la lealtad feudal, el vengador de su padre y el amante de Jimena—el glorioso Cid Campeador! (3)

La dificultad, lo repito, para el historiador, no está en analizar

(1) JAMES SULLY, *Les illusions des sens et de l'esprit*, III ; BRIERRE DE BOISMONT, *Des hallucinations*, III, XII, XIII ; sobre todo : TAINE, *De l'Intelligence*, Première partie, II.

(2) Sobre el mito de Guillermo Tell y su propagación por el « Libro Blanco » y el *Tellenlied*, hasta su cristalización en el drama de Schiller : véase, ALBERT RILLIET, *Les origines de la Confédération suisse*.

(3) *Crónica general de Alonso el Sabio*. Véase á DOZY, *Recherches sur l'histoire politique et littéraire de l'Espagne durant le moyen-âge*. Allí se encuentra la desapiadada « ejecución » del famoso José Conde, el « arabizante » clásico que delectaba escasamente el árabe.

científicamente el proceso alucinatorio que crea un símbolo puro, como el rey Arturo, Rolando, Lohengrín ó el mito suizo que he citado; ni tampoco en estudiar, con ó sin documentos personales, á hombres de genio como Dante ó Shakespeare, de quienes tan poco se sabe exactamente, pero cuyas obras contienen la mejor biografía filosófica: sino en extraer de una leyenda heróica la parte de realidad que contenga, y depurar el núcleo de historia de la ganga de ficción en que se envuelve. Tal sucede con los grandes héroes de la acción, — cuya obra colosal se ha confundido con la de su siglo, — con los conquistadores como Alejandro ó Carlomagno, con los fundadores como Mahoma ó Lutero, con los inventores como Gutenberg ó Colón (1).

Carlomago ha existido, ha reinado; pero ¿qué quedaba de su existencia real, cien años ha, después de diez siglos de poemas y libros de caballerías? Hasta su efigie profundamente germana se había borrado, de suerte que su mismo nombre es una falsificación (2). De tal modo habían el arte y la tradición envuelto su personalidad en sus mantillas multicolores y bordadas, que han sido necesarios todos los recursos de la ciencia moderna para desarrollar las bandeletas de la momia y encontrar al esqueleto bajo el fetiche. Y eso mismo ha sucedido y sigue sucediendo con todas las grandes figuras históricas, hasta las más recientes y que han evolucionado bajo los mil objetivos fotográficos de los contemporáneos, que consignaban en el papel sus impresiones. Napoleón es un hombre de genio, sin duda alguna; pero, á despecho de las historias y memorias, asistimos á su transformación gradual, á su apotéosis secular y definitiva. Nunca ha sido vencido; él solo ganaba las batallas, hasta las que no podía prever ni dirigir. Ha discutido y dictado el Código

(1) Del propio modo, pues, que se ha definido la realidad, diciendo que es « una alucinación cierta » (Taine, *De l'Intelligence*), podría decirse del hombre de genio que es un grande hombre real — cuya obra es « adecuada » al nombre de su autor.

(2) « Carlomagno » no es la traducción de *Carolus Magnus*, sino la corrupción de « Karl Mann » el « hombre fuerte ». V. MICHELET, *Histoire de France*, I, II.

civil; ha reconstruído la Francia y la Europa con su mano potente y sus ideas propagadoras; — no descendamos á las creencias populares y á las anécdotas de los *grogards* para no tropezar con el altar de las divinidades.

¿Queréis presenciar otra invencible apoteosis de un héroe, en un ejemplo más reciente aún — y de núcleo real mucho menos resistente, por cierto: — recordad lo que, hace algunos años, se decía y creía de Garibaldi, en Nápoles y toda la Sicilia (cierto es que se trata del pueblo más impresionable que existiera jamás). El soldado de Marsala era invulnerable; las balas se amontonaban en los pliegues de su camiseta roja, y, después de la batalla, él las sacudía como granos de maíz; tomaba las escuadras, solo, á nado y por abordaje; en Velletri le bastó aparecer en su caballo blanco para poner en fuga al rey Fernando y á los suizos; con su goleta, se había apoderado de toda la flota real en pleno puerto de Nápoles... « ¿Por qué no? exclamaba un libre pensador (hoy diputado al Parlamento) delante de Marc-Monnier (1), «es capaz de desembarcar en la cumbre del Vesuvio»! — Dentro de cincuenta años, todo ello será tan auténtico como los milagros de San Genaro.

Aún hoy, todos los grandes hombres soportan los agregados y colgajos de la leyenda. Los mismos hombres de genio casi contemporáneos no están preservados por sus obras compactas y sus múltiples biografías. — Para satisfacer las aspiraciones del ingenuo idealismo popular, es necesario que Byron sea el Lucifer de la poesía y que, grande en el bien como en el mal, haya «caído como héroe en Missolonghi» (2). El fin burgués de Goethe es más difícil de transfigurar; con todo, no podrá en sus últimas horas, delante de diez testigos, decir á su criada que acerque la vela — *Das licht näher!* — sin que ello se traduzca por un grito de lirismo sublime: *¡Luz! más luz!* — Sabido, es por fin, que no han bastado tres volúmenes para

(1) Marc-Monnier, profesor en la Universidad de Ginebra, había nacido en Florencia

(2) Byron murió de un catarro mal cuidado, y sobre todo de quince años de mal régimen.

rectificar la leyenda de Hugo, durante su vida. Rectificarla, muchos lo intentarán; destruirla, nadie lo logrará (1).

Ha podido creerse que el advenimiento del libro y de la prensa, la circulación creciente del relato cristalizado detendría el vuelo de la ficción. Lejos de detenerlo, le presta fuerzas nuevas, como el torrente acrecienta su ímpetu con todos los cuerpos sólidos que caen en su corriente. El reinado de la prensa es la eternización del engaño y del error. Ayer el artículo del diario mataba el capítulo del libro; he aquí ahora al despacho y la *interview* telegráfica que matan al artículo, el cual siquiera algunas veces tenía firma, es decir una apariencia de responsabilidad. En lugar, lo repito, de obstar al pululamiento del error, la letra impresa le prestará su formidable contingente. Toda la historia contemporánea — ese vasto y contradictorio *reportage* — está nadando en pleno sueño engañoso. Y, para tomar un ejemplo muy reciente, podría demostrarse con cifras que, de dos años á esta parte, la prensa de ambos mundos tiene agregadas al pedestal mitológico de Cristobal Colón más hileras de errores diti-rámicos y de fantásticos pormenores, que los cuatro siglos de historias y crónicas, transcurridos desde que la carabela de Pinzón señaló la isla de Guanahani.

P. G.

(1) ED. BIRÉ, *Victor Hugo, avant 1830, et après 1852*. Tres volúmenes de una exactitud encarnizada y enervante.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Recuerdos de la tierra por MARTINIANO LEGUIZAMÓN

La publicación de estos bocetos criollos, con sus adecuadas viñetas convencionales que parecen dibujadas por Podestá, ha sido saludada con estruendosas palmadas, desde Buenos Aires á Jujuy. Ante esta muestra del arte nacional, el mismo estremecimiento ha sacudido ponchos pampeanos y guardamontes arribeños. La han saboreado, sobre todo, los amantes del argentinismo de circo, que respiran en *Juan Moreira ó Calandria* la infinita melancolía de la pampa y el sano perfume del monte virgen!—El señor Leguizamón triunfa sin esfuerzo : no hay exageración en decir que llega á la raya revolviendo el talero y golpeando la boca al decadentismo. Puede descansar satisfecho el vencedor y desatarse el pañuelo de la frente. — Y no digan que acaso... No, señor! Somos así « no más » : *sin medida* es nuestra divisa; y es muy sabido que, en el mundo de los *Recuerdos de la tierra*, no hay brindis de amigo si no se llena la copa hasta que se derrame.

El autor será un dechado de modestia y buen sentido si no se deja marear, y, proclamado ya « uno de nuestros escritores nacionales », no comienza á mirarse como el espejo de la criolloría. Confieso que tanto jubileo me intimida un poco; pensaba dirigirle algunos consejos útiles, y, después de aprobar sin ambages la materia elegida, aventurar ciertas reservas respecto á la ejecución. Uno de tantos que tienen el « dón de errar », hablaba de naturalidad y sencillez... Precisamente lo que no ha sabido ser el autor es natural y

sencillo, en un género que requería eso y no exigía más.—Eso sí, le pido que, á fuer de criollo, no le ocurra declinar la jurisdicción de un extranjero criado en la huella, quien, hace treinta años cuidaba una majada en la pampa y se ha trotado á mula este virreinato, provincia por provincia, hasta Chile y Potosí, durmiendo al raso ó bajo ramada más á menudo que en hotel... Me ofendería gravemente; tal vez, saliendo de mi habitual circunspección, me vería en el caso de probarle que soy más criollo que él, reivindicando la propiedad de cierto ganado alzado, que anda en rodeo ajeno con mi marca en el costillar. Pero no llegaremos á tales extremos.

Diré, por el pronto, que entre esos bocetos prefiero los menos artificiosos y compuestos, los que sólo tienden á describir un rincón de la vida agreste, un episodio habitual ó un tipo común de sus poblaciones: así *El Chasque*, *El Rodeo*, *La Minga* (cuyo origen el autor no conoce bien). Mucho menos me gustan las *patriadas* de efectismo teatral, como *La Maroma cortada*; y en ningún grado, por fin, ciertas sensiblerías afectadas de *Cojita* ó *Chabará*, tan faltas de sinceridad como de arte, y que recuerdan los lloriqueos en falsete de nuestros payadores de arrabal. — Los aficionados se forman de la literatura y la elocuencia un concepto mucho más falso que los puros ignorantes, como que no lo extraen de la realidad, sino de sus mal digeridas lecturas. Así las campesinas ricas, enjauzadas de cintas y abalorios, se tornan ridículas por hacerse decentes, y, cubiertas con todo «lo que se lleva en la ciudad», pierden la soltura nativa sin alcanzar el garbo de una griseta.

El estilo, naturalmente, se ajusta al concepto; y, como era de temer, es en los pasajes más pretenciosos donde revienta su intolerable vulgaridad. Por supuesto que forma la esencia del grajejo ese gastado remedo de las incorrecciones y giros gauchescos que, desde Hidalgo y Ascasubi, se repite servilmente.—El arte es la dificultad: jóvenes, desconfiad de los recursos fáciles! — No parecen sospechar nuestros *criollizantes* que la jerga rústica no es monopolio de la campaña argentina, y que si Tolstoi ó Elliot, Flaubert ó Zola

(en *La Terre*) han podido pintar la vida rural sin transcribir su lenguaje, no es por ignorancia, sino por exigencia artística. Y cuando por excepción lo hayan hecho Jorge Sand ó el mismo Pereda, en sus cuadros campestres, ¡con qué arte secreto han procedido en la elección de las imágenes y refranes característicos ó bellos, con qué medida y sabia eliminación de lo superfluo y trivial! Hay en el discurso del gaucho, como en sus cantos y leyendas, un valor escondido, pero no en figura de amontonada chafalonía, sino á manera de las pepitas diseminadas en la *bonanza*, entre la masa del cuarzo vil...

No esperábamos que el señor Leguizamón resolviese de entrada un problema tan superior á sus fuerzas, pero podíamos pedirle que su estilo no vistiera el *smoking* arriba del chiripá, y no hiciera codearse en la misma página las pompas gerundianas, con las agachadas rastreras de un *tabear* que de puro criollo resulta cimarrón. Citaré un ejemplo de ese *tatuaje*, entre ciento que tengo señalados. En la misma página (178) y discurriendo el propio autor, he aquí como principian dos párrafos consecutivos: « En eso — empleando una locución de la tierra — naides le pisaba el poncho, etc. », y en seguida: « Los éxtasis reveladores del destino, esa necesidad premiosa... tan magistralmente pintada por Zola en el caso reciente de la encantadora mademoiselle Couëdon... etc., etc! » A continuación veríamos, sin doblar la hoja, á un curandero comparado con Champollión descifrando « el obscuro simbolismo de un petroglifo, y Bopp ó Grimm, etc... »

Lo grotesco de ese abigarramiento resalta sobre todo en los bocetos que de suyo requerían mayor sencillez. El autor describe un episodio frecuente del rodeo como pudiera hacerlo, en mejor lengua, Gustavo Aymard ó tal cual maturrango: « una escena estupenda, trágica... que no olvidaré jamás... »—« El gaucho soberbio, heróico, aceptando aquel combate inaudito! » Cuando termina la « escena estupenda » con la rápida operación que sabemos, se nos dice frunciendo la boca que los « soberbios animales habían perdido los atri-

butos de su señorío! » Diga Vd. *capar*, señor Leguizamón, como Navarrete y otros clásicos : si ha de describir la cosa, la palabra propia es menos grosera que su ridícula circonlocución. Acá y allá, completan nuestro deleite las alusiones y citas literarias de esmerada pacotilla, para que no nos figuremos habérmolas con un profano : el mendigo Chabará evoca un « perfil de camafeo visto (por el autor) en las monedas pompeyanas! » ; un plato de mazamorra (imagen gráfica!) es « una verdadera manzana de oro del jardín de Hespérides »; una huachita soltera « que todavía no encuentra rama en que ahorcarse »... pero aquí la cita se impone :

— « No diga eso, mamita... respondía con acento apagado, resignada á su suerte, *inclinando la hermosa cabeza en la expresión de aquella sublime angustia—lamentable y callada!* — *que el arte griego hizo resplandecer en la frente serena de Niobe* ». Si hubiéramos de enumerar las « explosiones rojizas » del mudo crepúsculo ó los « pasos del Rubicón », sería cuento de nunca acabar. Algunas reminiscencias resultan divertidas; así la del famoso estribillo (*Quand on a tout perdu...*) que sólo para parodiarlo se cita en Francia : resulta ahora que la traqueada sentencia de Voltaire es un « desolado dístico de Musset ». Y sólo un criollo como yo sentirá la gracia de confundir el grito del tero-tero con el canto del zorzal. — No citamos esos lapsos en són de reproche, ni aconsejamos al autor que aprenda esas cosas, puesto que, después de saberlas, tendría el deber de olvidarlas al escribir cuentos criollos ; pero le será útil saber que no las sabe, para que su próximo volumen salga mejor.

Hechas estas ligeras salvedades, termino esta noticia como la empecé, comprobando el éxito plausible de los *Recuerdos de la tierra*. Confieso yo mismo, sonrisa aparte, que los he bebido de un trago. Es que el rico tema, por más que no esté allí tratado ni escrito, sugiere por sí solo el color y la vida de la conocida realidad. Mientras el aprendiz pintor borronea zurdamente su ensayo, nosotros evocamos la escena verdadera y la completamos en la fácil imaginación. Pasada cierta edad, cualquiera lectura no es sino el tema ocasional

y sugeridor de nuestras propias visiones. Por eso es que un asunto bien elegido, como en el caso actual, compensa la ejecución deficiente,—á manera del salvavidas que mantiene sobre el agua á quien no sabe nadar. Vamos á ver el ejemplo contrario de un escritor cuyo talento se malogra en gran parte por lo inconsistente de su materia. El señor Leguizamón labra monigotes en el oro nativo de la substancia nacional; el señor Darío cincela ninfas en un bloque de hielo artificial, bajo los trópicos, sin oír el gotear siniestro que llora la destrucción de la obra á penas concluida :

Lequel vaut mieux, Seigneur?...

PROSAS PROFANAS POR RUBÉN DARÍO

Ya expresé, en ocasión reciente, todo lo malo que pienso del señor Darío. *Non bis in idem*. Hoy diré lo bueno, para variar; y también porque ciertas aprobaciones me inspiran inquietud. « Me aplauden, decía el otro, ¿qué necedad habré soltado? » Empiezo á temer que, á propósito de poesía, yo haya hecho prosa sin saberlo; y decididamente, no me atrae el papel de Monsieur Jourdain. Pero no ha de ser eso. Lo más probable es que se hayan juzgado mis reservas con el fino sentido de los matices que la lógica parlamentaria y las prácticas electorales infunden. *Lo que no sea blanco, será negro* : tal es la balanza de precisión con que se pesan las divergencias artísticas. Para equilibrar el exceso de un adarme en el platillo derecho, delicadamente, se deja caer en el izquierdo un adoquín...

En otros años, antes de ser filósofo, solía darme melancolía la idea de echar raíz en regiones donde amanece cuatro horas más tarde que en París. El tiempo me ha curado. Como el árbol al venir el otoño, siento desprenderse de mí las hojas secas del deseo y la ilusión, y preveo el día próximo en que, confundiendo en una misma indiferencia todas las vanidades, no averiguaré si es ramilla muerta ó fruta madura lo que cae á mis pies, con rumor leve y triste...

Y de veras que aceleran la curación de mi nostalgia algunos de los espectáculos que la vieja Europa nos brinda. Pensad, para no remontarnos lejos, en el significado preciso de la *journée de Sarah Bernhardt*: esa apoteosis del histrionismo en la magra persona de una cómica más que quincuagenaria, á quien nunca pude escuchar tres noches de seguida sin encontrarla insoportablemente afectada y monótona! En pleno boulevard, extraídos de sus bastidores, glabros, descoloridos bajo su *maquillage*, pestañeando á la luz insólita del sol: la banda de papagayos nocturnos celebraba el triunfo indiscutible y justo del único arte floreciente en la decrepitud universal. *All the world's a stage!* Y Lemaître dando el brazo á Coquelin es sin duda un detalle insignificante, cuando se comprueba que en este momento de descomposición social, todo, desde la política y la justicia hasta la vida privada y la misma religión, se exterioriza por medio de la prensa en la forma teatral. Ha reaparecido en formas agudas el conocido síntoma de las decadencias imperiales: el endiosamiento de la cortesana y del histrión. Y ello, lo repito, bastaría á consolar-me de no vivir allá: siento que, hora más hora menos, el horror de ese prostíbulo me arrojaría á los brazos de Bakounine,— el cual por otra parte, falleció veinte años ha!

Quise explicar únicamente porqué me resigno sin esfuerzo á envejecer lejos del foco de toda civilización, en estas tierras nuevas, por ahora condenadas á reflejarla con más ó menos fidelidad. Es, pues, necesario partir del postulado que, así en el norte como el sud, durante un período todavía indefinido, cuanto se intente en el dominio del arte es y será imitación. Por lo demás, hay muy poca originalidad en el mundo: el genio es una cristalización del espíritu tan misteriosa y rara como la del carbono puro; y pensad que en seis mil años no se ha extraído de todo el planeta un metro cúbico de diamante! Puede agregarse, con la historia á la vista, que el diamante del espíritu, á diferencia del otro, no se ha encontrado hasta la fecha en los terrenos de aluvión. — Y, acaso, en otro lugar, tenga dada de ese fenómeno una explicación tan clara que, según la im-

pertinente exageración de Leverrier, *hasta un botánico la entendería!* Pero sería algo larga de transcribir y me limito á resumirla en breve silogismo. Siendo así que el genio es la fuerza en la originalidad, toda hibridación es negativa del genio, puesto que importa una mezcla, ó sea un desalojo parcial de las energías atávicas por la intrusión de elementos extraños — es decir, un debilitamiento; ahora bien, la presente civilización americana, por inoculación é ingerto de la europea, es una verdadera hibridación: luego, etc. *Et voilà pourquoi votre fille est muette!*

Siendo, pues, un hecho de evidencia que la América colonizada no debe pretender por ahora á la originalidad intelectual, se comete un abuso de doctrina al formular en absoluto el reproche de imitación europea, contra cualquier escritor ó artista nacido en este continente. En principio, la tentativa del señor Darío — puesto que de él se trata ahora — no difiere esencialmente, no digamos de la de Echeverría ó Gutiérrez, románticos de segunda ó tercer mano, sino de la de todos los *yankees*, desde Cooper, reflejo de Walter Scott, hasta Emerson, luna de Carlyle. Pero, en la especie, dicha tentativa es *provisionalmente* estéril, como lo tengo dicho y no necesito repetirlo, porque es del todo exótica y no allega al intelecto americano elementos asimilables y útiles para su desarrollo ulterior.

Y eso mismo no es del todo exacto. En la fina labor de esas *Prosas*, profanas ó místicas, se cumple un esfuerzo que no será de pura pérdida, como no lo es el de los decadentes franceses; me refiero al *assouplissement* de los ritmos y al enriquecimiento evidente de la lengua poética. El señor Darío es muy joven; sobrevivirá sin duda al movimiento perecedero y fugaz á que se ha adherido, por desdén explicable de la actual indigencia española; tengo para mí que, á pesar de las apariencias contrarias, su talento real se escapará en breve de su falsa teoría, como un pájaro de la jaula; y entonces cantará libremente la verdad y la vida, con una eficacia y maestría de que dan bella muestra algunas piezas de su presente colección.

No tengo espacio para analizarla, y sería, además, tarea repetida. Se habla corrientemente de « imitación », con mucha soltura de lengua. Hay que distinguir, y como dice gentilmente el príncipe d'Aurec, de Lavedan: *Il y a manière!* La « manera » del señor Darío es en el fondo la de los clásicos (1), y él imita á los franceses como imitaron á los griegos Catulo y Chénier. Como estoy de prisa, tomaré de único ejemplo la primera poesía del libro: *Era un aire suave...* La página es encantadora, de una gracia exquisita en su elegancia, complicada de renacimiento y pompadour. Por otra parte, más que imitación directa encuentro en ella vagas y múltiples reminiscencias de Verlaine (*Fêtes galantes*), Moréas, — sobre todo, para mí, de la divina *Fête chez Thérèse*, de ese Hugo colosal que hizo vibrar soberanamente las siete cuerdas de la lira — hasta la de la gracia ligera, que comunmente se le niega. Es muy difícil y aventurado mostrarse afirmativo y preciso, tratándose de un escritor tan complejo y lector tan esparcido como el señor Darío. Son muy numerosas las resonancias que convergen á su inspiración; pasa tanta gente por su camino que las huellas se confunden y, como decimos los arrieros: « el rastro está borrado ». Es muy probable que su complicada reminiscencia sea la más de las veces inconsciente. Creo, con todo, que ha sido intencional y perseguido el recuerdo de una joya casi ignorada de Paul Guigou, de metro idéntico y giro parecido, sobre todo en el final:

Etait-ce en Bohême? Était-ce en Hongrie? (2)

Y si me equivocase, siendo el encuentro fortuito, será la coincidencia más rara y curiosa que conozca en literatura. Sea como fuere, se tiene allí un esquema del procedimiento habitual: no ha sido otro, lo repito, el de los clásicos imitadores de Grecia, así en Roma, como

(1) En las treinta y tantas piezas de que consta el volumen, no pasan de tres ó cuatro las que ostentan la obscuridad simbólica ó el invertebrado ritmo decadente.

(2) « ¿ Fué acaso en el Norte ó en el Mediodía? ».

en la Europa moderna. (En España, la diferencia es una inferioridad: todo su lirismo clásico, desde Garcilaso y Fray Luis hasta Meléndez y Quintana es meramente latino ó italiano, es decir, de tercera ó cuarta mano.)

Pero ello es el esquema, la figuración gráfica y descarnada del procedimiento. Para ser completo y justo, hay que saborear la pieza misma con sus mil detalles del estilo: la cincelada orfebrería de las palabras, nombres, verbos y adjetivos de elección, que se engastan en la trama del verso como gemas en filigrana; el perpetuo hallazgo — tan nuevo en castellano! — de las imágenes y ritmos evocadores de la sensación, en que se funden ciertamente elementos extraños, pero con armonía tan sabia y feliz que constituye al cabo una inspiración. — Y, sin duda alguna, ello es arte de más conciencia que emoción como el mosaico; pero, como éste, lo es también de gusto y concepto: hubo maestros mosaistas, y aún de los Bizancio dejaron obras dignas de eterna admiración!

El señor Darío, pues, tiene personalmente razón contra sus detractores faltos de iniciación, ó de buena fe; pero sus críticos imparciales tienen razón contra su teoría — aunque la expresase mejor que en las *Palabras liminares* — y el mismo les suministra argumentos de buena ley, pues la mayor y mejor parte de sus *Prosas profanas* no difieren exteriormente de las formas ya conocidas en castellano — sino por lo acabado de la cinceladura y, sobre todo, por el licor exótico é inquietante que en ellas nos sirve. Por mi parte, y en dosis prudente la bebida no me perturba ni disgusta; pero comprendo que otros estómagos no la soporten: esta doble forma de la tolerancia es un privilegio del espíritu crítico. Por lo demás, yo soy un griego de Focea, amante de la luz y bebedor de vino; de ningún modo un fumador de opio « poderoso y sutil »: pero mi cabaña tiene galería abierta hacia los cuatro vientos y está construída ante un vasto horizonte, sobre un promontorio que domina el mar.

P. G.